PQ8549
.M425
C5

Univ. of North Carolina
Chapel Hill, N. C. 27514
CF
O
OC
SR
O '70 273
oza, Eugenio, 1857-1903
Ed:
Vols:
El Cojo, 1896
C
SR
Init:
Vendor:
Soberbia
Recommended By:
Y-LC
120,00

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA

LUX
LIBERTAS

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ8549
.M425
C5

PQ8549
M5 .M425
C5

EUGENIO MÉNDEZ Y MENDOZA

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT

CHANZAS Y VERDADES

BIBLIOTECA VENEZOLANA
DE
V. M. OVALLES
CARACAS

CARACAS
TIPOGRAFIA EL COJO
1896

PROLOGO

Aquí está. Su lectura persuade de que, no obstante aparecer diversificados entre sí los cuadros y las descripciones que contiene, este libro obedeció á un sólo propósito, digno de loa por su propia tendencia y por la manera como se hizo realizable.

Toca al entendimiento buscar para el logro de determinados fines, entre los varios medios ofrecidos á su acción, el que posea la eficiencia de la oportunidad, fuerza misteriosamente enérgica á que por desdicha no conceden siempre el mismo valor los sacerdotes del arte ni los ministros de la ciencia. Para el espíritu que sigue el rumbo

natural de las ideas, lo que no es oportuno resulta al cabo innecesario.

De los cuatro sentidos que atribuye Dante á todo escrito, basta uno á concentrar peculiarmente el pensamiento capital de la obra, cuando ésta mira á corregir errores ó á restablecer hechos, sin desmenuzar los elementos de que el espíritu se sirve para su propio trabajo. Las ideas, así como los objetos en que ellas se encarnan, entran como materiales en la labor intelectual á la manera que el oro en la joya artística: sin las escorias de su primitiva condición. Tarea infecunda al par que ingrata es la de aplicar á la literatura los sistemas ó métodos de la química, y hacer de las frases y aun de las imágenes meros simples ó sustancias, susceptibles de análisis cada vez más persistentes y prolijos. *El esplendor de la verdad*, que dijo el filósofo, lejos de requerir para manifestarse fuerzas proyectorias emanadas del subsuelo, las busca en el ámbito inmenso donde la Naturaleza muestra sus lozanos atavíos, libres ya de toda penosa

gestación. La minuciosa tendencia que lleva hasta describir las heces del fango, no tiene razón artística que la justifique y habrá de detenerse por extemporánea.

Uno de los géneros literarios más inclinados á despojar al arte de su ropaje augusto para vestirlo con harapos recogidos ó mercados á precio vil en los hospitales y en las lonjas, es el satírico-social, semejante á veces á esos árboles descritos por los viajeros orientales, que matan con su sombra al peregrino mismo á quien brindan en el jugoso fruto consolador refrigerio. Eludir la influencia dañina y obedecer á la innocua, sin esquivar por ello los socorridos arbitrios del chiste donairoso, es facultad no distribuida muy pródigamente por la Naturaleza, pero de la cual caben ya á Venezuela bien honrosas manifestaciones.

El presente libro viene á comprobarlo; y aunque no aceptamos todas las ideas que en algunas de sus páginas incidentalmente se apuntan, juzgamos que él confirma la idea enunciada por el sabio Hartzenbusch

al referirse á las "Escenas Matritenses" del *Curioso parlante*, de que se puede escribir en el género festivo sin hacer agravio á las leyes ni á las personas. No hay, con efecto, en la obra de Méndez y Mendoza nada que pueda rozar siquiera la más delicada epidermis: nada que pugne directamente con los principios constitutivos del orden social. El pensamiento que sirve de vínculo á sus diversas partes, tiende á lo ameno dentro de lo natural y de lo justo. La pesimista aserción de Montaigne resulta aquí tácitamente refutada. El autor de los *Ensayos* no podría hallar en ninguno de estos cuadros, derivado el beneficio de unos seres del daño de los demás. Tan bien librado sale el cuerpo social de la exposición de los hechos en estas páginas festivas, que aun las costumbres censuradas y las acciones reprendidas, si fueran seres animados, habrían de convenir, como efecto natural del retrato, en la necesidad de su propio desaparecimiento.

Las obras dedicadas á un tiempo mismo

al solaz y á la enseñanza, poseen, cuando cumplen su doble fin, méritos dignos de especial consideración. El que escribe un libro de ciencia donde sólo se solicita la concentración de la verdad en el orden meramente especulativo, si bien necesita mayor caudal de estudio y más potencia investigadora, puede prescindir de las circunstancias peculiares de cada objeto en sus relaciones con la parte sensitiva del alma, y aun distraer la mente de cierto linaje de ideas que la razón no requiere sino cuando busca hermanar sus atributos con los del ingenio por virtud de una consustancialidad eminentemente artística. No es lo mismo recoger los rayos de la luz para formar el foco, que difundirlos en progresiva divergencia á fin de que cada uno proyecte sobre el objeto respectivo la claridad bastante á infundirle vida real y belleza duradera.

Los cuadros de costumbres del señor Méndez y Mendoza, aun aquéllos en que él, sin variar el carácter genuinamente objetivo de

la obra, limita á determinadas exageraciones sociales el radio de su facultad crítica, reúnen á un movimiento descriptivo sobremanera animado y pintoresco tal ingenuidad de acción, que cada asunto parece hablar por sí mismo, sin que se vea al autor un momento siquiera andar á caza de extraños interlocutores para comunicarles esa especie de existencia postiza, fruto ó resultado de convencionalismos absurdos. El joven escritor estudia los hechos y examina los seres que en ellos influyen, sin curarse para nada de juicios anteriores. Con la sinceridad del que lleva consigo fuerzas poderosas de observación, dibuja sin trabajo lo reflejado en el espejo de su mente, y al reproducir la imagen interior para que todos la vean tal como la retrató su espíritu, la baña, por virtud natural, en la serena luz del arte, que es el más eficaz de los factores en todas las obras de la inteligencia.

La mejor prenda de su valer la tienen esos cuadros en el gusto con que se leen ahora, después de haberse visto sucesiva-

mente aplaudidos en las columnas de *El Cojo Ilustrado*. En ese noble palenque literario, abierto siempre por mano inteligente y amiga á todos los ingenios de la República, vienen brillando los escritos de Méndez y Mendoza á la par de los galanos estudios y de las sonoras rimas con que enriquecen día por día el arte patrio, los ya por desdicha escasos hijos de la segunda generación literaria de Venezuela, y los numerosos adalides de la que llega, radiante de juventud, á dominar la escena con altos títulos á la gloria.

El estilo de la obra de Méndez y Mendoza deleita por manera singular. Y no es que se saquen á lucir en él giros exóticos, de hipérbaton ondulatorio, ni modos de decir rebuscados en la época del clasicismo español. Ni es tampoco que dé franco acceso á locuciones viciosas, usadas sólo y defendidas por algunos lectores de obras mal trasladadas del francés. Conocedor de las riquezas de la lengua, sabe aprovecharlas como el diestro segador que recorre el campo

y recoge en sazón la granada mies, sin tocar las espigas ya secas ni hacer cuenta de las que aun luchan por llegar á su completo desarrollo.

Yerran los que niegan al castellano la facultad de hacer suyas, sin detrimento de la pureza nativa, las palabras técnicas de algunas de las ciencias humanas; y desbarran de igual modo los que rechazan el empleo de frases castizas por más natural que resulte su oficio en las oraciones gramaticales. Bien puede el castellano asimilarse los vocablos indispensables á la expresión de nuevas ideas y darles carácter peculiar dentro de sí mismo, sin renegar por ello de una vasta herencia que equivale á valioso patrimonio de gloria literaria. No vayamos los poseedores del rico tesoro á postergarlo inconsultamente para dar entrada á neologismos peligrosos; y si la exuberancia de esta hermosa tierra americana que de derecho nos pertenece, facilita el aumento de nuestro léxico, procuremos en buen hora que acrezca el caudal, mas

sin confundir lo superfluo con lo verdaderamente necesario ó provechoso. El vario colorido que se observa en el lenguaje de Méndez y Mendoza, es una prueba más de las galas naturales del castellano, y la corrección de estos artículos muestra inequívoca del acierto con que se cultiva en la República. Libro así escrito, bien merece ser leído con interés y entusiasmo por cuantos hallan en el brillo de los ingenios patrios un motivo de justificado orgullo.

3 de mayo de 1896.

MANUEL FOMBONA PALACIO.

ALGUNAS DE NUESTRAS COSAS

—

Nótese que entre nosotros rara vez, ora de palabra, ora por escrito, se dice *las leyes*, como sería lo correcto desde que son varias en número y objeto las que determinan nuestros deberes y precisan nuestros derechos como ciudadanos.

Y no es porque para ello se haga uso de figura retórica. Nada de eso.

Decimos siempre *la ley*, porque en realidad solo existe entre nosotros una ley que, por no estar escrita, es la única que todos cumplimos con ejemplar rigurosidad.

Estaríamos porque esa ley se escribiera y fuese sancionada lo más pronto. Desde que esto sucediera, dejaríamos de cumplirla, por supuesto; y, desde entonces, nuestra felicidad dependería precisamente de la falta de observancia de la ley.

Eureka! Desde que *la ley del embudo* sea ley de la República nadie la cumplirá, y hé

aquí cómo lo que ha sido siempre causa de nuestras desgracias, el desprecio de la ley, sería desde entonces fuente de nuestro bienestar social.

No se nos diga que no es necesario ir tan allá, que basta con que cada uno lleve consigo su embudo. Nó: hay personas tan refractarias al fácil manejo del utensilio, que, cuando el embudo ajeno viene contra éllas de pico, éllas le presentan la cazoleta del propio. Es necesario, absolutamente necesario que la ley se formule y se sancione. Así, nadie dejará de infringirla.

¡Qué felices seríamos! Algunos ejemplos bastarán á demostrar la conveniencia de que nuestros legisladores declaren en caducidad todas nuestras leyes anteriores y promulguen el código del embudo, como espejo de nuestra única interpretación del derecho.

Al día siguiente de promulgada la ley se le presentaría á usted el recibo de la Compañía de Aguas, por ejemplo, y usted podría enviarle á la compañía este reclamo:

—A mi no me viene por los tubos, ordinariamente, sino viento ó lodo. De los trescientos sesenta y cinco días del año sólo tengo agua el pico de sesenta y cinco. Así es que voy á dividir lo que pago por este derecho en trescientas sesenta y cinco partes, para mandarle á la Compañía las sesenta y cinco

nada más. Así, la partida será igual: ya la ley del embudo es ley de la República, y ni la Compañía ni nadie está en la obligación de respetarla.

Detrás del recibo de la Compañía de Aguas vendría el del lechero.

—Oiga usted, señor lechero: yo le pago á usted, diariamente, el valor de dos botellas de leche; y usted lo que me dá es media botella de leche y media de agua sucia.

—Señor es que la leche está ahora muy *descasa* y.....

—Conque *descasa*, eh? Pues verá usted como va á estar más *descasa* la paga; y sobre *descasa*, la recibirá usted en moneda falsa, como su leche; ya se acabó la ley del embudo porque está sancionada por el Congreso y..... basta.

Se va el lechero y viene el cobrador del teléfono.

—Sírvase decirle á la Compañía que no he alquilado el aparato para que me pongan sordo llamándome por equivocación, y para que se ponga sorda la oficina cuando llamo yo; que la línea está corriente cuando no la necesito é interrumpida siempre que me precisa usarla; que voy á sumar el tiempo que tarda la oficina cada vez en contestarme, para retardar la paga en proporción; y, finalmente, que por cada repique dado por mí sin que se

me atienda, dará el señor cobrador un viaje infructuoso. Ea! ¿No sabe usted que la ley del embudo tiene el exequatur? Pués sépalo, y cuidadito con cumplirla!

Despedida del cobrador del teléfono y presentación de un empleado de la compañía anónima "Agencia de barrer calles."

(Nota: obsérvese que los embudos más grandes están en manos de nuestras compañías anónimas).

—¿Qué es esto?

—Una citación para que usted se sirva concurrir hoy á la sesión de la Junta Directiva de la compañía. Usted es el tesorero y es necesaria su presencia.

—Pero, si antier hubo Junta y ayer también y.....

—No importa: hay muchos asuntos que resolver.

—Pues sírvase usted decirle á quien corresponda, que el tiempo es oro para muchos, y para mí, diamante; que no puedo perderlo trabajando gratuitamente para los demás accionistas, que están en sus casas rascándose la panza, sin acordarse de la empresa sino cuando tocan á reparto de dividendos, utilidad que es fruto de nuestro trabajo; que á mí no sólo no me dan ni las gracias por el regalo de tiempo y trabajo que les hago, sino que especulan conmigo cobrándome el servicio como

á cualquier hijo de vecino, es decir, haciendo conmigo la utilidad que hacen con el que no les trabaja de balde; que ya está promulgada la ley del embudo, y que por lo tanto á nadie obliga su cumplimiento.

—Señorito, señorito!

—¡Otra te pego! ¿Qué ocurre, Blas?

—Nada, que ya puede usted ir buscando otro criado porque lo que es éste se marcha.

—¿Y los dos meses adelantados que te dí ayer, zángano?

—Eso se lo pagaré en.....

—Sí, ya sé, en el valle de Josafat. Pero mira: desde que la ley del embudo es ley sustantiva, adjetiva, conjuntiva ó como quieran llamarla los señores juristas, se acabó la impunidad para los bribones como tú, y esa constante burla de ustedes los criados á los amos de casa. Ahora me toca á mí infringir la ley que siempre te ha amparado, y en consecuencia vas á burlarte ahora de tu abuela en el *pulguero*.

Et sic de cæteris.

***

En días de verano tuve un encuentro en la calle con un individuo, para mí desconocido, que me detuvo tomándome familiarmente por el brazo.

—¿Cómo? ¿no me conoces?

—No tengo el honor..... dije más sorprendido al ver que me tuteaba.

—Pero, chico, si soy Fulano!

Me eché á reír. Figúrense ustedes que mi amigo, porque lo era, tiene el pelo y la barba más negros que he visto, y el día á que me refiero estaba de rubio.

—Qué te había de reconocer, hombre, si estás hoy de rubio.

—¿Yo? No comprendo; explícate.

—Que estás hoy de rubio; que te has pintado de amarillo la barba y el pelo.

—Calla, si tú también estás más rubio que de costumbre. Pero eso de que yo me pinte no lo dejo pasar.

La discusión siguió; mi amigo y yo cerramos una apuesta, y examinados por un perito el pelo y la barba, resultó que ambos teníamos razón: él estaba de rubio, pero no pintado. Lo que le hacía parecer así era el polvo que se le había pegado. Yo también estaba más rubio. Empezamos á notar que todo el mundo estaba lo mismo. Nos creíamos en Berlín.

Nos encontramos con un entierro y observamos que todos los trajes eran amarillos, y, ¡cosa más rara! los sombreros de pelo eran dorados.

Una ráfaga vino á levantar tal nube de polvo, que mi amigo y yo estuvimos sin ver-

nos ni oirnos algunos segundos. Cuando cesó la ráfaga me encontré delante de la estatua en greda del que había sido mi excelente amigo.

De la estatua salió algo así como una voz que dijo: "Estamos en el desierto. Esto es el terrible *Simoun*. Adiós, amigo mío, que la tierra nos sea ligera!"

Me alejé horrorizado. Llegué á mi casa y ¡oh desengaño terrible! mis hijos no me reconocieron, huyeron de mí dando gritos de espanto. Corrí al espejo y yo tampoco me reconocí. Me lavé la cara y el agua le sirvió de mezclote á un albañil que trabajaba en casa.

Acepillé la ropa y fué preciso sacar la tierra del cuarto con pala y zurrón.

Pero, ¿y el polvo que se me había metido por las narices?

Me estaba asfixiando. Llamé al médico, y éste, después de mucho percutir y pasarme la oreja por todas partes, declaró que yo no podía vivir, porque tenía los pulmones de mampostería.

Naturalmente, poco después me morí,..... digo, me desperté.

¿Por qué en vez de soñar estos disparates, no soñé que en verano se riegan y se barren nuestras calles?

***

Una enfermedad se está propagando en Caracas de alarmadísima manera: aquella cuyas funestas consecuencias no las experimenta el atacado del mal, sino aquel á quien, á su vez, ataca el atacado.

Los infestados se conocen con el nombre de *sablistas*.

Los hay de todas especies y categorías.

Andan solos, de dos en dos, en grupos de tres, en pandillas de cuatro ó cinco.

Atacan de todos modos, á todas horas, en todas partes.

Ahora es un apuesto caballero á quien se le ha muerto la madre, la esposa ó algún hijo, y pide para el entierro, porque está *limpio* á causa de *la situación*.

Más tarde son dos desgraciados cumaneses ó barquisimetanos ó andinos, que piden para regresar á sus hogares, porque les tiene en la inopia *la situación*.

Después son tres jóvenes artistas, sin encargos, que conociendo la generosidad de usted y su entusiasmo por las artes, han dibujado, con recargo de sombras, un pájaro desconocido que lleva en el pico una cinta inverosímil, donde está escrito en letras que quieren ser góticas, el nombre de usted, precedido de algún calificativo pomposo: algo así como

ilustre, distinguido, magnánimo..... farmacéutico.

Luégo son cuatro obreros sin trabajo, que no pueden vivir sin trabajar; y por consiguiente han resuelto trabajarle á usted, quitándole cuatro fuertes.

En seguida viene el sexo femenino.

Una viuda que nunca fué casada, con cuatro hijos por tener.

Una señorita en peligro que pide para no caer en la tentación.

Una solterona que no puede vivir con su familia, por su carácter independiente, y no quiere ir al hospital.

Una señora que cose de sastre y pide para componer una casita.

Otra que pide para una misa de salud, desde hace treinta años, sin haber podido reunir aún los ocho reales.

Una huérfana que solicita *apoyo*, y tomando el rábano por las hojas, le toma á usted por otro.

Una criada sin *acomodo* que pide para lavar su ropa y poder *acomodarse*.

Una isleña que tiene cuatro casas, ocho vacas, veinte onzas enterradas, una caja de prendas *de empeño* y seis marranos gordos; y pide para *redondearse*.

Detrás del sexo femenino, vienen los papelitos de todos los sexos: para una operación

en un ojo; para ir á tomar las aguas de San Juan de los Morros; para curarse una fístola en..... cualquiera parte; para una obra piadosa, que no se expresa; para socorrer á un enfermo ausente que no se nombra; para una joven que se quemó; para cumplir una promesa en Lourdes (pasando por París); y para la patena de Cagua que es lo más *limpio*, según el refrán.

Y les hago á ustedes gracia de todos los discursos en que se pondera la generosidad de sus corazones; de todas las narraciones de largas y espeluznantes desgracias; de todos los cuadros de madres é hijos muertos, tendidos á oscuras, rodeados de familias sin pan (ni aguardiente); de todos los subterfugios, celadas y sorpresas con que se lleva á efecto el sablazo que los deja á ustedes partidos en dos y esperando el que sigue que habrá de dividirlos en cuatro; y así sucesivamente hasta llegar..... al género humano, como decía Godoy.

***

Llegó á Caracas, en días de insalubridad, un individuo que había estado ausente de la capital unas seis ú ocho semanas. Al bajar del treu se halló enfrente de un amigo que

le esperaba y á quien le preguntó después del abrazo de ley:

—¿En dónde está Ramón, que no le veo?

—En el cementerio, desde hace tres días, contestó el amigo.

—¡Cómo! ¿se ha muerto?

—Hasta nuevo aviso.

—¿Y Anacleto?

—Haciéndole compañía á Ramón, desde ayer.

—¿Y Justo?

—Pidió órdenes para el otro mundo esta mañana á las siete.

—¿Y Casilda?

—Escuchando en este instante las Siete Palabras.

—¿Y tú?

—Voy á coger cama, pero antes pasaré por la Equitativa para que me tomen la medida, escoger yo mismo el carro fúnebre y ajustar el entierro.

—¿Pero de qué se muere tanta gente?

—De todo; hasta de los callos ha habido varios casos: callitis aguda. Ahora todo es agudo.

—¡Misericordia! Y yo que vengo algo indispuesto del estómago á causa de un maldito melón que me comí en La Guaira.

—Nada. Vente conmigo á la Equitativa; y puede ser que nos salga más económico

pedir dos entierros. Así, por mayor: pedimos un sexto de docena de entierros y nos harán un buen descuento.

***

Entre el revólver y las cáscaras de mangos nos van á dejar liquidados. Al que no lo mate una bala perdida, lo pone cojo ó manco una cáscara de mango. No sé cuál de las dos cosas abunda más ni cuál sea peor; pero ¿quién es el público? ¿qué tiene que hacer con él el que quiere darse el gustazo de pasear por las calles la amenaza del revólver á ciencia y paciencia de la policía y de todo el mundo, ni el chiquelo á quien nadie le impide que arroje sobre el pavimento la alevosa cáscara? ¿Y por qué se ha de meter en estos asuntos la policía? ¿Qué tiene ella que hacer con el público? ¿Acaso puede ella desatender su obligación de estar donde no se necesita? ¿Y por qué se ha de meter el público en estas cosas? ¿Qué más dá morir de calentura que de bala de revólver ó de caída por cáscara de mango? Al contrario: la balanza se inclina del lado de los que mueren de una de estas dos últimas maneras, y, si no, vamos á la prueba.

Supongamos que uno de tantos imbéciles se ocupa en jugar con su revólver en la sala

de su casa ó en un botiquín, y, como es natural, deja escapar el tiro. La bala sale por la ventana ó por la puerta, y mata al transeúnte que acierta á pasar (y no digo *desacierta* por lo que ya se verá). Apuesto doble contra sencillo á que en el rostro del cadáver se verá pintada la gratitud á su bienhechor por haberle procurado tan dulce género de muerte! La viuda, los huérfanos, la madre anciana del difunto, sentirán, á no dudarlo, conmociones de íntimo placer al pensar en el fausto suceso, que, si bien es verdad los priva de un sér querido, los pone bajo la protección de las autoridades y del matador, quienes desde aquel instante se consagran á llenar con creces la falta del padre en el hogar. Apurando un poco las consecuencias, creo que hasta debía favorecerse más la importación y venta de revólveres, y acordarse una prima para cada autor de dos ó trescientas muertes por casualidad.

¿Y los que se rompen la crisma resbalando sobre una cáscara de mango, ó del mismo modo quedan inútiles para el resto de la vida?

¿Han visto ustedes nada más agradable?

¡Qué inefable sorpresa para una familia á quien le llevan el padre ó el hijo, ó la madre, muertos ó poco menos, por virtud de la bendita cáscara? ¿No es todo esto mucho más

grato y substancioso que la muerte de calentura ó de tabardillo, exentas de interés dramático y de la subsiguiente protección de las autoridades y del matador, indefectible y magnífica?

Convengamos en que no sólo no debemos quejarnos, sino hasta enaltecer costumbres tan civilizadas y pensar en cuánto más conveniente es esto que tener póliza de seguro de vida.

***

¿Han oído ustedes alguna vez que en algún pueblo de la tierra se haya realizado el prodigio de que los habitantes vivan sin aire? ¿Nó? Pues un prodigio no menos sorprendente se está efectuando entre nosotros los venezolanos, los que de tiempo atrás parece que tenemos privilegio de invención para llevar la vida sin las cosas que le son casi esenciales.

No hablo del descubrimiento, ya viejo, de vivir sin libertad, ni del no menos nuevo de vivir sin Dios ni ley.

Cuántos pueblos han vivido y aún viven de ese modo, si es que por vida se entiende el existir.

Ni me refiero al sistema de vivir sin comer, cuyo hallazgo pertenece al Doctor Tanner.

Todo esto podrá ser muy raro y sorpren-

dente pero no le llega á los tobillos al prodigio de que voy á hablar á ustedes.

Así como es de absoluta necesidad el aire para la vida animal, hay una cosa también absolutamente necesaria para la vida económica de un pueblo, el aire, digámoslo así, que penetra en los pulmones del cuerpo social como agente esencialísimo para la circulación de la sangre de ese cuerpo, para la circulación del dinero, ó más propiamente de los valores.

Nosotros estamos realizando el prodigio de vivir sin aire, desde que hemos descubierto la manera de vivir sin crédito.

Entiéndase bien que tomo el vocablo en su sentido económico, no en el que vulgarmente se le aplica.

La confianza es la condición esencial del crédito, el crédito es la condición esencial de la vida económica. Ahora, dígaseme: ¿Vivimos sin aire?

Entiéndase bien, asimismo, que para nada me refiero al crédito de la nación: me contraigo únicamente á la observación del fenómeno en nuestro movimiento económico privado, donde la desconfianza ha sentado sus reales de tal suerte, que el dinero duerme en las arcas sin despertar para otra cosa que para cederle el puesto á la escritura que garantiza la vuelta del valor á su lugar, respon-

diendo de ello la casa de mampostería asegurada contra incendio y contra temblores, y que puede venderse á la vuelta de la esquina por un valor décuplo del que garantiza.

Con esto hemos realizado también otro descubrimiento de no escasa importancia para las ciencias físicas. Hemos hallado un nuevo fenómeno de atracción. Así como el imán al acero, aquí al oro no lo atrae sino la mampostería.

Ya se vé que para descubrimientos nos pintamos solos. Para descubrimientos y para todo, por lo poco que nos importa el cómo pueden pintarnos los demás.

Pero como todo tiene su *contra*, según el dicho vulgar, los caballeros de industria son *la contra* de la desconfianza y los vengadores de la honradez desamparada. Ellos se encargan de hacer pasar, por sobre puente de flores el dinero, de las arcas de la desconfianza á los bolsillos de los empresarios de coches y de los dueños de cantinas, y á alimentar el derroche de las mujeres entretenidas.

De suerte, pues, que en este nuestro vivir sin aire, cuando todo el mundo se asfixia, el caballero de industria sopla.

Por eso se multiplican.

LOS FONDOS DE LAS CASAS

He leído en estos días en *El Pregonero*, que el señor Jefe civil de Candelaria ha mandado practicar visitas domiciliarias con el fin de hacer que se mantengan aseados los fondos de las casas de su jurisdicción. No conozco á aquel funcionario público; no sé como se llama, pero el hecho aludido le recomienda tanto que merece honorífica mención.

Habrán observado mis lectores que, al tratarse de una casa entre nosotros, lo primero que pregunta el que la solicita para comprarla ó habitarla es:—¿Tiene fondo? Como que esto es lo importante.

El agente de negocios que ofrece en venta una casa á algún capitalista, el casero que recomienda la suya al inquilino, y éste y el capitalista, todos se preocupan por manera singular del "fondo."

El "fondo" no es otra cosa que el corral, de suerte que es el corral lo que le dá valor á las casas.

Entre una casa de cien varas de largo, toda fabricada, y otra de la misma extensión, fabricada hasta la mitad, la segunda vale más que la primera, porque ésta *no tiene fondo* y aquella sí.

La letanía es la siguiente:

—¡Ah! La casa es magnífica: tiene cinco piezas y cincuenta varas de fondo. La de Fulano es muy grande, es verdad; tiene veinte y cinco piezas y muchas comodidades; pero *no tiene fondo.*

Ahora van ustedes á saber de dónde viene la importancia del "fondo."

Penetren conmigo en una casa como la recomendada, con cinco piezas y cincuenta varas de..... no lo digo más. En primer lugar les sorprenderá encontrar una familia de quince personas, con seis de servicio, habitando en cinco piezas. Les hago gracia de la descripción de éstas, donde las camas están unas encima de las otras, donde parece que se ha consultado todo lo opuesto á la higiene para ponerlo en práctica.

Vamos á lo importante; al fondo de la cuestión: al de la casa.

Para penetrar en el corral debemos ir provistos de algunos granos de alcanfor que pondremos dentro del pañuelo, el cual mantendremos cerca de la nariz por todo el tiempo que perma-

nezcamos en la parte importantísima de una casa de Caracas.

Al entrar nos encontramos con la caballeriza, donde un caballo tísico rebusca en vano con el hocico algo masticable en el espeso colchón de yerba pisoteada, amasada con estiércol y abundosamente regada por la bestia, que parece abusar de diuréticas bebidas.

Si las moscas nos lo permiten, avancemos un poco y sin preocuparnos gran cosa de la excesiva blandura del piso y del *plac, plac, plac*, que al andar producen nuestros pies cuando se despegan del viscoso pavimento.

Hemos llegado al sitio donde la lavandera, medio desnuda y fumando el cabo criollo, con lo encendido hacia dentro, despercude la ropa

de la casa, azotando frenéticamente la batea con las piezas retorcidas, y enviando á veinte pasos salpique insoportable. Charcas enormes de agua de jabón podrida, forman en torno de la andrajosa mestiza campo inabordable, donde fuera pebete el berrenchín. Avancemos resueltos, crucemos los dormidos lagos de jabón y mugre, y lleguemos al lugar donde se ceban cinco flemáticos marranos.

Cómo se solazan de no sufridas penas los muy zánganos, sumergidos blandamente en el chiquero que próvidas manos abastecen de escorias pestilentes; aspirando el vaho de las corrompidas lavaduras de ollas y sartenes ; devorando con deleite los nauseabundos restos de legumbres crudas y las fermentadas sobras de los guisos.

Cincuenta gallinas, cuatro gallos, veinte patos, ocho pavos, diez y ocho acures, once gallinetas y noventa pollos, fabrican huano por mayor en la parte del corral no ocupada por lo que hemos visto y por lo que ahora se verá.

El último tercio del corral está separado de los otros por una cloaca descubierta que, á manera de faja equinoccial, lo cruza con su corriente de *líquida mirra*, donde sobrenadan perros muertos, gallinas ahogadas, restos de envases conocidos con parte de su ordinario contenido, frascos medio llenos de medicamentos nocivos, ratas envenenadas; y finalmente

cuanto desde el punto de partida de la estrecha cañería van arrojando en ella los vecinos, convencidos de que sólo para eso son las cloacas.

Lleguemos á las últimas diez varas de las cincuenta constitutivas del mérito de la finca. Allí nos encontramos con enorme promontorio,

con descomunal pirámide que sobrepasa la altura de las paredes divisorias, formada en uno ó dos meses de acumulación del estiércol fermentado de la bestia; de la pasta de yerba y amoniaco; de lo que dá el barrido de las piezas; de la ropa desechada y de las patas, ca-

bezas, plumas y tripas de las gallinas con que se regalaron en la mesa los utilizadores del "fondo." Nutrido enjambre de insectos, que zumban entre los vapores del fermento, coronan la imponente pirámide, á cuyo lado, otra no menos enhiesta, de vetustos muebles destrozados, de toda especie de añicos, se levanta sobre la base de los colchones donde murió de fiebre perniciosa algún habitante de la casa, frecuentador del "fondo."

Ambas pirámides, de cuyas alturas contemplan á los vecinos dos meses de porquería, aguardan la noche en que la familia esté de baile fuera de casa, para ser devoradas por el fuego.

Nieguen ahora ustedes la utilidad de un fondo de cincuenta varas!

LA "VACA"

COMPAÑIA ANONIMA

No. 15

B. 2

Capital: $ 500

DIVIDIDOS EN 1.000 ACCIONES DE 4 REALES

Vale al portador por una acción del valor de 4 reales, en esta Compañía.

Caracas: 1º de Octubre de 1894.

El Secretario, N. Toro

El Tesorero, Luis Becerro

El Presidente, José Vaquero

No es necesario ser jugador para saber lo que es *hacer una vaca.*

De la mesa de juego ha pasado la locución al lenguaje corriente, significando el acto de for-

mar entre varios, con pequeñas cantidades, un solo fondo, con fin determinado.

Es condición esencial de la *vaca* que sea tan pequeña la cantidad que pone cada cual, que á nadie le haga en el bolsillo descalabro.

Entre nosotros la *vaca* ha llegado á tener una importancia que nadie llegó á sospechar.

Verán ustedes cómo.

Llegó un día en que el país dijo: "quiero industrias," "necesito industrias," "vengan industrias;" y muchas fueron las solicitudes que se hicieron á las activas señoras portadoras de la prosperidad. Tanto que luego se vió cómo iban naciendo, con gran satisfacción del pueblo que, de puro contento, daba zapatetas.

Este regocijo tornóse bien pronto en desaliento, porque resultó que las industrias eran *flor de un día*,

"que dura sólo lo que dura el lirio."

Figúrense ustedes que las pobrecitas habían nacido de tiempo y revelaban tan felices disposiciones para desarrollarse que era un gusto.

—¡Qué señoronas van á ser estas muchachas, —decían los papás—tempranito empezarán á trabajar y á llenarnos los bolsillos.

Cosa particular: se empezó á notar que las chiquillas, tan robustas y todo, sólo vivían algunas horas. Y hubo largas y laboriosas consultas de galenos empeñados en descubrir la causa de ello, sin resultado alguno, porque por más que los médicos examinaban á las niñas ciudadosamente,

ponían récipes y hojeaban librotes, nada, se les iban las criaturas de las manos.

Ya se había perdido la esperanza de lograr que alguna viviese, cuando llamó la atención de los galenos el que una ó dos no sólo pasaron sin accidente del término fatal, sino que empezaron á crecer y engordar, á ostentar fortaleza y lozanía.

Naturalmente, el caso puso á meditar á los médicos y á los papás de las niñas muertas; y unos y otros acudieron en demanda del remedio, del filtro maravilloso que daba tan sorprendentes resultados.

—Vamos á ver—decía un doctor de corbatín y gafas de oro, después de larga é infructuosa investigación:—¿qué método se observa con estas criaturas?

—Pues, á decir verdad, ninguno que pueda llamarse tal—contestó el papá;—sólo que se alimentan muy bien, eso sí, leche, leche pura, cuanta quieren.

—¡Eureka! ¡Eureka!—exclamó uno de los presentes:—las nuestras se morían por falta de alimento.

—Por inanición, dijo el galeno.

—Justo. No caímos en la cuenta de que era preciso darlas leche.

Juntáronse todos, hicieron una *vaca*, compraron una idem y empezaron á alimentar con leche á las nuevas reciennacidas, que se lograron, y las más se robustecieron.

De suerte que la vaca ha sido la salvación de nuestras industrias.

Dicho de otro modo: la compañía anónima es la que ha venido á resolver el problema. Pero, dispénsenme ustedes el que siga llamando *vacas* á nuestras compañías anónimas. Tengo para llamarlas de ese modo numerosas razones, como que les convienen varias ascepciones del vocablo.

Comprendo la necesidad de la compañía anónima en las empresas que requieren capitales de tal magnitud que no puede aportarlos, no digo un solo capitalista, ni un corto número de ellos siquiera. Buena es la compañía anónima para el Canal de Panamá, que, dicho sea de paso, también resultó vaca y muy lechera. Pero, compañías anónimas hasta para establecer fruterías, eso no se vé sino, vamos, ya sabemos en dónde.

Donde el oro no sale de las cajas de los capitalistas sino para quedar en ellas representado en el doble de su valor por la escritura de retroventa; donde sólo es objeto de la retroventa la finca urbana, de sólida construcción, asegurada contra incendios y terremotos.

Ya he dicho otra vez, hablando de lo mismo, que hemos descubierto un nuevo fenómeno físico: hasta ahora no se sabía sino del imán que atraía al acero; aquí al oro no lo atrae sino la mampostería.

Dadas estas circunstancias, ¿de qué otro modo

podía lograrse que el dinero saliera á fomentar las industrias? Claro! en la forma de *vaca* solamente.

Veamos un ejemplo.

Fulano es de excepcional actividad, honrado y contraído á sus quehaceres; pero se muere de hambre ó poco menos; y discurriendo el modo de salir de penas, concibe la idea de establecer en pequeña escala tal ó cual industria productiva. Le falta el *cum quibus* y se dá á buscarlo demostrando hasta la saciedad lo útil del negocio y su bello porvenir; y se cansa de hablar y taconear y pierde el tiempo, porque no hay quien aporte el capital si no recibe en garantía una casa que represente el doble de la suma requerida.

Nuestro hombre no se arredra. porque sabe donde le aprieta el zapato; y lanza las palabras sacramentales: "Compañía Anónima." Reune los quinientos pesos que necesita con la emisión de mil acciones de á cuatro reales y manos á la obra.

Ya salió la *vaca.*

Ustedes se estarán figurando que Fulano ha formado su compañía entre los jornaleros por aquello de las acciones de á dos pesetas. Hacen ustedes mal, porque eso es hacer suposiciones harto aventuradas. Vengan ustedes á la primera Junta General de Accionistas y se convencerán de lo contrario. Allí encontrarán ustedes á todos los que pidieron garantía de los quinientos pesos.

Todos han entrado en la *vaca.*

Ya se vé: dos pesetas son una bicoca, se dan de limosna. Y si el negocio cuaja hay tiempo para comprar acciones.

Ya les presentaré á ustedes, más adelante, una de estas vacas *funcionando.*

UN VIAJE EN TRANVIA

No me ocurrió recientemente lo que voy á narrar; no sé cuanto tiempo hace de ello, pero sí que por entonces estaba el servicio de tranvías muy distante de llenar su objeto. Algo han logrado, de entonces para acá, los laudables esfuerzos de las empresas: el servicio de tranvías ha mejorado, pero el público que lo dificulta, permanece el mismo.

Eran las diez de la mañana cuando subí al carro del tranvía Caracas en la estación de Candelaria, con el propósito de estar en la de Palo Grande á las once y treinta y cinco minutos, tomar allí el tren y trasladarme, ó más bien, dejarme trasladar á Antímano.

¿De qué se asombra usted, mi querido lector? ¿De que destiné hora y media para lo que no requeriría sino veinte minutos? Hombre, no sea

usted asombradizo, que razón tuve para ello, como lo verá usted si sigue leyendo.

Subí, como he dicho, al carro, en el que ocupé el único puesto que hallé vacío, al lado de mi amigo Ramón, muchacho naturalote y bueno, pero de carácter impaciente.

Cinco minutos debíamos esperar para ponernos en camino; el tiempo preciso para que el carro que bajaba llegase al próximo punto de encuentro, vulgo *desvío*.

No se nos hizo pesada la espera, divertidos como estábamos presenciando los adelantos del cochero en un trabajito de filigrana que de tiempo atrás tenía emprendido y que consistía en dirigir á cierta criada del contorno palabras de almíbar, miradas de cordero moribundo y suspiros con apoyatura; encaminado todo á ablandar la voluntad de la rebelde maritornes. Y tan entregado estaba el cochero á su conquista, que dejó correr los cinco minutos y otros cinco; y sólo tuvo poder para arrancar al Romeo de fusta del lado de la Julieta de escoba, no el rumor del alboreo, sino la voz del impaciente Ramón prorrumpiendo en enérgicas protestas.

Lentamente y mirando hacia atrás tornó el amartelado mancebo al pescante, con lo que todos los pasajeros cambiamos de postura, dispuestos á la marcha.

¡Que si quieres! No era posible partir sin el colector; este, más positivista que su compañero, se ocupaba á la sazón en despachar

media docena de empanadas en la esquina. Fué

el cochero á llamarle y al cabo de otros cin-

co minutos regresó acompañado del granuja que, henchidos los carrillos y relumbrosos los labios, subió de mal talante á la plataforma del vehículo.

—¡ Gracias á Dios ! exclamó Ramón, á tiempo que el cochero daba vueltas al manubrio del freno y estimulaba los jamelgos con el acostumbrado *yiiiía, yiiiía !*

Partió el carro á las diez y cuarto. El colector, deslizándose por uno de los estribos, se acercó para pasar los billetes á los pasajeros y recibir el dinero, lo que hizo empezando por nosotros.

Suscitóse entre Ramón y yo la discusión de ley sobre á quién le tocaba pagar por los dos :

—A mí me toca.

—No, que es á mí.

—Tú no tienes menudo y yo sí.

—No importa, el colector cambia.

Venció Ramón al fin, poniendo los cincuenta céntimos en la mano del granuja, que se guardó el dinero y pasó sin darnos los billetes.

—Ea ! colector, no nos ha dado usted los.....

—Ah ! sí, dispense usted : aquí están.

Pero el muy tuno fingió en aquel momento atender á alguno que mandaba parar el carro ; y dejó caer los billetes antes que Ramón los tomase. Más tarde vimos que con mucho disimulo recogió los papelitos y guardólos cuidadosamente dentro del cuaderno talonario de donde los hubo desprendido.

Llegábamos con esto al desvío, donde suponíamos hallar el otro carro que debía de estar aguardando allí hacía más de un cuarto de hora. Pero ni estaba, ni se le alcanzaba á ver en todo lo largo de la calle.

Cerró el cochero el freno, arrolló el extremo de las riendas al manubrio y descendió sonriente de su puesto, para dirigirse á la puerta de la casa inmediata, donde reclamaba su presencia un segundo trabajito, bajo la forma de robusta criadora del Hatillo.

Dejóse oir á lo lejos el grito de un ambulante vendedor de golosinas ; y lo mismo fué escuchar el colector aquello de *¡eeeeél las hallaquitas de cambur!* que correr á darle destino á veinticinco de los cincuenta céntimos *economizados* en nuestros pasajes.

Eran las diez y treinta y cinco cuando, conducido por auriga isleño de triunfal talante, llegó el otro carro á todo correr de la pareja de arpas eolias.

Descendió la flor y espejo de los cocheros de Canarias del carro que bajaba, para *echar un párrafo* con su colega del carro que subía. De esto resultó que ni el un carro bajó ni el otro subió ; que ambos se estuvieron quedos, hasta que, dirimida cierta controversia entre colectores y cocheros, sobre asuntos del servicio, hubo cambios de pareja y de lugar, como en el rigodón; y vino el apuesto paisano de Pérez Galdós á ocupar el pescante de nues-

tro carro. cuando ya á Ramón se le había subido el hígado al gaznate.

El hercúleo brazo del canario sacudió la fusta, cuyo chasquido resonó junto con la campana del reloj de Catedral que dió los tres cuartos con cuatro notas musicales combinadas de tres diversos modos.

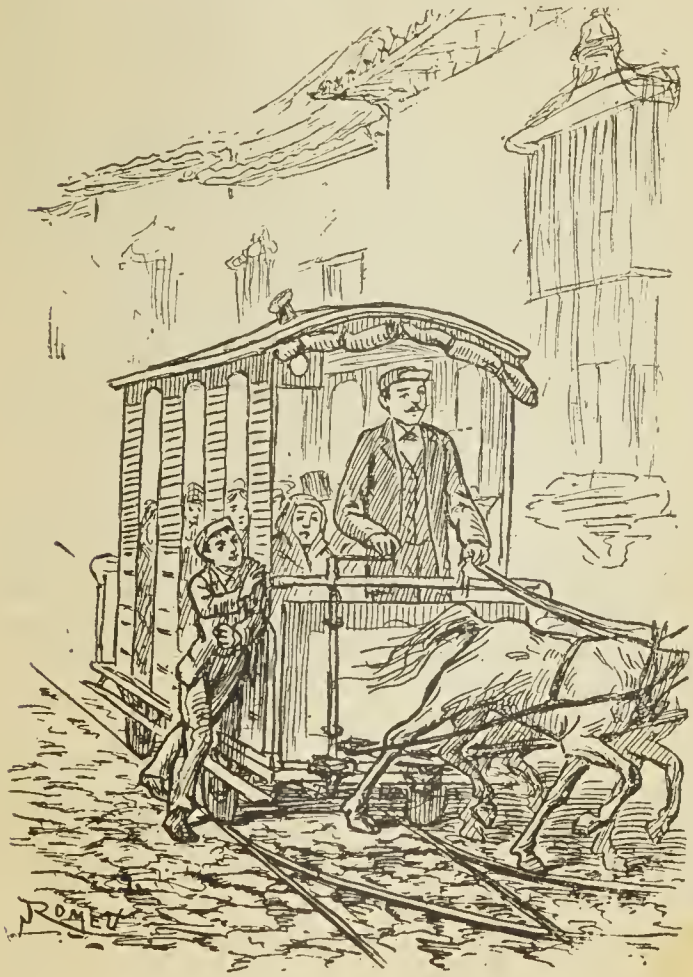
Arrancaron á correr los esqueletos con verdadero galope de caballo, para efectuar á los diez pasos parada legítima de burro, á la sorda voz del colector que dió la orden de parar, con peligro de que se le atragantase un enorme bocado de *tequiche*.

Iba á tomar el coche un cojo que hizo señas á distancia de una cuadra y se acercaba con una velocidad de diez pasos de muleta por minuto.

Subió el cojo, partió el carro, anduvo otros diez pasos y—¡pára!—exclamó el colector con la boca llena. Iba á subir una señorona como un dromedario que le dió tres vueltas al carro antes de elegir el escaño donde habría de sentarse. Al cabo resolvióse á hacerlo al lado de Ramón, quien desapareció detrás de las formas invasoras y almidonados miriñaques de la imponente jamona.

Nuevo estridente chasquido de la fusta galvaniza á la pareja de cadáveres que, después de prolongado resbalar de los cascos en el empedrado, logra arrastrar el vehículo hasta el segundo desvío, no sin que al tiempo de llegar

hubiese bajado el colector y empujado el carro de un lado, con mano, cabeza y hombro, para que cambiase de vía.



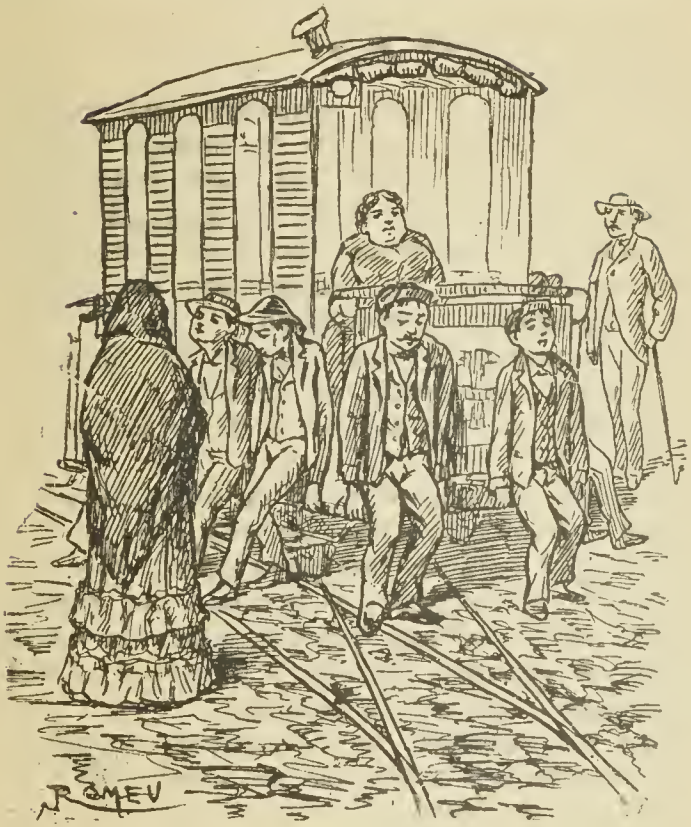
Por supuesto que el otro carro no estaba allí y era forzoso aguardar á que llegase, lo que dió tiempo á que cierto pasajero descendiese del coche y comprase en la frutería vecina dos *aguacates*, después de largo regateo del precio; á que el colector se proveyese de cambures y lairenes para el resto del camino; á que Ramón comprase *El Pregonero* y lo leyese desde el título hasta el pie de imprenta; y á que la jamona se dejase seducir por las caricias de Morfeo, desplomándose sobre Ramón, al compás de largos y vigorosos resoplidos.

Llegó el suspirado rodante armatoste en el momento en que Ramón, viendo la muestra de su reloj, exclamaba, rojo de indignación : Las once y diez minutos !

Resbalaron de nuevo los manes de los que fueron zaino y cebruno, y otra vez pudieron arrastrar el carro hasta el punto de salida del desvío, donde, por haberse olvidado el colector de bajar y dar el empujón de ordenanza al carro, éste descarriló con brusco sacudimiento seguido de infernal zangoloteo.

En vano se esforzaron auriga y colector por llevar á pulso el coche al carril, distante media vara de las ruedas. Hubieron de bajar los pasajeros y meter mano para llevar el vehículo á su puesto, con jamona y todo. El reloj de Ramón marcaba las once y veinte minutos.

Las protestas de los pasajeros acaloraron al canario que tomó desquite con los caballos, em-



prendiéndola con ellos á foetazos, lo que dió por resultado que el carro partiese y rodase media cuadra. Era esto lo que esperaba la jamona para pedir la parada y descender penosamente, después de dirigir á Ramón un « que usted lo pase bien,» contestado por él con un « vaya usted en.....horabuena.»

Desde allí hasta la plaza Bolívar las paradas fueron diez :

Para esperar á una comadre del cochero que estaba de compras en la bodega y no subió sino cuando se halló del todo despachada.

Para que subiesen, frente al mercado, varias cocineras con sus cestas llenas de repollos y carne cruda, que nos ensuciaban los pantalones y apestaban á anfiteatro.

Para aguardar á que viniese el dueño de una carreta atravesada en la vía.

Para que pasase un arria de veinte y cinco burros.

Para que el cochero y el colector viesen en lo que paraba un pleito de pilluelos.

Para que subiese un generalote que hizo detener el carro todo el tiempo que requería la conclusión de una plática sostenida con un colega de grandes bigotes y revólver al cinto, del volumen de un diccionario.

Para que subiesen tres señoritas cargadas de paquetes que nos tumbaron los sombreros y nos magullaron las narices.

Para que el cochero recibiese una encomienda con recado minucioso para el cura de San Juan.

Para bajar el cojo que dejó caer las muletas é iba dejando la cabeza en un poste de teléfono.

Y para bajar nosotros en la plaza Bolívar á las once y treinta y cinco, á tiempo que oíamos á lo lejos el pito del tren que partía de Palo Grande.

UNA FIESTA RELIGIOSA

Dice un refrán que "por las vísperas se conocen los disantos" y, penetradas de esta verdad, es que las sociedades religiosas se esmeran en que la celebración de la víspera de la fiesta del Patrono, sorprenda por su solemnidad á la parroquia y mantenga por veinte y cuatro horas en suspenso el ánimo de los vecinos, que esperan ver al siguiente día traducido en demostraciones verdaderamente extraordinarias, el fervoroso entusiasmo de los asociados por las altísimas virtudes del Santo Patrono.

Aún no ha clareado el día de la víspera, cuando alineados en el atrio de la iglesia y á conveniente distancia uno de otro, se hallan preparados veinticinco ó treinta morteretes, atacados con todo el entusiasmo que la gloria del Santo despierta en el sirviente de la Cofradía; y cuidadosamente cebados para evitar el caso de que,

faltando alguno al deber de dar cuando le toque su estampido, provoque la rechifla en la rueda de chiquillos madrugadores, llevados por el deseo de presenciar el disparo de las *cámaras*, cuyo número y fuerza de detonación es seguro indicio de la excelencia de la fiesta.

Con la primera campanada del *angelus* tiene efecto la explosión de la primera cámara, y sucesivamente la de las demás, haciendo saltar en sus lechos y restregarse los ojos, despavoridos, á los pacíficos vecinos entregados entre calientes mantas y colchones al delicioso dormir de la fresca mañanita, y tan olvidados del patrono y de la fiesta, que al pronto tienen por cierta la sublevación del cuartel más inmediato y la consiguiente caída del Gobierno, ó la voladura del Parque Nacional con sus desastrosas consecuencias. Mas, despéjales el entendimiento y traele á éste lucidez, el frenético repique que estalla al par del último morterete, con lo que viniendo á la memoria de los asustados vecinos el disanto y la Cofradía, vuélvense aquellos del lado contrario del en que les sorprendieron las pavorosas explosiones, y de nuevo arrebujados, tratan en vano de reanudar el sabroso sueño á que ahora hace guerra el campanero, quien de este modo se desquita de la desazón causádale por el sacristán, al hacerle cambiar el dulce calor de la cobija por los destemplados airecillos que en el campanario se cuelan con el alba.

Repítense á las doce, seguidas del repique atronador, las *cámaras*, en cuya preparación no se ha dado punto de reposo en la mañana el encargado para ello por la Cofradía. Muchos han sido los ladrillos que ha sido preciso moler y mucho lo que aquél ha sudado apretando el polvo en los morteretes para que los estam-

pidos correspondan á los deseos del muy digno señor Presidente de la Sociedad Sostenedora del Culto del Santo Patrono, y del señor Cura, quienes conceden al detalle grandísima importancia.

Párroco y Presidente,—terminado que ha sido el almuerzo de aquél y lanzada por él la última bocanada de humo, extraído entre citas de San Agustín y apotegmas contra la masonería, al capadare de los llamados *cacheteros* por la frecuencia conque han de chuparse para quedardan,—se dirigen con paso lento, seguidos del mayordomo de fábrica, del sacristán y los acólitos, y de dos ó tres de las más calificadas devotas de la parroquia, á practicar la importante y delicada operación de bajar del nicho, colocar en la mesa, vestir y aderezar al Santo.

Es la efigie obra escultórica en madera de las mocedades de Don Juan González ; y sólo tiene de imitación de la figura humana la cabeza, las manos y los pies, componiéndose el resto del cuerpo de estudiada armazón de palos, que cubierta todo el año de modestos paramentos, sólo es expuesta á miradas indiscretas, el tiempo indispensable para que el señor Cura prevenga con esmero los ataques de la polilla y las devotas cubran reverentemente la sagrada efigie con flamante dalmática de vistosísimo brocado.

Llévase á luego la imagen á la mesa y colócasela sobre peana profusamente exornada de guardabrisas y macetas de oropel. En seguidas cúbrense los cuatro frentes de la mesa

con sendos faldones de pana galoneados ; y un paquete de triquitraques quemado en la puerta exterior de la sacrístía, proclama el fausto suceso de la colocación del Santo ; con lo que se van, el señor Cura á sus rezos, las devotas á barrer la iglesia, y el Presidente á disponer el adorno de ésta, cosa que tendremos ocasión de admirar cuando asistamos á la solemne celebración de la misa de tres padres con música de orquesta.

A la hora de oraciones estallan de nuevo las *cámaras*, con menos fuerza que antes, á causa del cansancio del atacador que está de pólvora y ladrillo molido hasta más arriba del moño ; hiende el aire profusión de cohetes de multicolores lágrimas; atruenan los triquitraques; rechiflan en el atrio todos los chicuelos del contorno; el campanero se entrega con fruición á vertiginoso repique; y en el frontispicio de la iglesia cubren las líneas arquitectónicas, hileras de farolillos de colores diversos, que á distancia, simulan el trazo del frontis en la sombra con un pincel de fuego. Moderna innovación ésta que, con no poco descontento de los amantes de lo antiguo, ha venido, en ventajosa sustitución, á relegar á la desdeñada categoría de vetusta y ridícula costumbre la de las candilejas de aceite de coco, tan apreciadas en tiempos siempre gratamente recordados.

El señor Cura y tres colegas, llamados por él en su auxilio, dispersos en naves y sacristía, se ocupan en confesar á los miembros de la Cofradía

y gran número de devotas que han de comulgar *en la fiesta ;* y en la semi-oscuridad de la iglesia vagan como sombras los encargados del adorno, dando á éste la última mano, hablando en voz baja, cuyo susurro se mezcla con el *resongo* de las absoluciones y se apaga á veces bajo la terca y bullanguera tos del señor Cura.

Amanece el solemne día con idéntico aparato de morteretes y repiques, y además con acompañamiento de orquesta en el atrio ; y entre idas y venidas de cofrades y acólitos, consultas al señor Cura, correcciones al adorno del púlpito, arreglo de la cera y demás detalles de última hora, llega la de la *tercia*, que se canta por el Cura y los auxiliares, con el órgano ó á media orquesta, para no echar el resto al empezar.

Comienzan á llegar los fieles y á abrir tamaños boca y ojos al tropezar con las pilas de agua bendita, en las que se enroscan festones de té sembrados de media en media vara de dalias y conejas ; al ver las dos largas hileras de sillas que forman calle desde el *tabique* hasta el altar mayor, y que serán ocupadas por los miembros de la rumbosa Sociedad Sostenedora del Culto del Santo Patrono ; al descubrir las arañas de cuatro luces colgadas en el centro de cada uno de los arcos, de las que penden blancas grímpolas de madapolán con las iniciales del santo pintadas con cartulina, y donde se juntan, después de formar ondas simétricas, festones de té iguales á los de las

pilas, que parten de los pilares; al descubrir en estos, fijadas á media altura y debajo de grupo de guardabrisas, coronas de precipitada confección, verdaderas democráticas repúblicas de flores, donde junto á la delicada rosa pudor se asoma la cayena que luce como rostro de ébrio al lado del de romántica doncella. Y nada es todo esto si se le compara con el historiado adorno del púlpito, que está de baile, á juzgar por la falda de lustrillo azul celeste y la sobre falda de tul blanco con recogidos de capricho y prendidos de flores y lazos de cinta carmesí.

Por último lleva al colmo la admiración de la feligresía aquel altar mayor, verdadera montaña ignea, de donde parten destellos multicolores, despedidos por las flores de oropel al reflejar la luz de los cirios; destacándose todo sobre el fondo profundamente rojo del jigantesco pabellón de damasco, al que la distancia y la precedencia del áscua deslumbradora del altar, favorecen para el discreto disimulo de los no pocos remiendos y surcidos á que ha dado lugar el apetito clandestino de las ratas.

Termina la *tercia;* entra en cuerpo la Cofradía y ocupa las dos hileras de sillas; van y vienen los monaguillos; se oyen en el coro pasos, templar de cuerdas, equívocos sonidos de instrumentos de cobre; toses de personas que se aclaran el pecho: todo anuncia que va á empezar la solemne celebración de la misa.

En efecto: aparecen por la puerta de la sa-

cristía que dá acceso al altar, el señor Cura lujosamente revestido con alba riquísima de encages y casulla deslumbrante de brocado ; los diáconos embutidos en pesadas dalmáticas, y los sacristanes y acólitos con los cirios y la cruz. Convenientemente colocados todos, el oficiante dice con voz grave : *Introibo ad altare Dei*. No espera más el que en el coro hace de maestro de capilla para dar la señal que determina el comienzo de la catástrofe. Rompen la música y las voces al unísono ; pero esto no dura sino el tiempo de un compás. De allí echa cada uno por su lado. El violín rasca por su cuenta y riesgo como si tocase solo, sin hacer caso de los batutazos del maestro que hacia un lado y otro grita : "piano, piano, terciopelo, Tomasito." "Aspiración de corchea, Rufino." "Dos compases en silencio Melitón." Nada : ni Tomasito, ni Rufino, ni Melitón se curan del maestro, ni del papel ni de sus propias orejas. El contrabajo ronca á destiempo ; el trombón asorda con destemplados cornetazos ; el clarinete, rajado por más señas, gruñe á medias ; el tenor se pone bermejo dando, con catarrosa voz, un *sí* bemol que debiera ser *la* natural ; el coro, donde domina un desaforado bajo callejero, acompaña el *la* natural con un *sol* sostenido en calderón ; y á todo esto la flauta pita por donde quiere y el barítono bosteza cuando le toca una *fuga*.

Del mar de cabezas que cubre las naves de la iglesia hay no menos de doscientas levan-

tadas y vueltas hacia el coro. De pronto un murmullo se siente en una de las naves, causado por el movimiento de los que la ocupan para abrir paso á una mujer que, vela

en mano y chiquillo al hombro, avanza de rodillas para llegar á los pies del Santo.

La atención se concentra de nuevo en la

música: el tenor ha empezado un *sólo* que enternece al bueno del señor Cura, quien ignorante de las cosas del mundo, no reconoce en lo que se está cantando el *Tacea la notte* de *Il Trovatore*, ó el *Tutti la feste* de *Rigoletto*.

Cesan las irreverencias antimusicales del coro y sube al púlpito el orador sagrado, entre el ruido de mujeres que se arrodillan y rezan en voz alta.

El predicador hace el panegírico del glorioso varón que presenta á sus oyentes, como dechado de virtudes admirables; y termina con fervorosa imprecación á él y cumplido elogio á los esfuerzos de la Sociedad Sostenedora de lo que ya se ha dicho.

Desde entonces hasta el último evangelio, dicho con acompañamiento de vals arrebatador, la orquesta no deja de hacer de las suyas sino para dar lugar á que cante el prefacio la gangosa voz del préste.

A la salida reciben los cofrades, ébrios de satisfacción, una lluvia de cumplimientos, por *lo bueno* de la fiesta, que aparentemente termina, con nuevas explosiones de cámaras, furioso repique y trueno ensordecedor de triquitraques; pero que en realidad concluye con suculento almuerzo de la Sociedad Sostenedora entonces de las agotadas fuerzas de sus miembros, á cuyo efecto se ha dispuesto y decorado el vecino local de las sesiones que trasciende á pavo horneado y á masa de pasteles.

No es discreta nuestra presencia en este acto á que no estamos invitados.

LOS ENTIERROS

La cosa pasaba de noche, ordinariamente á eso de las ocho.

(He debido comenzar por manifestar á ustedes que voy á decir cómo era un entierro en Caracas hace treinta años y cómo es ahora. Cumplido este ineludible deber, como dicen los políticos, prosigo.)

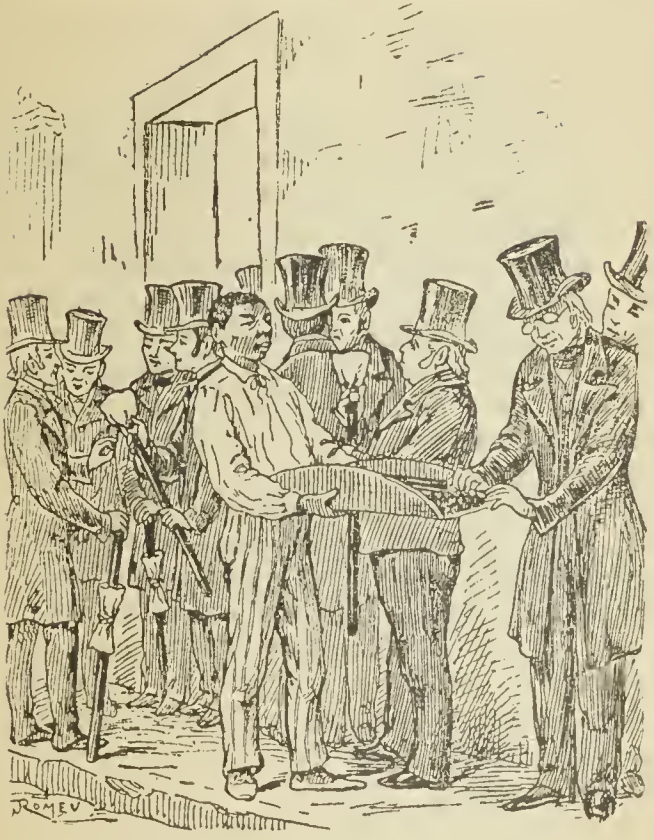
Las invitaciones se hacían en papel de esquela, de angosto filete negro, impresas con tipo de bastardilla y encabezadas con una viñeta: un angelito gordo que hacía pucheros sobre una tumba y debajo de un sauce llorón.

Los asistentes al entierro acudían, por motivos de mucho peso, con buena anticipación, es decir, no llegaban á la casa mortuoria antes de pasados quince minutos después de la hora señalada en la esquela de invitación como fija, en la seguridad de que todavía se adelantaban

en otros quince, por lo menos, á la salida del entierro.

Merecido castigo de la infantil curiosidad era para nosotros, los chicuelos de entonces, la tétrica impresión que recibíamos cuando, después de aprovechar la entrada de un grupo de concurrentes á la casa mortuoria para colarnos en ella, contemplábamos con mudo asombro el piso y las paredes cubiertos de holandilla negra, sembrada á trechos de grandes estrellas que formaba la esperma derretida, al gotear por el cintajo negro pendiente de las barrigudas guardabrisas. Qué de secretos pavores y descorteses despedidas nos costaba la pícara tentación de desprender de los blandones negros la caliente cera que chorreaban, elemento este tan escaso como indispensable para la fabricación de perinolas de carretel.

La comisión de amigos y de doloridos de segundo orden no salía en busca del Cura hasta que no llegaban de la agencia funeraria los portadores de las velas que habrían de ser distribuidas entre los concurrentes. Cada uno de estos recibía su correspondiente cirio provisto de una tira de papel de quince centímetros de ancho por veinticinco de largo, pegada con goma en los extremos á manera de cilindro, arrollada en el centro de la vela y atada á ella con un cordón. El concurrente recostaba el bastón de la pared, desataba la cuerda, dejaba correr el cilindro de papel hasta el extremo superior del cirio, donde



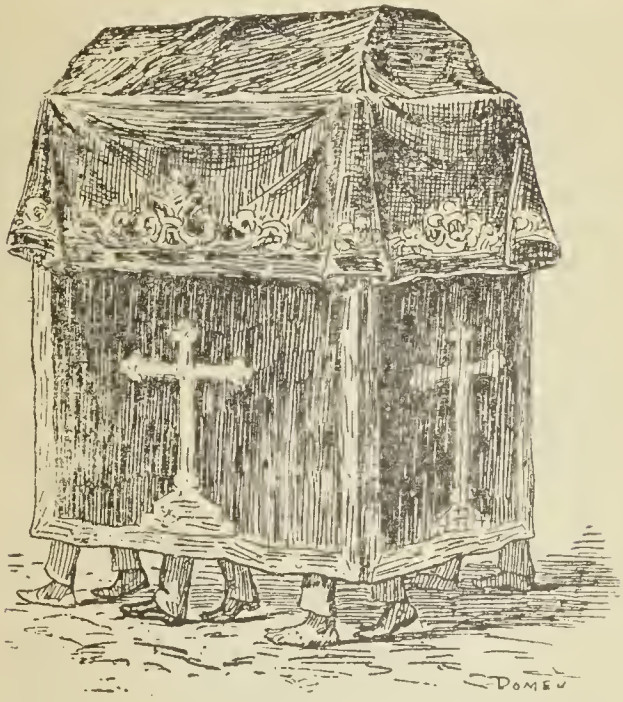
armaba una especie de fanalillo, asegurado con el cordón que con tal fin se conservaba entre los labios mientras duraba la maniobra. Luego, con permiso cortesmente solicitado, encendía la vela en la de otro concurrente, acto este que á

menudo ocasionaba el incendio de alguno de los dos farolillos con no poca desazón para los apurados caballeros.

Una vez encendidas todas las velas, la calle quedaba iluminada *á giorno* y convertida en pomposo anuncio de la agencia funeraria, cuyo nombre, estampado con letras negras en el farolillo, se veía tantas veces reproducido, como velas presentaban al trasparente el consabido letrero : GONZALEZ, GIRALDEZ Y CA.

Precedido del Cura y los acólitos y seguido del cuerpo de doloridos salía de la casa luego el féretro. Componíase este de una mesa alta y algo más larga que la urna, cubierta en sus cuatro frentes de sendos faldones de pana ó de terciopelo, simplemente galoneados ó bordados al realce en oro y plata, según la categoría del difunto y los posibles de sus deudos; y en la parte superior con amplio paño de las mismas tela y condición de los faldones, para ocultar la urna y completar el severo y fúnebre aderezo.

La altura de la mesa era siempre menor que la de un hombre de mediana estatura; causa esta de que de ordinario no alcanzasen los faldones á cubrir por entero los cuerpos de los ocho peones de la agencia que cargaban el féretro, y de que, contrastando con la brillante orla inferior de los faldones, apareciesen por debajo diez y seis extremos de pantalones diversos en telas y colores y otros tantos pies, metidos los unos en crugidores borceguíes de becerro, mo-



destamente resguardados otros por la democrática alpargata, y proclamando desenfadadamente los demás el económico sistema de *pata en el suelo.*

Poníase en marcha lentamente el fúnebre cortejo; los concurrentes se arrimaban á la orilla de la acera, llevando la vela inclinada del lado del arroyo, no tanto para buscar el vistoso efecto de las prolongadas paralelas de luminarias, como para poner á salvo las caras del calor de la llama y las levitas del indecente lagrimeo de las velas que, no obstante las más prolijas pre-

cauciones, dejaban en el paño huellas de su duelo, tan duraderas como que al siguiente día lograba sólo atenuarlas, difundiéndolas, la cucharada de brasas aplicada al paño con interposición del papel de estraza.

No sé, á la verdad, á qué carta jugar en materia de entierros: no sé si deplorar el desaparecimiento de la vetusta costumbre cuando asisto á los entierros de ahora. Paréceme que era más cónsona con la significación del acto la severa sencillez de antaño, á cuyas notas ridículas no les van en zaga las que se observan ogaño.

Las mesas de cincuenta cubiertos con lujo de servicio y exquisitez de viandas, destinadas á templar el voraz enternecimiento de los íntimos que van á acompañar en su dolor á los deudos del finado, hacen pensar que el cumplimiento de aquella obra de caridad de llorar con los que lloran, requiere el substancioso estímulo de un escogido *menú* que cause consoladora nutrición á los que debilita el contínuo fumar ó conversar, ó ambas cosas, consideradas ahora en todos los duelos, de ordenanza.

La urna cubierta de cruces y coronas blancas, bien que haya muerto de noventa años el que va dentro, es chocante á todas luces.

Ahora no se descubren los pies de los cargadores del féretro por debajo de los faldones: ahora salen con una urna de metal á cuestas seis ú ocho caballeros de diversas estaturas, de los cuales cargan con los hombros los más altos, los medianos con la cabeza, los pequeños con las palmas de las manos y los muy chiquitines empinados además sobre las puntas de los pies; todos bermejos por efecto del esfuerzo, bañados en sudor, mojados por el agua que

gotea de las coronas, cuyas flores se les meten en los ojos ó les bailan sobre las narices.

Nada se diga de la despedida del duelo en la iglesia. Terminados los rezos, los doloridos se sitúan en fila á un lado de la puerta para recibir un apretón de manos de todos y cada

uno de los concurrentes. Si estos son quinientos, quinientos apretones reciben aquellos, quienes acaban casi desmayados. Y es de ver, así el tropel que forman todos los concurrentes,

queriendo cada cual anticiparse á dar la mano, como las diversas expresiones de las caras al desfilar por delante de los afligidos deudos del difunto; unas sonrientes, otras afectadamente compungidas, cuales indiferentes y cuales revelando claramente mucha prisa y deseo de salir cuanto antes.

No es menos digno de observación el modo peculiar de dar la mano cada concurrente. Pone este los dedos como si fuese á tomar un polvo de rapé y le pellizca al dolorido el dedo índice; el otro le atrae hacia sí haciéndole perder el equilibrio; el de más allá obra de modo inverso y le hunde el puño en la boca del estómago; hay quien hace levantar las manos enlazadas á la altura de los ojos ; hay quien las hace bajar casi hasta las rodillas; y los que no aprietan hasta hacer crugir las coyunturas, se contentan con sobar ligeramente la magullada mano de la víctima.

No faltó quien concibiese la feliz idea de dar al traste con esta molestísima costumbre, sustituyéndola con la de recibir en la puerta de la iglesia, en lujosa bandeja, las tarjetas de los concurrentes; pero no logró sino aumentar con ello el número de las incomodidades, de suerte que se da la mano y se deja la tarjeta.

Las previsivas agencias funerarias tienen el cuidado de hacer que no falten en la bandeja, el paquete de tarjetas en blanco y el lápiz para los olvidadizos, lo que da campo á que estos for-

men otro tropel para arrebatarse el lápiz con el cual llenan la tarjeta apoyándose en la pared.

No invito á mis amables lectores á entrar en alguno de los lujosos coches qne han de llevar la concurrencia al cementerio. No quiero que regresen habiendo realizado lo de *acuérdate hombre que eres polvo y en polvo habrás de convertirte.*

LOS MUCHACHOS DE CARACAS

¿Qué se han hecho los *muchachos* de Caracas? Por más que los busco no los encuentro. No da señal alguna de vida el género, no se oye hablar de aquellas magnas manifestaciones colectivas de otros tiempos que conmovían á un barrio entero y hacían sudar la gota gorda á la policía.

Sería de celebrarse la actual pacífica actitud del muchacho de Caracas, si en ella no se viese antes que el efecto de la educación el signo de la degeneración que venimos sufriendo y que á tanta distancia moral nos tiene ya de nuestros abuelos los libertadores de la patria y de la América.

¿Qué era el muchacho de Caracas hace treinta y cinco años? Un diablillo lleno de gracia, de travesura, de precoz inteligencia, del que no quedan ni vestigios en el linfático ciudadano de nuestros días.

Quien quisiere saber cuanto hemos cambiado, de que magnitud ha sido el bajón que hemos dado en nuestro vigor moral y hasta en el físico, no tendrá mas que comparar con el de antaño, el granuja de estos tiempos.

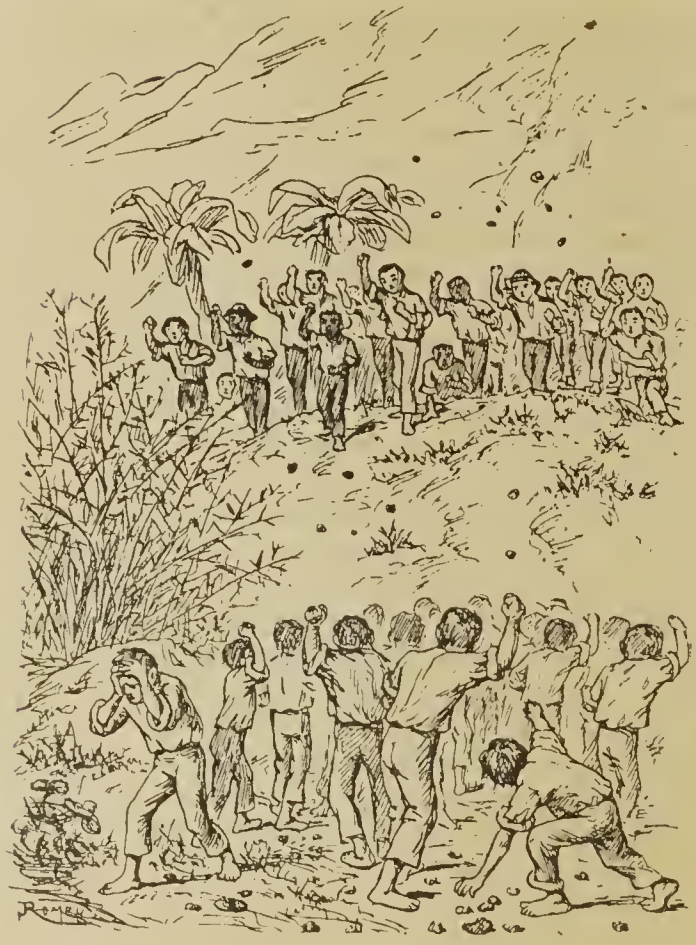
En aquel hervía la sangre, vibraban los nervios, era el hablar á borbotones y el movimento estado normal: la vida desbordaba en él. Tomaba armas, peleaba, sufría contusiones, era perseguido por la policía y azotado en casa: á todo se sometía antes que consentir en que apareciese menguado su barrio, al que representaba ante el granuja del barrio vecino. De él puede decirse que fue el feto bullidor del civismo viril, desmedrado después del nacimiento por lactancia ineficaz, linfático, escrofuloso, tísico en fin de cuentas.

El muchacho de Caracas, como tipo, ha desaparecido. Sólo quedan recuerdos de sus travesuras y de sus juegos predilectos.

El barrio de la Pastora, el vecindario de El Teque, la sabana del Blanco y las orillas del Guaire eran cada uno teatro en turno de sus hazañas. Los accidentes del terreno, la abundancia de solares y de espesos matorrales, los cañaverales, todo lo que pudiera ofrecerle al par que conveniente campo para las correrías, seguro escondite en caso de inesperada pesquisa de la policía, todo lo reunían los sitios indicados, poblados ahora los unos, los otros convertidos en plantaciones nunca holladas por des-

tructoras plantas ó en no turbadas mansiones de lagartos y demás antiguamente perseguidas alimañas.

Las madres de nuestros días tienen la fortuna de no pasar por las terribles angustias con que las de aquellos tiempos buscaban en vano al inquieto chicuelo en todos los rincones de la casa, tan luego como los tambores de cacerolas y las cornetas de cañutos de lechosa alborotaban el vecindario; y los vivas y mueras lanzados en coro por centenares de voces atipladas anunciaban pelaza de tomo y lomo entre los beligerantes de vecinos barrios. No bien se avistaban estos al desembocar en una calle, ó al llegar el uno enfrente de las posiciones del otro, cuando al toque de *fuego y adentro* de los roncos tubos de lechosa, dos formidables nubes de piedras lanzadas de uno y otro lado se cruzaban en el aire y caían en los campos de los combatientes, de los que al instante quedaba buen número fuera de pelea. Entonces era el lamentarse del uno de que le hubiesen aplastado la nariz; el chillar desesperado de otro á quien la piedra le llevara dos dientes de camino; el gemir desconsolado de un tercero al que un canto le pusiera el ojo izquierdo medio cuerpo fuera de la cuenca. Buscaban los heridos el camino de sus respectivas casas, donde después de aplicados los apósitos, pasaban los heróicos adalides por la vergüenza y el dolor de sentir la injuria de la chancleta justiciera en aquella parte



del cuerpo que hubiera sido deshonra presentar al enemigo.

De los que quedaban ilesos iba buena parte al

cuarto de meditación que al efecto les destinaba la policía; la otra, dispersa y oculta entre matorrales y escombros, aguardaba con el silencio del remordimiento y los sobresaltos de la culpa,

á que los agentes del orden público, que advertidos por los padres en alarma y los vecinos incomodados, habían acudido al teatro de los acontecimientos, terminasen muy entrada la noche la ronda pesquisidora. Con cuan heróica resolución trasponía luego el guerrero fugitivo los umbrales de la casa paterna, arrostrando la zurra indefectible de que era nuncio cierto el escozor anticipado en el inmediato objeto del suplicio!

Cuantas cicatrices que campean hoy en majestuosas calvas tienen su origen en aquellos *avances* memorables.

No parece que fuera el ardor bélico constante en el granuja caraqueño; al menos permanecía latente durante largas treguas, que se interrumpían cuando el ruido de los hechos de armas de nuestras discordias civiles distraían á los rapaces de otros entretenimientos de muy diversa índole, á que solían entregarse con no poca satisfacción por parte de las madres que, como es natural, cooperaban á toda especie de pacífica diversión.

En los días siguientes á la Semana Santa privaba en los muchachos el entusiasmo por el culto religioso. Las procesiones de los siete magnos días eran imitadas á la perfección : imágenes, ornamentación, insignias, paramentos, ritos, todo se copiaba con tan sorprendente fidelidad que de manifiesto quedaban la inteligente observación y la energía en el empeño de los activos arrapiezos.

No siempre se conservaba la circunspección propia del asunto, ni terminaba dignamente la infantil parodia de la ceremonia religiosa, como

que en cierta procesión de Viernes Santo, en que oficiaba de arzobispo el hijo de *ña Petra la arepera*, á la cual se le había escapado el nene hacía tres días con la cesta de pan y los centavos, sucedió que la enojada madre, vanamente empeñada hasta entonces en buscar por todas partes al culpable, descubrióle al volver de una esquina, revestido de capa pluvial, detrás del Crucificado. Nada fue poderoso á contener el justo enojo de *ña Petra*, quien sin miramiento alguno interrumpió la solemnidad, avanzándose hacia la improvisada dignidad episcopal, que recibió dos formidables coscorrones con grave detrimento de la mitra, la cual era de frágil cartón almidonado. No podía quedar sin castigo el incalificable desacato de *ña Petra*, contra quien acudieron canónigos, sacristanes, músicos y monaguillos, armados con incensarios de tapas de peroles, cirios de carrizo forrados en papel plateado y violines de caña amarga. En auxilio de la amenazada y justiciera madre vinieron no pocos de los espectadores y hubo las de San Quintín: rodaron los santos, volaron los bonetes, eran azotes las estolas y los cíngulos y proyectiles las insignias. Alcanzada la victoria por el partido de *ña Petra*, triunfante llevóse ésta al sonrojado Monseñor que, de reata y llevado por la oreja, iba con el alba desgarrada y la capa pluvial descolgada y á rastras recogiendo las basuras de la calle.

Cuando nada determinaba los arranques marciales del granuja caraqueño ó excitaba su fantasía, poníase á la orden del día el juego de metra con su tecnicismo de *pepa y palmo;* el de trompo

con el suyo de *bomba y Troya;* el de *papagayo* que tanto hacía peligrar los ojos de los transeúntes, á causa de la cortante puntilla que se ponía en la cola de las cometas para cortar las cuerdas de los compañeros y ver cómo se *iba á la gila* el *papagayo*, dando tumbos; y los *cotines* que merecen párrafo aparte.

Eran los *cotines* pactos que se celebraban entre dos muchachos, y que quedaban irrevocablemente consagrados mediante cierta formalidad que consistía en enlazar los dedos meñiques de las manos derechas. Tenían estos pactos diversos objetos: el de *cotin mitad*, por ejemplo, establecía la obligación de dar un pactante al otro la mitad de cualquiera golosina, si al ser sorprendido en el momento de comerla, no se anticipaba al indefectible recuerdo del pacto con estas palabras: *hasta otra vista* ó *casa y vuelva.* Esto último envolvía una excepción dilatoria, como que significaba que el cumplimiento del pacto no podía efectuarse sino al regresar de casa.

El granuja de nuestros días no tiene otro signo de existencia que el pregón de los diarios de á centavo. No tiene vida pública como el otro. Ya los quincalleros casi no importan metras, los carpinteros apenas tornean trompos, no hay quien sepa hacer un *papagayo.* No se ven sino arrapiezos macilentos que corren sin propósito cuadras y cuadras detrás de los carros de tranvía; que tienen la boca llena de suciedades y el alma de vicios; que no se juntan sino para

rechiflar tontamente en incidentes sosos ; para ver morir los perros envenenados y para recoger en el carnaval las baratijas debajo de las ventanas.

Dá tristeza pensar en lo que saldrá de esa crisálida.

LAS MUDANZAS

La casa en que habita cierto caballero amigo mío no puede ser peor; pero él se obstina en no dejarla, alegando para ello numerosas y muy plausibles razones, entre otras la de no poder efectuar la mudanza á media noche.

No sé con certeza por qué considera él cosa de evitarse á todo trance la mudanza de día, pero es lo cierto que su obstinación me ha dado asunto para este artículo, al traerme á la memoria cosas que, como yo, habrán visto mis lectores.

*

Por haber emigrado de la cuadra la familia que habitaba la casa número 7, ésta queda desocupada y ostenta desde luego, pegado en la puerta de la calle, un aviso manuscrito que más ó menos dice así: SE ALQUILA.—*Ocúrrase por informes á la bodega de la esquina.*

Esto basta para mantener abiertas, desde que

amanece Dios, las ventanas de celosía de las casas inmediatas, cuyas ocupantes desocupadas consideran cosa de necesidad imprescindible atisbar á todo el que ocurre á ver "la casa" para deducir por la traza las condiciones del inquilino en ciernes. Y de ventana á ventana, la vecina de la casa de enfrente y la de la inmediata á la cerrada, entablan el siguiente diálogo:

—Esta mañana vino á ver "la casa" un señor gordo que parece extranjero.

—Sí, mujer; y por cierto que salió diciendo que era muy húmeda. Es verdad que tiene ese inconveniente.

—Y no tiene fondo: Claudia no podía tener más de veinticinco gallinas y tres *cochinos* en el corralito.

—No me gustaría que la tomara ese señor: parece gente etiquetera.

—¡Ave María purísima! No nos faltaba más que eso. Gente etiquetera aquí, donde todos estamos como en familia.

—¡Qué casualidad! Allí viene un individuo que trae una llave engarzada en los dedos de la mano derecha. ¿Vendrá á ver la casa?

—Veamos.

(Silencio que dura el tiempo necesario para que la persona en cuestión abra la puerta y entre.)

—¿Sabes que se me ha puesto como sombrero que este es aquel novio de que nos hablaron anoche?

—No te quede duda. Y esa sí que sería calamidad. Novios en el vecindario es lo mismo que decir fastidio. Se ofrecen cuando les dá la gana, no abren las ventanas, se salen desde que anochece, y pagan las visitas tarde ó nunca.

—Pues, á mí no me desagradaría. Estaríamos divertidas viendo la composición de la casa primero, después la llegada de los muebles y las idas y venidas del novio.

(Sale el presunto novio; y después de zapatear en la acera, de sacudirse los pantalones con el pañuelo y de rascarse las pantorrillas, echa por la calle arriba.)

—Qué pulgas tan bravas.

—Y qué pronto se levantaron. Se conoce que no quedó barrida la casa. Yo siempre dije que Claudia era muy puerca.

Trascurren cuatro días, y al amanecer del quinto, la vecina de enfrente vé que abre la puerta de "la casa" una mujer de paño que trae una escoba. Corre inmediatamente por la cuadra la voz de que ya la casa está tomada, y detrás de todas las celosías se descubren ojos curiosos que aguardan impacientes el comienzo de la mudanza.

Ni el señor gordo que parecía extranjero, ni el presunto novio, son los inquilinos, sino una familia que se presenta por partes, siendo la primera una avanzada que aparece mediando la mañana, y compuesta de una señorona sofocada y una pollita que anda con paso menudo,

oscilación de caderas y balanceo de codos. Es la comisión de la familia, encargada de recibir los *corotos* en el nuevo domicilio.

—Ya deben de venir cerca las carretas, dice la vecina de enfrente.

—Es seguro, contesta la interlocutora de antes.

—Yo no me muevo de aquí.

—Ni yo.

Pero á las carretas se anticipan dos parihuelas que los cargadores ponen en la calle, arrimadas á la acera, delante de la puerta de la casa, y de las cuales empiezan á retirar objetos diversos que introducen luego á hombros.

Lo primero que aparece es un retrato al óleo, de medio cuerpo y tamaño natural: efigie ultrajada por los años, de un señor de corbatín, que usaba patillas cortas y peinado á lo torero. y á quien el atrasado artista pintó con la cara de frente y la nariz de perfil. Síguenle dos litografías con marco negro que representan el sacrificio no consumado de Isaac la una, y la otra á Luis XVI en carroza viniendo de Versalles con la corte. En pos de Luis XVI entra á la casa Bolívar en cromo y con la nariz carcomida; y detrás del Libertador, un cuadro de pelo donde aparece una tumba con verja al lado de un ciprés, en campo de césped muy espeso, sembrado de flores descomunales; y llégale su turno á un atrevimiento al *crayón*, obra de un infeliz aficionado cuyas labores artísticas no

pasaron de aquella en que se presenta á un niño con un carrillo hinchado y un ojo gacho, en actitud de llevarse á la boca algo que probablemente quiso ser rebanada de pan, y que cualquiera tomaría por una oreja inverosímil. La primera parihuela queda desocupada después de levantado un enorme espejo que fue lujoso cuando la *Cosiata* y que tiene forrado el marco en tul color de rosa, antes para el disimulo de las pasadas injurias del tiempo que para prevenir las venideras.

La segunda parihuela ocupa el lugar de la primera; y son de aquella cuidadosamente retirados, por expresa recomendación de la señorona que vigila la maniobra desde la ventana, un sofá y dos mecedoras de caoba con asiento y respaldo de cerda, de pesada y antigua construcción; y que sólo conservan su pristina forma, merced al cuidado con que á instancias de la señorona se les trata, siendo de lo contrario inminentes, así el riesgo de un completo divorcio entre patas, asientos y copetes, como el de irreparables hundimientos de la chapa, capaces de ofrecer amplia salida á la carcoma.

A luego se detienen delante de la casa cuatro ó cinco carretas, cargadas hasta decir basta; é inventariadas de una sola ojeada por cada una de las veinte personas que atisban detrás de las celosías del vecindario.

La descarga de las carretas da ocasión á que se ofrezcan á tanta mirada indiscreta, camas no

despojadas de colchones y ropas de dormir; mesas de noche cuyas puertas, abiertas por azar, revelan secretos de avería en reservados adminículos; la silla coja de la cocina; la batea rajada y remendada con hoja de lata; cajones atestados de objetos, verdaderos revoltillos donde aparecen confundidos candelabros, polveras, pilas de agua bendita, fotografías, tinteros, el estuche de navajas del papá, el convoy sin los frascos y las tenacillas de peinarse la pollita.

Por el zaguán pasan en desfile, testigos mudos de todas las vicisitudes de la familia, la poltrona en cuyo asiento de raído damasco asómase la rosca mohosa de algún resorte; último resto aquella del mueblaje que brilló en la sala en la época del empleo de hacienda del papá; las columnas torneadas del antiguo lecho conyugal; el baño de asiento donde hizo crisis la grave dolencia que puso cierta vez á la señorona á las puertas del otro mundo; los restos de la pajarera donde en mejores tiempos revoloteaban alegres gorjeando los canarios; la caja del violín del primogénito que tiene quince años y ya es bachiller y librepensador; la del sombrero de copa estrenado en el Centenario de Bolívar; y el aguamanil que se compró cuando hubo huéspedes y que ahora utiliza el mocoso despreciador de Dios y demás invenciones de los curas.

La acera está llena de mesas cojas, sillas desvencijadas, baúles atados con cabestros y cestos que se deshacen. El anafe muestra su parrilla

llena de ceniza, debajo de una vetusta silla vaquera; maúlla el gato dentro de una mochila; los piés de los carreteros llevan de un lado para otro una pantufla destalonada que les estorba el paso y que rueda por el suelo entre pedazos de varillas de catre, papeles arrugados y cucarachas muertas.

Aun no se ha terminado la descarga de aquellas carretas, cuando aparecen otras en la esquina. A la una le sirve de remate el tinajero, á otra un maltrecho maniquí de paja y en una tercera vienen las gallinas cacareando en medio del traqueteo de los calderos, ollas y demás utensilios de cocina, traídos en consorcio con incalculable número de trastos inservibles que apestan con su tufo de rincón.

Al mismo tiempo llega la segunda y última parte de la familia: el papá, una cuarentona tísica que vive en la casa, el bachiller y violinista émulo de Voltaire, y la cocinera con la cesta al brazo y el hocico en punta.

Las personas entran, son descargadas las carretas, la criada aparece con la escoba, barre el zaguán y cierra el portón; y la vecina de enfrente, asomando la cabeza por encima de la celosía para que pueda verla bien su amiga, arquea las cejas, frunce los labios y se santigua.

En el artículo siguiente volveremos á encontrarnos con esta señora y con los inquilinos de la casa número 7. En el presento á ustedes una muestra de las amistades de vecindario.

LAS AMISTADES DE VECINDARIO

—¿Quién es?

—Gente de paz.

—Adelante; ¿qué se ofrece?

—Buenos días. ¿Aquí está *misia* Bruna?

—Habla usted con ella.

—De parte de *misia* Marta Cabrices, que en la casa de enfrente la tiene á su disposición para lo que la crea útil.

—Dígale usted á misia Marta que me alegro mucho de tenerla de vecina y que muy pronto tendré el gusto de ir por allá.

De este modo, sin palabra de más ni de menos, se establecen en Caracas las amistades de vecindario.

Misia Marta Cabrices es la señorona de cuya mudanza hablé á ustedes en mi artículo anterior; y misia Bruna la vecina de enfrente, aquella que detrás de la celosía de su ventana inspeccionaba la mudanza.

En todas las casas de la cuadra se recibe en el mismo día idéntico recado y en todas se dá idéntica contestación.

La primera que visita á misia Marta es misia Bruna. ¿Cómo no? ¿No es la vecina de enfrente? No ir inmediatamente sería pasar por desatenta. Fuera de que no está demás ir la primera, porque si los nuevos vecinos son de los que muestran la casa, no vendrán á contarle mentiras á misia Bruna las amigas de la cuadra. Bueno es saber las cosas antes que todo el mundo. Por otra parte, si los vecinos son gente servicial y mañana se ofrece cualquiera cosa..... hay que pensar en todo.

Y en la noche misia Bruna y su niña cruzan la calle y entran en la casa número 7, donde son recibidas con suma amabilidad por misia Marta en unión de la cuarentona tísica.

—¿Y están acomodadas en la casa? pregunta misia Bruna, dirigiendo una significativa mirada hacia el interior.

—Así, así; al principio todo en este mundo tiene sus dificultades, pero ya nos acomodaremos.

—Y como ustedes no son muchos y se habrán distribuido bien las piezas..... (segunda mirada hacia el interior, más marcada que la primera.)

—Así es.

—En un momento en que, por casualidad, me asomé á la ventana, el día que ustedes se mudaron, ví los muebles y me pareció que sí les cabrían aquí. (Tercera mirada acompañada de un movimiento que pone en claro el deseo de misia Bruna de dar un paseito por la casa).

—Ah ! si : han cabido perfectamente. Si ustedes quieren pasar y ver como los hemos dispuesto.....

—Con mucho gusto. Vamos.

Misia Marta se anticipa para ir á prevenir á Cabrices, á quien la reuma obliga á coger cama temprano y que en aquel momento está en el traje en que dió Don Quijote su descomunal batalla contra los odres de vino.

—Métete pronto en la cama, Cabrices, que viene la familia de enfrente á ver la casa.

—Pero, mujer !

—Anda pronto, te digo, que ya vienen.

(Misia Bruna entrando á tiempo que Cabrices esconde debajo de la manta la pierna izquierda.)

—¿ Y esta pieza?

—Es la de Cabrices ; dispense usted..... como él se acuesta temprano.....

—Ustedes son las que han de dispensar.

Y pasando de largo, las visitantes se encuentran en el cuarto inmediato con el señor Bachiller Don Martín Seneca Cabrices, violinista y libre pensador, ocupado á la sazón en escribir.

—Este es el cuarto de Martinsito, dice misia Marta, aquí duerme, toca y escribe.

—¿ Con que escribe? A ver, caballerito, muéstreme usted su plana.

—Plana no, zeñora. (El Bachiller es ceceoso y se amosca fácilmente.)

—Ah ! ¿ no es plana ?

—No, zeñora.

—Vamos, ya caigo, escribirá usted su lección de catecismo.

—Zeñora !

—¿Tampoco es eso?

—Zepa uzted que yo no zoy hombre.....

—Sí, ya se que es usted un niño y por eso mismo.

—Digo que no zoy hombre de preocupacionez vulgarez : profezo las ideaz :nodernaz y eztaba ezcribiendo un editorial para el próximo número de *El Anti-clericalizta*, el periódico que....

—Dispense usted, no quiero quitarle tiempo, continúe usted su pla..... digo, su editorial.

Martinsito sigue su escritura refunfuñando, mientras misia Bruna y compañía pasan al comedor.

—¿Y por qué pusieron el aparador de este lado y no del otro? [Empiezan las confianzas de misia Bruna.] Allí hubiera quedado mejor.

—Sí, es verdad,.....pero.....mire usted..... no se nos ocurrió.

Misia Bruna está en el secreto, por haberlo descubierto desde su ventana, de que el aparador está gravemente herido por uno de los flancos ; secreto que sólo puede conservarse dejando el mueble donde está.

—¡ Que bonita jarra ! ¡ Pudiera yo conseguir una igual para mañana que come en casa Mister Schlarfght. [Alemán pretendiente de Brunita.]

—Si esa le sirve está á su disposición.

—Puesto que usted tiene la bondad de prestarmela, mandaré por élla. [Continúan las confianzas de misia Bruna.]

Ya para este momento Brunita y Martita son íntimas amigas : andan abrazadas, se tratan de

chica y han hablado en voz muy baja de Mister Schlarfght y de cierto colega de Martinsito en ideas modernas, caballerito que se encarama lentejos de oro en la nariz y decálitro de fieltro gris en la cabeza.

No termina la visita sin que hayan sido inspeccionados la cocina y el corral, hecho lo cual se considera satisfecha por el momento misia Bruna, que se reserva hacer en ulteriores visitas observaciones más prolijas.

Al día siguiente por la mañama misia Marta recibe de misia Bruna, traído por la criada de ésta, un recado concebido en estos términos:

—Que cómo están todos por acá y que si le puede hacer el favor de mandarle la jarra que le ofreció anoche.

—Dígale que va la jarra y que puede mandar por todo lo demás que se le ofrezca.

Media hora después llega este otro mensaje:

—Que como usted me dijo que misia Bruna podía mandar por lo que se le ofreciera, le haga el favor de *empiestarle* su sopera.

A las doce vuelve á presentarse la criada en casa de misia Marta.

—A la niña Martica le manda decir la niña Brunita que le *empreste* un cinturón y que no deje de ir por allá que tiene muchas cosas que decirle.

Al siguiente día misia Marta recibe la jarra sin asa y la sopera rajada; y Martita el cinturón hecho una lástima:

—Que le dispense que la jarra venga así; pero

que élla sabe de una pega muy buena y le mandará la receta.

Y desde entonces todo lo de misia Marta es poseído en comunidad con misia Bruna. Manda ésta á la casa de su vecina por la lámpara cuando va de visita Mister Schlarfght ; por un poquito de leche para el café, por creosota cuando á Brunita le duele la muela, por la polvera, por un terrón de azúcar y hasta por el violín del sabio imberbe para que toque Mister Schlarfght, que también es aventajado rascatripas.

Brunita es confidente del caballerete de antiparras y chistera gris.

Cabrices está mejor de la reuma merced al tratamiento prescrito por misia Bruna.

El sabio se ha subido á mayores y pretende nada menos que deponer á Míster Schlarfght, para lo cual le ha *sacado* á Brunita unos versos indecentes, á la moderna, que con mucho bombo aparecen en *El Anti-clericalista*.

Mister Schlarfght está hace días empeñado en encontrar la clave de este enigma : el sombrero de paja con cintas y plumas blancas con que sale Martita es exactamente igual á otro que usa Brunita ; pero cuando salen juntas, lleva Martita el sombrero consabido y Brunita uno distinto. ¿Qué habrá en ésto?

Brunita cruza la calle por la mañana, de chambra y zapatillas para ir á casa de Martita.

Misia Bruna la cruza al mediodía, de bata suelta, llevando los bollos de lana y las agujas para tejer en casa de misia Marta.

Y Mister Schlarfght termina por tomar soleta en medio del trastorno general ocasionado por un cambio de frente del joven de los lentejos y chistera gris, «el cual joven», como el Marqués de Sandoval que pasaba de sobrino á yerno, pasa de confidente á novio, determinando ruidoso rompimiento entre los inquilinos de la casa número 7 y la de enfrente.

LOS GRADOS

El asunto á que dedico la mayor parte de este artículo no es de actualidad ; pero sí lo es el que me le ha traído á las mientes. Además, cuadra á mi propósito de ocuparme de preferencia con nuestras costumbres el tema elegido para hoy, razón por la cual le tomo para ofrecerlo á mis amables lectores, bien que por haber quedado desde hace algunos años suprimida la costumbre en cuya descripción voy á ocuparme, no tenga el interés de las del día, de todos conocidas.

Por las puertas de la Ilustre Universidad Central de Venezuela sale todos los años una legión de doctores nuevecitos, flamantes, en no corto número barbilampiños, rosaditos como manzanas de banquete, llenos de entusiasmo por la ciencia cuyo aprendizaje les ha costado seis años de diario amansar los duros escaños de la Universidad; deseosos de estrenar el título

que á cada momento les proporciona, como justa compensación de los desvelos en las aulas, goces inefables.

—¿ Qué dice el Doctor Fulano ?

—¿ No es así, Doctor Zutano ?

—Doctor Mengano, que usted lo pase bien.

El que con título de tres días de fecha niegue que aquellas frases le saben á caramelo perfumado, miente, doctor y todo.

Ninguna satisfacción más natural y legítima que la del recién graduado al escuchar, cuando sale del paraninfo, la voz zalamera del bedel que, seguro de alcanzar buena propina, exclama entre profundas reverencias :—Mis felicitaciones, DOCTOR ! Primeras gotas son estas del bálsamo que cicatriza las heridas causadas por las muchas espinas de la vida estudiantil.

Aparte estas y las congratulaciones de la familia y los amigos, no hay ya otras emociones placenteras en el acto de la metamorfosis por la cual la ninfa estudiantil se hace mariposa facultativa. La Universidad fabrica ahora sus doctores sin aparato alguno, allá en la media luz del paraninfo, donde la espesa alfombra y los pesados cortinajes apagan todo ruido ; sin más público que los examinadores, uno que otro deudo del nuevo académico y algunos de sus compañeros ya graduados ó en vísperas de serlo.

Es innegable que así para los graduandos como para el público, el antiguo ceremonial tenía no pocos atractivos, aparte de que, mer-

ced á él, el público conocía siempre el número, nombres y fisonomía de los doctores que anualmente salían de los talleres universitarios. Desde que de éstos salen, como antiguamente las golosinas del torno de las monjas, los nuevos facultativos, se encuentra uno de buenas á primeras con tamaño doctor en quien uno menos piensa. Hay periódicas y no obstante inesperadas invasiones de togados y consiguiente campaneo de títulos, sin que el público acierte á hallar la causa en el último y múltiple alumbramiento de la Ilustre madre.

El á deshora suprimido ceremonial era, sin duda, abundante en conveniencias y atractivos.

En primer lugar, entre los últimos exámenes y el grado trascurría el tiempo suficiente para que el estudiante se repusiese de los no pocos sustos que aquellos ocasionan; y se acordase con dos ó más de sus compañeros para recibir la borla juntos, lo que sobre grato era económico, por la división de gastos.

Con anticipación de tres ó cuatro días al del grado, circulaban las invitaciones en esta forma.

La Ilustre Universidad Central de Venezuela conferirá el próximo domingo el grado de Doctor en Medicina y Cirujía, á los señores Licenciados Fulano, Zutano y Mengano, quienes tienen á honra invitar á Ud. para aquel solemne acto, que se efectuará en el Templo de San Francisco á las 3 ½ p. m. del día seña-

lado, y al obsequio que después de la ceremonia se servirá en uno de los salones del propio Instituto.

La nave central de San Francisco se llenaba hasta la mitad de damas engalanadas, amigas de los futuros doctores, y que ocupaban las sillas al efecto dispuestas de antemano. El resto de la nave, del centro al altar, se destinaba al cuerpo universitario que habría de ocupar las dos hileras de curules, altas y vetustas, alineadas á un lado y otro de la nave. Sendas poltronas, colocadas de espaldas para la concurrencia y de frente para el cuerpo universitario y el altar, esperaban á los futuros doctores. La concurrencia masculina presenciaba las ceremonias de pié, desde las naves laterales.

A la hora señalada cesaba como por encanto el murmullo de las voces femeninas y algo se aplacaba la agitación de los abanicos, al rechinar los goznes de la gran puerta que servía de comunicación entre la nave derecha del templo y el primer claustro de la Universidad. A poco aparecía un bedel que hacía señas hacia el coro, donde al punto empezaban á rascar los violines de lo lindo y á derramarse las flautas y clarinetes en cascadas de semifusas, curando tanto de la medida que con sordo refunfuño marcaba el contrabajo, como de los perseguidos tímpanos del auditorio. La pieza musical preferida en tales casos era cierta marcha ó himno á Pío IX con que pasaba majestuosamente del claustro

al templo el cuerpo universitario, precedido de los bedeles envueltos en verdi-negros manteos y empuñadas las brillantes mazas de plata. Seguíales el Rector, de toga y muceta, y en la diestra la borla tomada por el áureo ramillete ó la sedosa bellota del remate; y mantenida á conveniente distancia del cuerpo, para evitar cualquier enredo inoportuno del fleco en los alamares de la toga.

A derecha é izquierda del Rector venían los padrinos, de frac; detrás los graduandos y á un lado y otro del grupo, los universitarios. Era de ley que estos, así como los que iban á recibir la borla, llevasen los paramentos académicos que, si bien decoraban el cuadro por las de vistosos colores que en el sembraban las notas borlas y mucetas, vistos de cerca y con ojos profanos, constituían á menudo la parte cómica del acto, como que no á todos los cuerpos sentaba bien el alto talle de la toga, ni á todos los hombros venía al justo la muceta, máxime si, como ocurría con frecuencia, una ú otra ó ambas á la vez eran prestadas. Así llegóse á ver al lado de un señor doctor de alta estatura, á quien la toga no alcanzaba á cubrirle las corvas y que llevaba el talle en los omoplatos, otro chiquitín al que la consabida vestidura le iba tan holgada que de ello daban testimonio los ladrillos, barridos por la cola en que donosamente remataba aquella por detrás y en lo bajo.

Demás de esto la muceta, mal hallada con los hombros, reducidos para élla de pronto á la cuarta parte de las ordinarias dimensiones, parecía querer abandonar á cada paso su no acostumbrado y molesto sitio, descolgándose ya de un lado ya del otro, como si buscase el talle de la toga, el cual con ser alto de suyo, no hubiera llegado ni con mucho á coincidir con el del cuerpo del liliputiense profesor, á quien mejor le hubiera venido para el caso la basquiña que ostentaba en la concurrencia su consorte.

Ocupados los respectivos puéstos por el Rector, los universitarios, los graduandos y los bedeles, el primero agitaba la campanilla para que cesase la música del coro, lo que no sucedía sino cuando los bedeles levantaban en alto las mazas como si amenazasen descargarlas sobre las cabezas de los músicos.

Logrado el silencio, acercábase el maestro de ceremonias á los graduandos é invitábales á ponerse de pies para que dedicasen el acto, lo que ellos hacían uno después de otro. Los solteros, que eran los más, calificaban de *el más solemne de la vida* el acto que dedicaban á sus padres, á sus profesores, á sus amigos, á veces al Presidente de la República (recurso este echado hoy de menos por algunos.) Para los casados el acto era *uno de los más solemnes de la vida;* y lo dedicaban además á sus fieles consortes, que allí presentes, se abanicaban y miraban

primero al suelo, después al techo, y por último á la concurrencia de soslayo.

A luégo el Licenciado más antiguo pedía por todos el grado con estas palabras:

Dignissime domine Rector, a te petimus ut nobis conferas summam lauream in medicina atque chirurgia.

A lo que el rector contéstaba: *accedite;* y agitaba la campanilla para que la orquesta cometiese nuevos desafueros mientras avanzaban los graduandos con el maestro de ceremonias hasta que, puestos frente al Rector, éste les confería el grado, les ponía las borlas y los anillos que tomaba de mano de los padrinos y les daba un abrazo, como diciéndoles:—Ya están ustedes del otro lado. Esto último se repetía por todos y cada uno de los graduandos, con todos y cada uno de los universitarios: á abrazo por barba. Ninguno de los últimos se creía eximido de la obligación de acribillar á palmadas en las espaldas á los nuevos colegas, los que iban después á recostar las sobadas costillas en los no mullidos espaldares de las curules que les correspondían entre las de sus verdugos.

Nuevo infructuoso campanilleo del Rector y nuevas amenazas de los bedeles con la mazas blandidas por lo alto, hacían entrar en razón á la orquesta que paraba la embestida en medio de una fuga, contra los deseos del trombón,

provisto de aliento para tres ó cuatro sobrantes cornetazos de que no hacía gracia á los oyentes.

El orador de orden escalaba, borla en mano, la arabescada y áurea cátedra de Santo Tomás de Aquino, después de hacer una reverencia á los universitarios encargados de conducirle á aquella tribuna que, según decía después indefectiblemente, "había temblado bajo la elocuencia de los estos y de los otros."

Después de mil trabajos para calarse la borla sin que quedase pisado el fleco, y de echársela hacia atrás para que no le tapase éste los ojos, el orador empezaba su discurso dedicado á enaltecer la ciencia en que había alcanzado "el lauro que acababa de ceñir su frente;" y después del "empero, señores" de ordenanza, terminaba manifestando su gratitud á la "madre augusta" y al "respetable auditorio" que sólo esperaba la conclusión del discurso para correr y entrar á saco la sala del refresco.

Quien haya visto como se lanza la furiosa jauría sobre el trozo de carne, podrá imaginarse la entrada del concurso masculino á la sala del obsequio. Toda la obra de una semana afanosa para las Reverendas Madres Concepciones, desaparecería en diez minutos de desenfrenado saqueo. Caían trescientas manos á la vez sobre las enormes fuentes colmadas de azucarillos, de *mostachones*, de huevos hilados,

de merengues, de pastelillos de crema; y lo que no desaparecía en la simultánea trituración de trescientas mandíbulas, era sepultado en los ámplios bolsillos de las levitas, ó guardado dentro de los altos sombreros de castor, tan socorridos para el caso.

No contento con lo engullido cierto caballero, quiso una vez llevar para su casa más de lo que podían contener los bolsillos y el sombrero; y encontrando que el paraguas ofrecía la capacidad apetecida, colocóselo medio abierto entre las piernas y fuéle llenando, no sólo con cuanto á mano venía, sino con la contribución del vecino que era amigo y estaba encargado por el dueño del paraguas de echar en éste todo lo que no quisiese. Era el amigo un tanto chusco, y después de haber cumplido repetidas veces el encargo, echando donde se le había indicado todo lo que no quería, y de aguardar á que estuviese lleno de pastas el paraguas, vació en éste el contenido de una copa que tenía delante, diciendo gravemente:

—Tampoco quiero horchata.

No dice la historia más: pero es de suponerse que el dueño del paraguas debió de quedarse como Don Bartolo en el segundo acto de Barbero de Sevilla."

De igual suerte estará el lector si ha tenido la paciencia de llegar hasta aquí.

Soliloquios de ahora y siempre

—

Más dañino que el hombre descaradamente relajado es el egoísta hipócrita que pasa en la sociedad por impecable.

*

Si la pereza es madre de vicios, el egoísmo suele ser padre de crímenes ; por eso lo condena el primer mandamiento del Decálogo.

*

No puede haber felicidad en la vida para el egoísta, porque ni puede rehacer en provecho propio las leyes que rigen el mundo, ni puede disfrutar de la paz de la conciencia.

*

El placer de la avaricia, hija primogénita del egoísmo, consiste en el aumento diario de la posibilidad de no hacer bien.

*

El egoísta que medra, empieza por olvidarse de que es Dios el autor de todo bien, de

que los caudales son depósitos de la Providencia en manos por Ella escogidas para que hagan buenas obras. A quien esto desconoce y se apropia el depósito, se le hará después de la muerte la justicia de que á veces escapan en el mundo los que hurtan.

*

Se empieza á ser egoísta queriendo todo bien para sí ; de aquí se pasa á no hacer bien á nadie ; se termina haciendo daño á todo el mundo.

*

Por excepción no se ven juntos el egoísmo y la opulencia ; ordinariamente es sobre aquél que descansa el soberbio palacio de ésta.

*

Para el egoísta que empieza á ser avaro, hay en cada persona un asechador de la bolsa, cuya abertura sólo logra hallar la mano de la adulación ; como que la soberbia, anterior al hombre y causa de su perdición, es vicio en él superior á cualquier otro.

*

Menor insensatez es buscar la piedra filosofal que solicitar la protección de un egoísta. Lisonjearse de haber hallado la última es falta de advertimiento, sólo comparable á la de quien cree feliz hallazgo la sombra letal del manzanillo.

*

En nadie, como en el egoísta, es tan cierto lo de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio ; porque así como sólo podría satisfacerle la suma generosidad de los demás para con él, atribuye á una muy grande suya lo que no es sino imposibilidad de llenar el tonel sin fondo de su amor propio.

*

Son frutos del egoísmo : la impiedad en religión ; la usura en los negocios ; la oligarquía en política ; la hipocresía, la ignorancia y el delito.

*

Son signos del egoísmo : la pertinacia exagerada ó temosidad ; la reserva sistemática ; el retraímiento á que no obliga mal pasar ; la carencia de todo lo que distingue al generoso.

*

Alcanza el egoísmo los siguientes galardones : el olvido de Dios ; la maldición de los pueblos ; las privaciones de la avaricia ; el desprecio de los buenos ; la aversión de los extraños ; la indiferencia de los propios y el abandono en la desgracia.

*

En cambio halla el egoísta estas satisfacciones: la de no hacer bien; la de impedir el que otro puede hacer ; la de privar de él á quien lo

tiene ; la de molestar á todo el mundo ; el fingido aprecio de los otros egoístas ; la extática contemplación de los males que pudiera remediar ; y por cima de todas, la inefable de creer que creó Dios todas las cosas para él, la especie humana para su servicio, el infierno de la miseria para el generoso, y el cielo en la tierra para el avisado, él.

***

La ignorancia voluntaria de la sociedad, como del individuo, es la más temible de las pestes.

*

La ignorancia por incapacidad para aprender ó por falta de medios para hacerlo es inofensiva y merecedora de acuciosa protección ; pero la voluntaria en cualquier línea, así la culpable por dejadez, como la más culpable aún *de conveniencia*, es enemiga del bien y del progreso y debe ser tratada como tal.

*

Ignorante de conveniencia es el que convencido de su culpable nulidad, rinde acatamiento hipócrita á la inteligencia y al saber, á los cuales detesta por envidia y hostiliza solapadamente porque le estorban.

*

Existe para el ignorante de conveniencia cier-

to pasaporte falso con que logra colarse entre la gente que usa criterio, y que está concebido en estos términos: "sentido práctico."

*

No comprendo la significación de esa frase "sentido práctico," sino tratándose de los seres irracionales. En el racional no cabe sino la expedición, fruto del atento observar de la inteligencia ilustrada. Si esta verdad se reconociese y proclamase de modo universal, veríamos desaparecer no pocos grajos de los que se mezclan con los pavones, merced á las postizas plumas de aquel pretendido dón infuso.

*

Puede haber personas de inteligencia y de saber poco observadoras del mundo, porque ejercen en otras esferas el análisis; mas, por ser éste propio de la inteligencia, el falto de élla es incapaz de observar fructuosamente.

*

Para la ignorancia pretenciosa está la sabiduría encerrada en los refranes, como que son éllos los dogmas del infuso "sentido práctico," los que á la vez recomiendan "consultarlo todo en la almohada" y "no dejar para mañana lo que puede hacerse hoy"; y consagran además el egoísmo en estas fórmu-

las: "que cada palo soporte su vela," "el que se mete á redentor sale crucificado."

*

La trinidad de la ignorancia, el egoísmo y la fortuna, tan frecuentes en la unidad social, es rémora en el rumbo del progreso contra la que deben andar apercibidos la inteligencia, el saber y la virtud.

*

El ignorante que quiere pasar por avisado y pensador, no repite como propio lo poco que ve escrito y publicado, para que no se le coja en plagio, sino lo que oye de labios de doctos y sesudos, sin que de ello guarde el aire la constancia.

*

En las sociedades donde, fuera de la política, el ignorante y el egoísta abundan, medran y se encumbran, necesariamente hambrean la inteligencia, el saber y la virtud; se asfixia el trabajo honrado, cunde el desorden, y se derrumba el edificio social en medio de los lamentos de los mismos autores del mal, de cuya obra hacen responsables á los gobiernos, que son siempre los *paganos* por culpas propias y ajenas.

***

La suspicacia acusa en quien la muestra lo mismo que éste supone en los demás.

*

Como es propia de almas nobles la confianza, lo es la suspicacia de almas ruines.

*

Una cosa es ser precavido y otra suspicaz: la precaución guarda sin dañar; la suspicacia daña sin resguardo.

*

Menos profunda y más curable es la herida del puñal en el pecho, que la de la suspicacia en el alma del hombre de bien: en el primer caso el afecto puede ligar después al agresor el agredido; en el segundo jamás, aunque olvide la hidalguía, perdone la caridad y armonice el trato. Cada vez que al acudir involuntariamente el recuerdo del agravio se sonroja el rostro, es porque en el alma mana sangre de la herida.

IR POR LANA

HISTORIETA

Era la tercera vez que Nicolasa bajaba la cuesta para ir á llenar su botijuela en la *quebrada*, cosa que acostumbraba al amanecer de cada día. En el rancho, situado en la meseta y al borde de la cuesta, esperaba Petronila, madre de Nicolasa, á que ésta diese el último viaje y acabase de llenar la barrica donde se depositaba el agua que era menester para el resto del día; y mientras la chica bajaba y subía todas las veces que el asunto requería, la madre se ocupaba en poner un puñado de granos de maiz dentro de la *totuma* destinada á varios usos, y agregar á aquéllos, ya las migajas de pan del día anterior, si algunas quedaban, ya cuánto después de minucioso registro del rancho encontraba adecuado para echarlo á los pollos y gallinas que picoteaban en torno, esperando el

momento en que Petronila sacudiese la totuma para que sonasen los granos, y dejase oír desde la puerta el *pió pió pió* que hacía acudir á un tiempo y en tropel todas las aves á sus pies á disputarse los granos y migajas que por sucesivos puñaditos caían de sus manos.

Tenía Nicolasa diez y ocho años y era mestiza de aquellas "de color de canela que no hay más que ver"; de ojos negros y grandes, sombreados por largas pestañas encrespadas; robusta, de abultadas formas, y con el genio alegre y bullicioso como aquella limpia quebrada que no cesaba en su juego con las piedras, de las que parecía reírse á carcajadas noche y día, al burlar el empeño de éllas por impedirle el paso que siempre se daba el agua sus artes de encontrar, escapándose por todos los intersticios, y cuando no, rebosando para pasarles triunfante por encima. De aquel hilo cristalino, puro y juguetón, era amiga inseparable la graciosa campesina. Allí iba al amanecer, como ya he dicho, á hundir su botijuela dentro del agua que refunfuñaba siempre al entrar por la abertura; después, á lavar las ropas de élla y de su madre; más tarde á dejarse acariciar por aquel amante inocente y discretísimo, el único que admiraba todos sus encantos y que, sin ofenderla, la cubría de caricias. Allí sesteaba sobre las piedras á la sombra de un hermoso mango que en el

estío la obsequiaba dejando caer de las ramas, á los pies de la muchacha, el regalado fruto que ya habían declarado los turpiales de sazón.

El único que, de vez en cuando, venía á distraer á Nicolasa de su constante charloteo con la quebrada, era Pedro, gañán del cercano trapiche, mocetón de pelo en pecho que por ella se bebía los vientos, y á quien la chica no decía ni sí ni nó, en tanto no le viese con claridad las intenciones, resuelta como estaba á no hacer caso sino de quien con buenos fines la quisiese, porque era honrada y casta por instinto.

Por tercera vez bajaba, como dije al empezar, cierto día á la quebrada y á lo que ya sabemos, cuando alcanzó á ver, sentado en una piedra, á un hombre que no era el gañán, á quien á larga distancia reconocía siempre por el pañuelo rojo que él llevaba de ordinario atado al cuello. No bien se hubo acercado cuando obtuvo la certeza de lo que desde un principio sospechaba: el importuno era Andrés, lechuguino de la ciudad, hijo del dueño del trapiche, donde aquél solía pasar esos días de hastío que nunca faltan en la vida de los que la llevan disipada. Varias tentativas infructuosas de seducir á la lozana mestiza había hecho Andrés, durante sus anteriores residencias en la hacienda de su padre. Sabíalo Pedro y temía por Nicolasa cada vez que descubría en el

callejón de la hacienda la odiada figura de su rival que venía de la ciudad, que no echaba de ver los celos del gañán, ni se curaba de la resistencia de la chica, y de día en día más firme en su propósito, creyendo ya cercano el momento de cantar victoria.

Acabó de bajar la cuesta Nicolasa y al llegar cerca de Andrés le dio los buenos días, disimulando sus recelos.

—Buenos días, Nicolasa,—contestó Andrés—gracias á Dios que hoy pareces menos huraña. Hoy me dirás lo que hace tanto tiempo deseo saber.

—Pues si no lo sabe usted es porque no quiere—repuso la mestiza con mohín—yo bastante que se lo he dicho. No se emperre más, porque de este palo no saca usted astilla.

—Mira, tonta, piénsalo bien: ¿qué es mejor para tí? ¿Pasar la vida en ese rancho, mal vestida, comiendo porquerías, sin saber lo que es una diversión, ó vivir en la ciudad, en una casita con bonitos muebles, tener buenos vestidos, prendas, pasear en coche, ir al teatro, hacer todo lo que quieras y conseguir cuánto sueñes?

—A otro perro con ese güeso, niño: no me venga con más majaderías, déjeme tranquila, que yo no quiero jallar lo que no se me ha perdío.

Comprendió Andrés que nada más lograría

por las buenas y decidió recurrir á otros medios ; pero adivinó Nicolasa su intención, y echándose con presteza la botijuela á cuestas, trepó ligera por la pendiente, con dirección al rancho, donde se escuchaba á la sazón el *pió pió pió* de Petronila llamando las gallinas. Sólo pudo Andrés decir en voz alta, mientras la chica se alejaba.

—Te doy todo el día para pensarlo. Mañana vengo y si no es por las buenas será por las.....

No pudo concluir porque un canto lanzado por Nicolasa cuando ya ganaba la altura, y que le dió en medio del pecho al perdido mozalbete, detuvo en sus labios la última palabra.

Mohino regresó al trapiche Andrés y resuelto á poner fin como pudiese al día siguiente á la aventura. En el camino tropezó á Pedro quíen le dió los buenos días con voz que fue más bien gruñido, receloso al ver la dirección que aquél traía. Al punto se detuvo el gañán, y como asaltado de repentina idea, se volvió para mirar á Andrés, cuando ya éste estaba lejos ; pero arrepentido al parecer del pensamiento que acababa de tener, siguió el camino hasta llegar al sitio de la quebrada donde esperaba encontrar á Nicolasa. No estaba ésta allí sino en lo alto de la cuesta y temerosa de bajar, no cierta de que hubiese ya partido el le-

chuguino. Pero no bien descubrió el pañuelo rojo cuando emprendió á saltos la bajada.

—Nicolasa—dijo Pedro cuando ella estuvo cerca—contéstame la verdad: ¿acaba de estar aquí el niño Andrés?

—Sí, y qué susto he pasado.

—¿Por qué?

—Porque al principio me vino, como siempre, con sus *pocresías*, pero en dempués le vide malas intenciones y eché á correr; y ¿sabes lo que me dijo el sinvergüenza cuando yo diba ya subiendo?

—¿Qué?

—Que mañana güerbe y que por las güenas ó por las malas se saldrá con la suya.

—¿Asina mesmo lo dijo?

—Asina; pero yo no lo dejé acabar porque le zumbé la primera piedra que jallé y se la pegué en la pechera.

Guardó Pedro silencio por algunos instantes, al cabo de los cuales exclamó resueltamente:

—Dime la verdad, Nicolasa, ¿por qué no me quieres?

—Porque no sé si tú vienes buscando lo mesmo que ese Judas.

—¿Y si te pregunto si te quieres casar conmigo?

—Eso es otra cosa. De ese modo te aceto.

—Gracias á Dios; pero entuavía no me

puedo alegrar, jasta que no despachemos ese muñeco. Mira, ven mañana como siempre y no tengas miedo, que manque tu no me veas yo estaré aquí para salirle al frente si se propasa ; y díle que se vaya y que no güerba, porque tu estás palabreá con Pedro que te quiere y que será tu marido apenitas acabe el rancho que estoy haciendo.

De allí á poco Pedro y Nicolasa se separaron, muy contento él de saber que era suyo el corazón de la mestiza, y élla de tener quien la protegiera en el peligro que tan amenazada la tenía.

Andrés, á quien no dejaron dormir esa noche sus malos deseos, partió del trapiche al clarear el alba, y fué á ocultarse detrás del tronco del mango á cuya sombra solía dormir las siestas Nicolasa, donde esperó á que ésta bajase á la quebrada, lo que no tardó en suceder. No se turbó élla al ver aparecer de improviso á su obstinado perseguidor ; pero dirigió en torno miradas inquietas, que fueron advertidas y mal interpretadas por el tronera.

—Estamos solos, dijo él ; comprendo que al fin te has decidido.

Con aire de triunfo abrió los brazos abalanzándose hacia Nicolasa que dió un paso atrás, á tiempo que, como brotado de la tierra, apareció Pedro y se arrojó sobre Andrés antes que este desenvainase el cuchillo de monte que lle-

vaba al cinto. Derribado de un empellón por el robusto campesino, cayó con tal violencia y tan mala suerte que, al dar con el cuerpo en la quebrada, se estrelló el cráneo contra una de las piedras.

Un ¡ay! apagado salió de sus labios junto con el alma pervertida; y un chorro de sangre se mezcló á las aguas de la quebrada que corrieron enrojecidas á mover la rueda del trapiche.

El caso se explicó después con la conjetura de que el mal aventurado Andrés había resbalado al saltar de peña en peña la corriente.

Pedro y Nicolasa, únicos poseedores de aquel secreto, casados más tarde, se alejaron para siempre del trapiche.

LOS MATRIMONIOS

Son las ocho de la noche, y delante de la casa donde hay unas bodas, está ya el coche *vis-à-vis* de «La Equitativa,» á la cabeza de quince ó veinte carruajes más, cuyos aurigas, que ostentan todos librea de gala, calman desde los pescantes, con el conocido *shooó* gangoso, la impaciencia de los enormes troncos americanos que bufan, piafan y hacen en la calle otras cosas tan perjudiciales para el aseo público como para las narices de los vecinos y de los curiosos que forman *la barra*, quienes sólo á condición de recibir primero los olores acres, pueden aspirar después el regalado aroma de los nardos y gardenias, á torrentes despedido por la puerta y las ventanas de la casa, donde se divide en innumerables focos luminosos la refulgente antorcha de Himeneo.

Un movimiento de aproximación de los curiosos hacia el primer carruaje indica el momento en que aparece en la puerta interior

del zaguán la blanca figura de la novia, que emocionada y ruborosa, y de bracero con el papá, precede á la pareja que forman el novio y la mamá, en pos de la cual vienen los padrinos é íntimos de asistencia obligatoria á las ceremonias civil y religiosa.

La novia, el papá, la mamá y el padrino más caracterizado ocupan el lujoso coche de «La Equitativa,» no sin que preceda el indefectible embarazo ocasionado por la cola descomunal de la primera, que llena toda la parte del vehículo donde á duras penas queda un ángulo para refugio de los pies del padrino y los papás, quienes en el trayecto parece habrán de entretenerse en obligado juego de *pico-pico*.

El segundo coche recibe al novio, á la madrina principal y á dos personas más de las de más importancia en la familia. Es cuánto le está concedido al que media hora después será dueño y señor del alma y los encantos de la tímida torcaz que no aparta los ojos del ramillete de azahares, ni la punta de la lengua de los labios, cuya frescura es fuerza conservar para el logro de cierto efecto artístico que concluirán la trasparencia del velo y el brillo de las luces. No puede aspirar á un asiento en el primer carruaje aquel á quien aún no han dado ni la Iglesia ni la Ley el derecho á que una y otra no hacen sino dar

el pase, y de antemano acordado por la novia sobre su suerte futura. ¡No faltaba más! ¿Ir el novio en el mismo coche con la novia á la Iglesia y al Palacio Municipal, en compañía de los futuros suegros? ¡Qué escándalo! ¿Qué dirían las naciones extranjeras?

Acomodada la comitiva en los carruajes, parten estos con ruido ensordecedor. Nosotros, que no podemos seguir el trote de los caballos americanos, esperemos á la puerta el regreso y la ocasión de entrar y dar nuestros parabienes á los nuevos esposos.

El mismo ruido anuncia una hora más tarde la aproximación del cortejo. Démosnos prisa, lectores, y penetremos en la casa para presenciar la entrada de la nueva pareja conyugal.

Ya están ahí. Del primer coche bajan los desposados, y, después de aguardar la descarga de la cola y el desenredo del velo nupcial de entre los sobre-puestos adornos de la portezuela, bajan los papás que entran de bracero detrás de los flamantes cónyuges, á quienes parece urgir mucho la necesidad de ir á sentarse juntos en el sofá que figura en una testera del salón. Esto es de ley, indefectible, necesario, ineludible, casi esencial. Sin esta circunstancia, es decir, si los nuevos consortes ocuparan cualesquiera otros asientos, ni aquellos se creerían totalmente casados, ni la concurrencia podría dominar el nervioso cosquilleo pro-

ducido por la inexcusable infracción de regla tan respetada y principal. Allí reciben de los invitados á la boda, que entran en seguida, abrazos y apretones de mano el novio, que está entre grave y afable; respetuosas genuflexiones y ligeros sobamientos de mano la novia, que con los ojos bajos y en medio de las torturas del corsé, escucha los cumplidos entre satisfecha y tímida, disimulando una significativa sonrisa cada vez que se oye llamar «Señora.»

La casa está iluminada *á giorno* por la experta mano del *viejito Izquierdo*, y sellada de ramos de flores blancas, de todas formas y tamaños; artísticos, de primoroso trabajo los más, ridículos no pocos, porque hasta lo que produce á manos llenas la naturaleza y sale acabado de sus talleres misteriosos, ha de sufrir en ocasiones atropellos de las manos del hombre, tan amigo de corregir la plana á la madre sabia y próvida. No es raro ver adefesios de flores que parecen querer desprenderse de donde han sido puestas en berlina. Aquella inmensidad de flores, que sale de la casa dos días después en carretadas de basura, cuesta mucho dinero, y, lo que es peor, representa no pocos sacrificios por parte de los obligados á demostrar, con esta especie de obsequios, su regocijo y su amistad. Dejemos que esa forzada asociación de la vanidad humana con la naturaleza poé-

tica, enriquezca el fondo del cuadro, poblado de caballeros de frac y damas escotadas, y sigamos los apurados pasos de los dueños de la casa y de los íntimos, que van de aquí para allá, seguidos de criados portadores de enormes bandejas, donde traquetean en inminente peligro de ruidoso desastre apiñadas copas rebosadas de *champagne*; y á nuestro turno aceptemos la que nos ofrece el complacido papá, sin olvidarnos de decir, antes de apurarla, que brindamos «por la felicidad del nuevo hogar.»

Hemos ya felicitado á los recien casados, pasado revista á los ramos, y leído una por una las tarjetas prendidas en éllos; bebido con el anfitrión, admirado por la milésima vez en nuestra vida los racimos de globos cuajados de *Polidoro* y de *El Viejito*, y los festones de tricolores farolillos que figuran desde hace algunos años en todas las fiestas nacionales y domésticas, y ponen charreteras de estearina á todas las casacas y levitas, sin respetar edades, clases, ni condiciones.

Nos falta algo que hacer: la visita de ordenanza al salón donde se exhiben los regalos. Vamos allá.

Hagamos lo que los demás invitados que nos han precedido en la visita á la exposición: admirarlo todo, hallarlo todo de muy buen gusto, desde el gran centro de mesa,

regalo del padrino, hasta las zapatillas de estambre, regalo de la criada. No olvidemos que las paredes tienen oídos, y más que las paredes, cierta persona del sexo femenino que está sentada junto á la mesa donde figuran lás joyas. Y cuidadito con tocar nada de lo que hay allí; porque la persona consabida pone ojos de basilísco y refunfuña como sigue: «No sé cómo estoy aquí.» «Estoy como sobre ascuas.» «Esta es una gran responsabilidad.» «Jesús me ampare y me favorezca: nadie se contenta con ver *las cosas*, todos quieren tocar.»

Esto quiere decir que hemos cometido gravísima imprudencia en llevar nuestros relojes, nuestros anillos, nuestros alfileres de corbata. ¡Santo Cristo! ¡Y mi costilla que ha vaciado el cofre! ¿Por qué no pondrían en la esquela de invitación, ó á la entrada, como en los sitios públicos de Inglaterra, estas palabras: «cuidado con los rateros.» Es mucha ocurrencia la de invitar á bodas gente de presidio!

Salgamos, salgamos pronto del peligroso lugar. Puede ser que los temidos rateros permanezcan sólo junto á los regalos y que en el resto de la casa estemos libres de éllos.

En veinte minutos hemos hecho todo lo que queda dicho. Ahora le llega su turno al fastidio, que, como atmósfera de plomo, pesa durante cuatro larguísimas horas sobre la concurrencia, la cual, para evitar la influencia del

ambiente soporífero que la envuelve, se da á mover las piernas y la lengua. Hasta los recien casados parecen experimentar esta necesidad, porque abandonan el sofá consabido y se dedican á mesurados paseos por corredores y salones, con no poco agrado para la novísima «señora,» que encuentra en ello la ocasión propicia para el majestuoso arrastre de la estupenda cola. Pero ni esto tiene poder suficiente á contener el aburrimiento general, que toma proporciones alarmantes y se manifiesta en bostezos indiscretos y mal disimulada pesadez de párpados, cosas estas que determinan el instante preciso de proceder á la rifa del *bouquet* de la novia «para animar á la concurrencia mientras se sirve la cena.» Lógrase el objeto en parte: las caras de todas las solteras se animan como por arte de magia. Hasta en los labios de aquellas pasadas de cuarenta que aún esperan el santo advenimiento del soñado Romeo, hay una sonrisa de esperanza que á luégo se convierte en gesto de amargo desengaño, cuando, merced á cierta trampa en el acto de la rifa, sale favorecida la primita de la novia que está comprometida y ya para «salir en los carteles.»

Acto seguido se sirve la cena, de que sólo disfrutan á sus anchas las señoras y los caballeros de respeto. Unas y otros se instalan, como quien no tiene prisa alguna, en la pri-

mera mesa, quedando la segunda para la juventud de ambos sexos y las personas de la familia. De todo lo cual resulta que las personas «de respeto» comen que se las pelan, y, plenamente satisfecho el apetito, se levantan de la mesa pidiendo, sin miramiento alguno á la cultura, los abrigos y sombreros, con lo que obligan á los de segunda mesa á comer á traguijones lo absolutamente indispensable para no caer desmayados antes de llegar á la puerta de la calle.

Ya se ve que todo esto es sumamente agradable y divertido, y que nadie debe desperdiciar una invitación á matrimonio, es decir, siempre que se desee pasar una noche en vela, comido de fastidio, y sobre ser sospechado de ratero, salir en la madrugada cruzando las piernas y con cinco horas de hambre detrás y otras tantas por delante.

EL PROFESOR A DOMICILIO

Si el cielo se ganara á la par que el sustento con el desempeño de ciertas ocupaciones, mi amigo don Aníbal no tendría más que esperar, lleno de confianza, el momento de penetrar en el Paraíso, sin oposición alguna por parte de San Pedro, á quien ya se sabe que nadie le aventaja en materia de escrúpulos.

Pero, no señor, no basta ser víctima de las flaquezas de nuestros prójimos, sino que es menester sufrirlas con paciencia, según reza Ripalda; y el buen don Aníbal no es todo lo paciente que se requiere para que sus títulos de Profesor á domicilio valgan ante el santo portero del Palacio Celestial. Esto no quiere decir que rabie á cada instante don Aníbal. ¡Qué ha de rabiar, si es bueno como el pan! Lo que hay es que la sangre da en hervir por poco que suba su temperatura, y mi amigo, así frescote y todo,

no puede menos que acalorarse con ciertas cosas.

Figúrense ustedes que casi le amanece á don Aníbal llamando á la puerta de doña Bruna, aquella buena señora que tuve el gusto de presentar á ustedes cuando les hablé de las *Amistades de Vecindario*. Don Aníbal da lecciones diarias de alemán á Brunita, porque, como ya sabemos, la polla tiene de pretendiente á un súbdito del Rey Guillermo, y, por supuesto, un viaje á Berlín en lontananza. Pero tres meses lleva Brunita recibiendo lecciones del esforzado profesor, y sabe tanto de la lengua de Schiller como yo de echar medias suelas. Naturalmente: un día no puede la niña recibir la lección, porque estuvo bailando la noche anterior hasta que aclaró; otro porque amanece con la jaqueca; ya porque doña Bruna no puede asistir á la lección; ya porque unas amigas se llevaron á Brunita de paseo al Calvario; y hasta porque está enfadada con el novio, y su lengua nativa debe pagar el pato, ó *el chivo*, en lenguaje caraqueño.

Al escrupuloso profesor le remordería la conciencia cobrar lecciones que no ha dado, y sobre perder la paga y el tiempo, tiene no pocas veces que sufrir un cambio de papeles, por el cual don Aníbal hace de discípulo y doña Bruna de profesor de bue-

nas costumbres, que enseña mediante nutrida crítica, ilustrada profusamente con auténticos ejemplos.

De la casa de doña Bruna pasa á la de Cabrices á dar lecciones de literatura á nuestro antiguo amigo el señor Bachiller don Martín Séneca Cabrices, quien sólo por complacer á su papá conviene en las tales lecciones, innecesarias para un hombre que á los quince años ha llegado, por medio de la investigación científica, á averiguar que no hay Dios ni cosa que se le parezca. ¡Lecciones á quien las da desde las columnas del *Anti-clericalista!* ¡Caprichos de los viejos!

Aquí el suplicio de don Aníbal es de otra especie, porque *Martinsito* es puntual, pero intransigente con las ideas y el lenguaje del profesor, que tiene que armarse de paciencia para sufrir diariamente y durante una hora, discusiones del tenor siguiente:

—Vamos á ver, caballerito, si me da usted un ejemplo de una exclamación.

—¿De una ezclamación?

—Sí, señor.

—Puez bien, ezta: ¡caracólez!

—En efecto. Sólo que hubiera usted podido elegir una menos vulgar, más culta y al propio tiempo más significativa, verbigracia: ¡Jesús!

—Ze engaña uzted. Eza ez nna ezclamazión de beátoz que no uza ninguna perzona iluztrada; mientraz que ¡caracólez! ez una ezclamazión naturalizta.

—Ya adivinaba yo que en eso pararíamos.

—No, zeñor, no pararemoz, zeguiremoz indefinida y fatalmente el dezenvolvimiento progrezivo, en virtud de laz leyez de la evoluzión. Nada de atavizmos, ni de abzurdaz impozicionez, ni dé..... ¿pero para qué hablarle á uzted de lo que no ha de entender?

¡Pobre don Aníbal! Sale de allí sudando, más afirmado en su idea de que no hay peor oficio que el de profesor á domicilio, y pensando en lo que le espera en casa del General Marcial Guerrero de Armas, gran militar que ha asistido á muchos combates... de gallos, y dado muchas acciones..... de compañías anónimas en garantía colateral. Este personaje tiene tres hijas muy monas, muy perezosas y tan bien criadas como aguerrido el autor de los días de todas tres.

No bien entra don Aníbal, cuando aparece don Marcial que trae en la mano un periódico de la víspera, reservado siempre por el fiero adalid de la gallera para que el profesor le lea el editorial, porque le agrada mucho su manera de leer y porque, valga

la verdad, acaso por lo malo de la impresión ó por su torpeza de vista, leer es para el General un compromiso de los gordos.

Terminada la lectura del periódico y hechos los consiguientes comentarios, en los que, por vía de digresión, nunca deja de intercalar el valiente don Marcial el recuento de sus hazañas, singularmente la de haber tenido que saltar una tapia cuando fueron á prenderlo por..... equivocación, aparecen las tres gracias consabidas y se sientan junto á la mesa redonda, en frente de don Aníbal que abre el libro y empieza la lección.

¿La lección empieza he dicho? ¡Qué ha de empezar! Lo que si comienza es un nuevo martirio para don Aníbal y una explosión de mala crianza de los tres angelitos, que primero cuchichean y se ríen á la sordina, y acaban por tirarle bolitas de miga al mechón central de la calva del paciente profesor, quien, al poner la queja al papá, recibe de este la siguiente contestación:—Déjelas usted: eso es efecto de la sangre ardorosa que les he trasmitido. ¿Qué quiere usted?

En casa de las R* no se lleva luego á efecto la lección porque las niñas están de ensayos de charadas. La señora P* despide á don Aníbal de la puerta porque la discípula ha salido á una cosa *de más precisión*: á pro-

barse un vestido. La familia Q* no le despide, sino que por el contrario le invita á tomar una copa de cerveza y le hace oír el "*Ven Rodolfo, ven por Dios*" del *Anillo de Hierro*, gritado en desentono mayor por una aficionada del vecindario. La lección se deja para otro día, porque aquel es el *del santo* de la mamá.

Y como si todo esto no fuera bastante, de la última casa á donde vá, y en la que sí se ha recibido la lección, sale el atribulado don Aníbal para la *rotunda*, porque la casa estaba vigilada y sospechado el dueño de conspirador, y, como es natural, la fisonomía del profesor, después de un día como el descrito, no puede sino tener todos los caracteres de la de un perturbador del orden público.

EL TENDERO CARAQUEÑO

Corre la voz de que á "La Flor de Mayo," la tienda de Ñañez & Ca, han llegado muchas cosas nuevas que se están vendiendo «por el suelo,» y allí acuden las damas, como moscas al dulce, seducidas por la esperanza de obtener, casi de balde, telas, encajes, tiras bordadas, paragüitos, cintas, guantes, todo lo que se ha anunciado en una inmensa hoja volante que ha hecho circular profusamente Ñañez, para atraer gente á su tienda, que, dicho sea de paso, no ha recibido tales nuevas mercancías, siendo las antiguas las que se siguen vendiendo sin reducción alguna de los precios. Pero Ñañez sabe donde le aprieta el zapato, es decir, cómo hay que menear los títeres para animar la venta; y muy perfumado, vestido con esmero, peinado con arte y manteniendo constante sonrisa de almíbar, se instala detrás del mostrador de "La Flor de Mayo" al amanecer del día si-

guiente al en que circuló su hoja "sensacional."

Entra la primera cliente, una señorona que dá los buenos días con voz casi imperceptible, y á luego pone sobre el mostrador la sombrilla, el pañuelo bordado, el abanico, el estuche de los anteojos y el portamonedas que está repleto, y atrae de preferencia las miradas del listo dueño de la tienda.

Ñañez se coloca frente á frente de la dama, con el cuerpo cortesmente inclinado hacia ella y las manos sobre el mostrador, apoyadas en los respectivos dedos pulgares é índices. La sonrisa sube de punto, y con voz que también está saturada de azúcar, el dueño de "La Flor de Mayo" inquiere los deseos de la cliente, que pasea la vista por los armarios.

—Vamos á ver, qué podemos tener la suerte de vender á la señora.

La señora consulta la hoja volante y contesta:

—Las zarazas de á seis centavos.

—Al momento.

Y acompañando con la acción la palabra, trepa Ñañez por una escala portátil, y baja de un armario diez ó doce piezas de la tela solicitada.

—Empecemos por estas, dice, y comienza á desdoblar piezas y á extender las telas haciéndolas flotar ligeramente en el aire para ir

sugestionando á la señora, que aún no ha desarrugado el entrecejo.

—Vea usted esta, qué bonita es, *misia*.....misia.....¿ la gracia de usted ?

—Casilda.

—Muy bien, vea usted, misia Casilda, esta otra. ¡ Qué lucida combinación de colores ! Pinta firme. Es una tela de mucha " distinción."

—Hágame el favor de desdoblar esta otra pieza.

—Con muchísimo gusto, misia Casilda, aquí la tiene usted. Es preciosa ¿ verdad ? Es una tela muy seria, muy propia para usted. ¿ Cuántas varas le ponemos ?

—No estoy decidida, quisiera ver las otras.

—Todo lo que usted quiera, misia Casilda; aquí puede usted ordenar cuanto guste. La casa está enteramente á su disposición. Sólo deseamos que salga usted de aquí tan complacida que se " amarchante " en la casa. Nuestro sistema es vender baratísimo, perjudicándonos casi siempre, pero con la compensación de contar con una clientela de personas tan distinguidas como usted, misia Casilda.

Ñañez ha dado el primer paso : la dama sonríe y da las gracias. El tendero atiza como sigue.

—Como no tengo otro deseo que satisfa-

cer el gusto de usted, espero me indique, más ó menos, qué tintas son las de su preferencia, para mostrarle inmediatamente lo que tenga, "en esos colores," en la inmensa variedad de telas que hemos recibido por los últimos vapores.

—Azul celeste, lila, fresa, azul gendarme. Es lo que le gusta á Casildita.

—¿ A Casildita? Ah! Para Casildita hay preciosidades.

Ñañez ha puesto una pica en Flandes, averiguando que hay una Casildita detrás de bastidores.

—Mire usted, misia Casilda, la última novedad, la tela "sobre las olas." Sé que Casildita desea tener un vestido de esta tela.

—¿ Cómo lo sabe usted ?

—Por una amiga de Casildita que me compró ayer no recuerdo ahora qué cosa.

—¿ Quién sería ?

—Tengo el nombre en la punta de la lengua... mire usted que memoria.

—¿ Es rubia ?

—Justamente.

—¿ Alta ?

—Alta, sí señora.

—Ah ! Es Basilia.

—Basilia, la misma. ¿ Cómo no daba yo con el nombre? Mire usted, misia Casilda, llévele esta tela á Casildita, bajo mi responsabilidad : puedo

asegurarle, ahora que recuerdo bien, que es de esta, precisamente de esta, "sobre las olas" y azul gendarme, que me habló Basilia.

La dama no vacila ya. No le queda duda : Ñañez conoce á Casildita, á Basilia ; y efectivamente algo de "olas" había dicho la última el día anterior.

—Bien, pues, mídame doce varas. Es para un *matinée.*

—Ah !, para *matinée* se necesitan, por lo menos, quince varas : las mangas "se llevan" ahora anchísimas.

—Entonces mídame quince varas.

—Pero le advierto á usted.....una, dos, tres, cuatro.....que esta no es zaraza de seis centavos.....cinco, seis, siete, ocho.....La de seis centavos se acabó.....nueve, diez, once, doce.....Esta es de á dos reales vara.....trece, catorce, quince.

—Entonces no pique.

—Pero, misia Casilda, por Dios, si de todos modos compra usted una tela "de ocasión." Siempre la hemos vendido á cinco y á seis reales. Voy á picarla porque no quiero que Casildita tenga el disgusto de verla entrar á usted sin la tela para el traje que tanto desea. No se detenga usted por esa diferencia insignificante. Si es que no ha traído usted el dinero suficiente, no importa. Ya le

he dicho que la casa está á su disposición. Por eso no ha de quedar Casildita sin el *matinée*.

—Es que yo no he venido á comprar sino la zaraza de á seis centavos. No comprendo cómo se ha podido acabar, cuando creo haber sido la primera persona que entró á la tienda.

—Ahí está el error de usted : antes que usted vino otra que se la llevó toda.

—¿ Tan poca así era ?

—No, señora, eran muchísimas piezas. Las compraron para revender.

—¿ Y los guantes de á cuatro reales par ?

—Magníficos, misia Casilda, los tenemos de Jouvin, de Preville, fresquesitos : ¿ qué número ?

—Número seis y cuarto.

—Corriente : vuelo á buscarlos.

Entra Ñañez á la trastienda, toma un martillo y da con él unos cuantos golpes sobre una caja vacía. En seguida llama á un dependiente y le da orden en secreto de salir por el zaguán y pedir en la tienda vecina, "á condición," cuatro ó cinco pares de guantes de cabritilla de diversos colores, del número seis y cuarto. De vuelta al mostrador, pide mil perdones á misia Casilda: la caja de guantes se está abriendo para complacer á la señora que puede entre tanto pedir todo lo demás que necesite. El,

Ñañez, está dispuesto á echar la tienda abajo de puro complaciente. Para este tiempo ya está la tienda llena de gente, de muchas otras misias Casildas que van en solicitud de lo que no hay, ó de lo que todavía está encajonado ó enfardelado, ó de lo que ya se vendió, ó de lo que aún no ha llegado de La Guaira y se anuncia porque se espera de un momento á otro.

Los dependientes son otros Ñañez para aquella especie de toreo en que el comprador embiste alucinado por el precio, y el vendedor lo entretiene con pases de muleta hasta clavarle el estoque, metiéndole lo que no ha ido á buscar, y á más alto precio del que el artículo tiene en las demás tiendas.

Ñañez se multiplica; corre de un extremo al otro del mostrador: va en dos brincos á la trastienda, donde no deja de martillar en la caja vacía; viene y trepa á las armaduras; se echa á cuestas pesadas piezas de tela; tiene á los dependientes en constante viaje, por el zaguán, á las tiendas vecinas. Aquí separa de la pieza unas varas de *simpático*, rasgando la tela, que suena como disparo de cohete; allá hace correr el tercer dedo por el revés y á todo lo ancho de la tela, para demostrar su buena condición; más allá reduce con la izquierda á pequeñísimo volumen un pañuelo de seda, y abre repentinamente la mano

para que aquel recobre de improviso sus ordinarias dimensiones, ante los atónitos ojos de un comprador del campo á quien convence la prueba. Ora sale á la puerta á detener á una persona que se iba sin comprar; ora llama á un empleado habituado á las comedias y le da en alta voz, de modo que todo el mundo oiga, un recado para la señora del Presidente, para avisar á ésta que ya llegó el *surah* de su gusto. No descansa Ñañez; parece tener veinte ojos, cuarenta manos y ochenta bocas, según ve á todas partes, mide, rasga, pica, desdobla, y charla hasta por los codos, haciendo creer á cada uno de los compradores que le atiende especialmente, y le hace singulares concesiones en los precios.

Cuando sale misia Casilda, Ñañez la acompaña hasta la puerta: espera que la señora visite la casa con frecuencia en compañía de Casildita, á quien envía un cortés saludo, así como á Basilia; saludo que las sorprende porque no conocen á Ñañez ni de oídas, pero que, no obstante la sorpresa, produce el efecto buscado por el tendero, porque, al mes, Casildita y Basilia "ya no se hallan" sino comprando en casa del zalamero Ñañez, donde misia Casilda ha dejado todo el contenido del portamonedas, en cambio de la consabida zaraza "sobre las olas," de los guantes del vecino, de diez varas del *surah* que compra la

señora del Presidente, de un abanico chino y un frasco de aceitillo *pasado.*

Por la noche, cuando se cierran las puertas de "La Flor de Mayo," cuando los dependientes se dan á la tarea de poner en su lugar todo lo desacomodado durante el día, Ñañez cuenta el dinero producido por la venta. Examínenle ustedes y le hallarán flamante, como cuando abrió la tienda al amanecer: no ha sudado el cuello de la camisa.

PARECE BROMA

En un lugar de la América, de cuyo nombre no quiero acordarme, sucede, amables lectores míos, que . . que, vamos, no le encuentra uno á lo que sucede ni pies ni cabeza, por no decir otra cosa, «*cuya* cosa» la dejo en el tintero, yo me sé por qué.

Bendito lugar donde los habitantes sirven para todo en este mundo, lo mismo para un barrido que para un fregado. Tal vez sea el único de los del planeta, donde se observa este singularísimo fenómeno. Eso de que no haya títere que no esté desempeñando su oficio sino interinamente, porque de improviso puede cambiarlo por otro de todo en todo diferente, debe de ser privilegio exclusivo del lugar de la Mancha, digo, de la América á que vengo «aludiendo» (si el amigo Limardo encuentra bien empleado el verbo.)

Allí, sale de la Universidad, después de haber estudiado seis años la ciencia del Derecho,

todo un jurisconsulto perfectamente apto para despachar fórmulas terapéuticas detrás del mostrador de una botica; y el dueño de esta se ocupa en mensuras, deslindes, y construcción de puentes.

Pero lo más curioso es que de ello no resulta un solo disparate . . . . resultan muchísimos.

Imagínense ustedes la sorpresa con que un caballero oirá de labios de su criado estas palabras:

—Señor: vengo á que usted me arregle la cuenta, porque hasta hoy no más estoy á su servicio.

—¿Cómo? ¿Te vas, Ramón? ¿No estás contento en la casa?

—No es eso. Es que cambio de oficio.

—Bien, hombre, bien. Y ¿cuál has elegido?

—El de abogado.

—¡Santa Ursula y las once mil vírgenes! Si tú no sabes ni leer.

—No se necesita: mi compadre Tiburcio no sabe más que yo y ganó pleitos, y ha sido hasta juez.

—Tienes razón: para el juez Tiburcio, el abogado Ramón. Pero, dime: y Don Atanasio, aquel jurisconsulto viejo y tan sabio, predecesor de Tiburcio en el tribunal, ¿qué hace ahora?

—Ha cambiado de oficio. Ahora va á contratarse de *jockey* en las carreras de caballos.

Mientras este diálogo ocurre en el despacho

del señor, en la cocina sostiene la señora este otro con la criada:

- Mujer, ¿por qué no has comprado todavía el azúcar?

—Porque la *pulpería* de la esquina ha amanecido hoy cerrada.

—Y ¿qué sucede?

—Que Don José cambia de oficio: dice que la venta de carbones y manteca no le da ni para comer.

—Y ¿qué oficio va á tomar?

—Yo no sé, porque no entiendo de esas cosas; pero lo dice este papel que estaba repartiendo el mismo Don José.

—Vamos á ver; dame el papel.

«El Trueno»

Diario de la mañana. Política, literatura, ciencias, artes.

Redactor: José Burrero.

Oficina de redacción: Esquina de «Los Perules;» antiguo *establecimiento* del Redactor.

—De modo que ya no habrá en la esquina pulpería?

—Sí, señora, sí habrá. La de Don José pasa á otro dueño que la muda para la casa del frente. La ha comprado el doctor Barroso.

—¿Cómo? ¿El médico?

—El mismo.

El interesante y popular periódico El Trueno,

de que es redactor *el ilustrado escritor y hábil diarista señor Don José Burrero* trae entre otras noticias las siguientes:

—«El señor Norberto de los Dolores Ñañez, el «muy conocido y estimable comerciante en telas, «socio principal del muy acreditado estable-«cimiento «La Flor de Mayo,» ha sido nombra-«do Enviado Extraordinario y Ministro Pleni-«potenciario de la República de Aguas-Calientes «en París, Londres y Berlín. Felicitamos al se-«ñor Ñañez, cuya idoneidad para manejar los «delicados asuntos internacionales es indiscutible, «por la honra de que acaba de ser objeto.»

—«El dulce y esclarecido poeta Don Virgilio «Lira, nos ha favorecido con atenta circular «en que ofrece al público sus servicios en el «ramo de obstetricia, *como partero de la Uni-«versidad.*»

—«El General Don Marcial Guerrero de Armas «nos ha enviado, con atenta dedicatoria, un «interesante opúsculo, obra suya que acaba de «ver la luz pública, y que se titula "Método «sencillísimo para aprender á acompañar piezas «de baile en guitarra de cuatro cuerdas."

—«El señor Don Benigno de la Paz Cordero, «acaba de ser promovido del puésto de maestro «de Capilla de la Catedral, al de General Efectivo «con el mando de la División "Invencibles."»

—«La Junta General de Agricultura ha que-«dado constituida de este modo:

«Presidente: Venerable señor Cura del Sagrario.

«Vicepresidente: Dr. Vidalonga, Médico de «Sanidad.

«Secretario: Dr. Molar Izquierdo, acreditado «dentista.»

Lo raro es que no hay embarazo alguno para nadie en el desempeño de cada nuevo oficio. ¡Qué le ha de haber! Figúrense ustedes que el ex-criado Ramón, cuando le lleva al tribunal el primer pleito, echa de ver que el suelo no está barrido, ni sacudido el polvo de las mesas y poltronas, y no pudiendo resistir cierta inexplicable comezón, saca su pañuelo y lo deja todo como nuevo en el recinto de la Justicia, donde al mismo tiempo produce grande hilaridad á los presentes la llegada de Don Atanasio, el sabio jurisconsulto, que se aparece de polainas y espuelas y se sorprende de hallarse en el tribunal, cuando había salido de su casa para ir al *Jockey Club*.

«*El interesante y popular periódico «El Trueno,*» sufre intermitencias en sus ediciones, porque «*el ilustrado escritor y hábil diarista Don José Burrero*» olvida la mesa de redacción, por atender á la concurrencia que llena la pulpería del Doctor Barroso, merced á las notables curaciones gratuitas que allí se hacen á las cocineras, á quienes encanta, además, aquel modelo de pulperos que cura de balde y se olvida de reclamar el pago de lo que vende.

El Excelentísimo señor Don Norberto de los

Dolores Ñañez, provoca un conflicto internacional en la primera Cancillería donde se le recibe, porque indiscretamente se pone á examinar la tela del gabán del Ministro y á demostrarle que la del suyo es de mejor calidad que la del de su Excelencia.

El dulce y esclarecido poeta Don Virgilio Lira ameniza á las señoras el trance de la maternidad, con recitaciones de melodiosas obras de su repertorio.

El opúsculo del eximio General Guerrero de Armas contiene magníficos símiles entre las posiciones de la mano en la guitarra, y las de los ejércitos combatientes en el campo de batalla, y establece una interesante táctica para el acompañamiento de piezas de baile.

El señor Don Benigno de la Paz Cordero se equivoca al ir á arengar por primera vez á su división «Invencibles» y entona unas letanías mayores muy del agrado de la tropa que contesta en coro: «Ora pro nobis.»

Por último, la Junta General de Agricultura resuelve de sencillísima manera todos los problemas agronómicos, con previa consulta de la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, con examen escrupuloso de los datos estadísticos de las últimos invasiones del cólera en Europa, y con ensayo de los mejores dentífricos inventados por los norteamericanos.

Y así de lo demás!

LOS ALTIBAJOS

El tipo que tengo el gusto de presentar ahora á mis bondadosos lectores nos pertenece exclusivamente, es decir, sólo puede existir con toda su cabalidad de "tipo" donde la deriva de condiciones políticas y sociales típicas también, como en la América ex-hispana.

Allá se las partan los que buscan en esto ó en lo otro las causas de las agitaciones interminables que afligen á nuestras repúblicas de centro y sur América. No diré que el que se dé ó no con ellas me tiene sin cuidado; eso nó. Pero nada tiene ello que hacer con mi propósito de ahora de tomar para tema de este artículo uno de los muchísimos efectos secundarios de aquellas causas. Ellas producen las agitaciones y de estas sale mi tipo, mejor dicho, el de ustedes, supuesto que para ustedes lo traigo á las columnas de El Cojo Ilustrado.

Entremos en materia, ó mejor, dejemos que la materia entre y salga aquí á su antojo para estudiarla al nuestro.

No parece sino que aguardaba detrás de la puerta el permiso, porque ¡qué casualidad! me interrumpió una visita de la propia materia, personificada por don Ventura de los Dolores Alegría, Paz y Bravo por la abuela paterna y Guerra y Manso por la materna, y á quien no había visto desde hacía más de un año. Halléle muy cambiado y no le oculté la sorpresa que esto me produjo.

—¡Don Ventura! ¡Qué cambiado está usted, hombre!

—Sí, señor. Pero no me llame usted ahora Ventura. Deme usted mi segundo nombre; llámeme Dolores.

—Como usted guste, señor Alegría.

—No me llame tampoco así! Ahora no me conviene sino el segundo apellido de mi abuela paterna. Afortunadamente tengo nombres para escoger y conforme á las diversas emergencias que me sobrevienen. Recuerde usted cuando dí aquel banquete para obsequiar al Gobernador. Entonces firmé las invitaciones así: *Ventura Alegría*. Porque entonces estaba yo "de temperamento" con toda la familia en Mamera. ¡Qué aires tan buenos corren por allí! Se disfruta de un apetito..... celestial, esa es la palabra: ce-les-tial. A diferencia del hambre que es infernal. El apetito "implica" buena mesa, mientras que el hambre.....aunque es diferente ¿Ya usted almorzó?

—Sí, señor. Acabo de hacerlo.

—¡Qué feliz es usted! Acaba usted lo que yo no empiezo hace mucho tiempo. No almuerzo desde que lo hacía con tanta frecuencia en casa del Presidente. Pero, me olvidaba del objeto de mi visita. Vengo á darle un aviso importantísimo. Sepa usted que hay muchos fuertes falsos en circulación.

—No sabía.

—Como usted lo oye. Examine usted los que tiene en el portamonedas, no sea que le hayan "encajado" alguno.

—Es posible. Uno es tan descuidado que..... vamos á ver: aquí tengo tres; pero todos me parecen buenos.

—No fíe usted en las apariencias. Este es muy sospechoso: mire el cordón; da mucho en qué pensar. Pero no hay que preocuparse: no lo perderá usted, porque yo tengo modo de hacerlo pasar. Lo llevo y dentro de algunos días le traigo uno cuya legitimidad no deje duda. Hasta otra vista.

—Adiós, fuerte; digo, adiós don Ventura!

Los buenos tiempos de don Ventura son los de empleo. ¡Qué casa ocupa entonces! ¡Qué mobiliario tan rico! ¡Qué servicio, qué coches, qué trajes, qué joyas, qué comilonas, qué bailes los de don Ventura! Se ofrece á sus relaciones por medio de un aviso en los periódicos que al texto dice:

"Ventura Alegría *y familia* tienen *la honra*

"de ofrecerse á sus numerosos amigos en su "nueva habitación, del "Paraíso" á "Las De- "licias" número 104."

En la crónica de uno de los periódicos se leen con frecuencia sueltos de este tenor :

"VELADA. De deliciosa podemos calificar la "que con motivo de los días de su señora espo- "sa dio anoche en su elegante morada uno de "los más connotados miembros de nuestra so- "ciedad, amigo insospechable y sostenedor de- "cidido de esta situación, el señor don Ventura "Alegría. Cultas expansiones en la concurren- "cia, extremada complacencia por parte de los "distinguidos anfitriones, esplendidez en el ob- "sequio, todo reunióse anoche en la morada de "los esposos Alegría, transformada al efecto en "encantado palacio de las "Mil y una noches." "En altas horas de la madrugada salió la con- "currencia de aquel recinto donde se habían "dado cita el placer, la belleza, las artes, la "elegancia, el amor conyugal y la amistad des- "interesada, comentando cada cual con entu- "siasmo los diversos gratos incidentes de la me- "morable fiesta en la cual para que nada faltara, "reinó el mayor orden "

Según el suelto anterior, que no es invención mía, don Ventura es *connotado*, es decir, es *hecho relación*, ó pariente en grado remoto de alguien que no figura en el suelto, acaso del sentido común; es además amigo insospechable y sos-

tenedor decidido de la sociedad, á quien, no sabemos por qué, se le llama "esta situación." Por último: el placer, la belleza, las artes, el amor conyugal y compañeros mártires de la gramática, aparecen comentando *cada cual* los diversos gratos incidentes de la fiesta.

NOTA: al autor del suelto le llama otro periódico "honra de las letras patrias."

A poco de la fiesta de don Ventura, otra fiesta del patriotismo de que resultan millares de viudas y de huérfanos, da al traste con "la situación" de que era insospechable amigo y decidido sostenedor (¡cómo nó!) el rumboso señor Alegría.

Quien entonces lea la sección "Anuncios de hoy" de cualquier diario, hallará allí la siguiente tarjeta:

V. DOLORES A. BRAVO Y FAMILIA

se ofrecen á sus amistades, del "Desamparado á "La Miseria" número 2.

y más abajo este aviso:

APROVECHAR LA OCASIÓN

Un completo juego de sala y otro de comedor, de todo lujo, se venden á precio de quemazón en la casa número 2, del "Desamparado" á "La Miseria." También se venden por la cuarta parte de su costo algunas joyas de exquisito gusto y gran valór.

y más abajo esta amenaza:

PARTICIPO *al señor don V. A., que no pudiendo esperar más tiempo el pago de lo que me adeuda, publicaré por la prensa su nombre y apellido.*

Justo Bueno.

Ya habrán comprendido ustedes, por las iniciales V. A., que se trata de don Ventura; pero no crean ustedes que le da un solo momento de preocupación la amenaza. No es esta la primera ni será la última, y, sobre todo, bien se guardará el señor Justo Bueno de darle tamaña desazón á un hombre de los altibajos de don Ventura. El mejor día, como dicen en España, le viene á las manos el zurriago de la autoridad, y ¿para qué te quiero, Rotunda?

Pero permítanme ustedes, queridos lectores, y dispensen que les deje un instante solos. Ha parado delante de mi puerta un lujoso coche de "La Equitativa" y voy á ver quien es el personaje que viene á mi casa con tal tren.

—¡Don Dolores! ¿Usted otra vez?

—No me llame usted así. Ahora vuelvo á llamarme como antes: Ventura Alegría. Estoy empleado. Vengo á.....

—¿A traerme el fuerte?

—¿Qué fuerte?

—Hombre, el de ahora poco.

—Quien se acuerda ahora de esas pequeñeces. Vengo á que usted, como hombre de pluma, me haga el favor de escribir un suelto, que pasará como de la redacción de "El Trueno", en que se felicite al Gobierno por lo acertado de sus últimos nombramientos. En fin ya usted sabe la tónica.

—Mire usted don Ventura. ¿Por qué no ocurre á aquella "honra de las letras patrias" que escribió algo sobre cierta velada que dio usted?

—Tiene usted razón. Voy en seguida.

—

Epílogo

(Tomado de "El Trueno," número 514)

"*Aplausos entusiastas.* Los merece de la ciu-
"dadanía la situación que discierne merecido pre-
"mio á sus amigos insospechables y sostenedores
"decididos, por lo cual enviamos los nuestros muy
"calurosos, á quien, estimando debidamente los
"altos méritos y servicios del señor don Ventura
"Alegría, le ha investido con el desempeño del
"cargo que saben ya nuestros lectores."

Trascribo al amigo Limardo, para que tome nota, *la ciudadanía*, *la situación* que *discierne premio*, los amigos *muy calurosos*, los servicios *altos*, el desempeño como *investidura*, y los lectores que *saben cargos*.

En el mismo número del mismo diario y en la sección "Crónica de Policía," se lee lo siguiente:

"Pasado á la Cárcel Pública, de orden superior: Justo Bueno."

EL VIENTO

Voy á escribir sobre el viento. Más claro: el tema de este artículo es el que indica su título. Sobre el viento vengo escribiendo desde que me ocupo en crítica de costumbres, porque todo lo que se diga en tal sentido tiene la misma duración y los mismos efectos que lo trazado con el dedo índice en el intangible elemento que envuelve nuestros cuerpos. (Esta frase me ha salido redonda.)

El viento parece á primera vista una tontería, como que no es otra cosa que el aire en movimiento. Pero ya se sabe de qué estragos es capaz esa tontería; y si se la mira por el reverso, se descubre que también es capaz de muchas cosas buenas.

Uno de tantos, individuo en quien la naturaleza se venga de las violencias de los hombres dándole un adoquín por nariz, dos tubérculos por ojos y una letra china por cuerpo, da en la

flor de aspirar á la preferencia de cierto querubín de corsé, salero rebosado, merengue de mírame y no me toques, por quien más de cuatro andan *bebiéndose los vientos*. Pero á la chica le ha entrado por el ojo derecho el dandy de la parroquia que tiene el dón especial de peinarse como ninguno la flor de parcha, y el irresistible atractivo de no tener oficio ni beneficio; y, ¿qué quieren ustedes? no hay medio de que á ella le parezca cosa aceptable la escritura china. Al cabo encuentra el feote una coyuntura y se declara y . . . paf! lo despachan muy bien acompañado, tanto que no puede ni acalorarse, porque lo despiden *con viento fresco*. Pronto queda vengado del rechazo, viendo que *juguete del viento son* las ilusiones de la ingrata, cuando la informan de que el dandy de la flor de parcha está casado con la cocinera de casa por ministerio de la ley.

Don Damián, ocioso de profesión y nulo de nacimiento, ha descubierto que quien no sirve para nada bueno, puede servir para mucho malo, y resuelve cambiar de oficio y hacerse político. Pregúntenle ustedes si ha encontrado la piedra filosofal cuando lo vean boyante, y les contestará que no ha hecho más que *irse con el viento*.

Por supuesto que irse con el viento no es cosa tan fácil como parece. Esto requiere una operación previa que no está al alcance del primer

don Damián que se presenta en el redondel de la política, si no media la observación atenta del *modus operandi* de los duchos en el arte. Para poder irse con el viento se necesita saber *tomar el viento*, cosa que tiene cuatro bemoles para un novicio; pero si con un poquillo de buena voluntad aprende hasta leer un ciego, cuánto más hacedero no será lo que, cuando logrado, hace que vaya el individuo *viento en popa*.

Eso sí, es preciso andar con ojo á la brújula y no subirse á mayores. Sobre todo es conveniente no olvidar que *quien siembra vientos cosecha tempestades*. Raro es el que se salva después de zozobrar en esos mares.

Ahora pregunto yo ¿qué vientos me han traído á terrenos tan resbaladizos, donde, si bien es verdad que puede ganarse tanta gloria como para ver uno llevado su nombre á los cuatro vientos por la Fama, no es menos cierto que se corre en ello el gravísimo peligro de ser alcanzado por el viento de la vanidad?

La verdad es que si no fuera por el viento no tendríamos frutos que comer ni flores que admirar. El sirve de lecho nupcial á los vegetales, cuando lleva el polen á larguísimas distancias. Pasea las nubes por el espacio para llevar el riego benéfico á los campos, y antes ha sacudido el polvo de sus plumas en la atmósfera para que en los átomos se condense el agua y se refleje el rayo azul. Viajan sobre

sus alas el sonido y el aroma. Riza las olas; hace ondear los pabellones y cimbrearse las palmeras. Orea el follaje y lo estremece para que se desprenda el fruto. Extiende sobre los blancos hombros de la beldad la undosa cabellera, entre cuyos rizos juguetea protestando contra las violencias de la moda. Inaugura la vida independiente en el nacimiento, visitando nuestro seno antes que la luz nuestras pupilas; y, como empieza, también sella el místico proceso de la existencia humana llevándose la vida en el último suspiro.

Es él quien nos trae el primer vagido del sér á quien trasmitimos la vida y la última bendición del de quien la hubimos recibido; él, quien espera á que nuestros labios se abran para de ellos recibir la encarnación oral del pensamiento y llevarla á la cuenca del oído, donde se desliza como por un laberinto, hasta confiar la trasmisión de las ideas á los nervios mensajeros del cerebro; y quien tiene así entre sus funciones la muy augusta de concurrir á la forma externa de la oración, el más bello y santo ejercicio del dón de la palabra.

Malos vientos me han traído, lectores, á estas alturas de las cuales no sé como descienda. A fe que no supe como me dejé llevar de la ráfaga, y véome ahora obligado, para bajar, á abrir la válvula del globo en que hube de subir á espacios azarosos.

Y ya que hablo de viento, de globos y de alturas, me ocurre decir algo sobre la funesta propensión del viento á elevar lo que no pesa y á henchir la fatuidad. A él se debe el que ande por esos mundos tanta gente inflada y suban tanto innumerables pompas de jabón llenas de viento.

A este respecto hay que decirle al viento las cuatro verdades.

¿Por qué se presta con tanta docilidad á servir á quien no debe y consiente en que se le llame, por ejemplo, *el viento de la lisonja?* ¡Cómo se cuela el muy taimado por el tubillo del amor propio y hace crecer y crecer la pompa vana que á luégo eleva con la dañada intención de hacerla estallar allá en lo alto!

¿Quién le da cartas en la política para que, al sentirle en torno, se crean los personajes rodeados del *aura popular?*

¿Quién le ha hecho senador ó diputado para que arme de improviso *tempestades parlamentarias?*

¡Qué le va ni le viene en la lucha de los partidos para que viva desencadenando *el huracán de las pasiones?*

En todo ha de entrometerse.

¿Se trata de la dicha? Allí está él con los nombres de *brisa bonancible, aura benéfica, céfiro de paz.*

¿Se trata del dolor? Ahí lo tienen ustedes con otros tantos nombres.

¿Quién no ha sentido *el cierzo del desengaño?*
¿A quién no le ha alcanzado alguna vez *el ábrego de las penas?*
¡Sobre cuántos se descarga *el vendabal del infortunio!*

En lo que sí le doy la razón es en quejarse de los poetas llorones, porque lo fatigan con sus ayes, y de los no llorones porque lo tienen de aquí para allá, ora silbando, ora gimiendo, unas veces rugiendo y otras bramando; y cuando no le hacen repetir necedades, le piden informes de si suspira ó canta la indefectible Dulcinea. Una de sus desgracias es la de tener tanto consonante en castellano, y otra la de servir de tema para un artículo que hace bostezar.

EL "QUÉ DIRAN"

—

No es un sér anónimo, puesto que todo el mundo lo conoce por su nombre. No tiene existencia material, pues que nadie lo ve. Y, sin embargo, es lo más temido para todo el mundo.

El que no les tiene miedo á los muertos, le teme á *él*, que no vive.

El que tiembla ante los vivos y se ríe de aparecidos "se mide" cuando *él* le viene á las mientes.

Al que se mofa de las visiones de ultra-tumba y es capaz de "enfrentárseles", él solo, á cuatro ó cinco, le preocupa, cuando menos, su opinión.

A todo el mundo *le mete el resuello para adentro*, menos á los políticos, que no les temen á los muertos, ni á los vivos, ni á *él*, con ser tan poderoso.

Cuántos hay que, por miedo á *él*, fingen

valor ante vivos y muertos! Casi sin temor de propasarme, podría asegurar que la mayoría de los valientes lo son por miedo á *él*.

Regla general: *El valor es relativo. Quien no teme á nadie ni á nada, teme al* "QUÉ DIRÁN."

Esta regla tiene, como ya he dicho, entre otras excepciones, esta: los políticos de todas partes. Quiero hacerme la ilusión de esa universalidad, y perdonen ustedes mi patriotismo.

Cuál sea el poder de *eso* de que vengo hablando, queda revelado con el hecho siguiente: hasta los criminales convictos rehusan frecuentemente confesar su crimen, porque comprenden que casi no cabe en lo humano decirle á *él*, cara á cara y frente á frente: "yo he cometido un crimen; bueno, y ¿á mí qué?"

Ese *él*, puede también ser *ella*, según el caso. Pero no se crea por eso que cambia de sexo ó que es común de dos. El que sea masculino ó femenino depende de como se concrete.

A los políticos no se les presenta *él*, sino *ella*. Quizás á esto se deba el poco caso que suelen hacer de *la opinión pública*.

A las mujeres se les presenta siempre *él*, y, cosa singular, las solteras le atienden más que al novio, las casadas más que al marido, y las viudas no piensan más que en *él;* sin que ello obste para que unas y otras le vuelvan la espalda cuando les viene en gana.

Puede aplicársele lo que dijo Tejera de Micolao y Sierra: "es una especie de *Mágico* "*prodigioso*, que lo véis y no lo véis y lo te- "néis presente y jamás lo conocéis."

Lo raro es que todo eso es, y todo eso hace, antes de efectuarse, cuando sólo está en potencia. Después es peor aún, pero ya no es el mismo: se presenta como realmente es, vario, contradictorio, y en las más de sus manifestaciones mortífero.

En efecto, el "*qué dirán*" cuando deja de ser una presunción, cuando pasa de la potencia al acto, se transforma, y el "*qué dijeron*" toma el nombre de *censura*, si no el de *difamación*, ó lo que es peor, el de *calumnia*.

Personalizémosle, figurémonos que es un personaje enmascarado que discurre por todas partes, armado de ese chisme óptico moderno llamado "impertinente" que asesta aquí y allá para mirarlo todo con el par de ojillos picarescos que se asoman por los agujeros del antefaz. Tratemos de verle en acción.

Un padre de familia, retado á *cambiar una bala en el campo del honor* con un desalmado, contempla, presa de indecible angustia, el doloroso cuadro de una viuda inconsolable, rodeada de hijos huérfanos; y mira el hogar de sus encantos, de sus desvelos, lanzado de súbito, como nave sin piloto á los furores del océano, sin jefe y sin amparo al combate de

la vida. Tiembla, gime, vacila, y ya á punto de renunciar, en fuerza de santísimo deber, al acordado lance, advierte que el personaje enmascarado le dirige los lentejos; y vuela el infeliz al sacrificio, y perece, y la tragedia del desolado hogar, que empieza con tan terrible escena, tendrá fatal y no menos terrible desenlace. Y ¿qué hace el "*qué dirán*"? Desaparece, cede el puesto á la *Crónica*, dama que charla hasta por los codos, sin substancia, que aprueba y desaprueba á un tiempo mismo, que tan pronto dice: "muy bien; dejó el honor bien puesto," como exclama "¡qué barbaridad; hacerse matar por una tontería!"

El *qué dirán*, convertido en *qué dijeron*, no ha hecho sino devorar en el platillo de la *crónica* el sabroso tema de una desgracia irremediable.

Es el verdugo de la sinceridad, el aro de hierro candente dentro del que se aísla el hombre entre sus semejantes, la pauta absurda de casi todas las acciones de los que no llevan en el alma la luz de la moral genuina.

Se cierne invisible sobre los mortales, ya para apagar en los ojos de la doncella amante la mirada en que puso el alma entera, ya para detener en el borde de los labios la palabra que salía con el calor del corazón; ahora para hacer caer con desaliento los brazos que efusivos se tendían, ahora para hacer que se estreche la mano que se quisiera ver cortada.

De velar un relámpago de odio en tal pupila, pasa á arrancar de cuáles labios la mentira, y es la principal de sus funciones la de engendrar la hipocresía.

El es quien, llamándose "respeto humano," prohibe á los creyentes tibios el culto franco y la pública y enérgica confesión de la fe, que acaba por desvanecerse; y quien guía á la madre desnaturalizada y criminal hasta la puerta del templo ó de la inclusa, para que al abandonar al que llevara en sus entrañas de hielo, añada el crimen á la deshonra y luégo cubra á entrambos con el velo de la virtud mentida.

Es al mismo tiempo la amenaza permanente de una reprobación que ni razona ni suele fundarse en la justicia; el temor de un fallo antojadizo en causas nunca sustanciadas.

Pero suprimámosle del mundo y asistirémos al derrumbamiento definitivo de la sociedad. Aislado y mudo ante la magnitud de la catástrofe quedaría el grupo de los que llevan en la conciencia la norma de sus propios actos é informe de justicia para los ajenos.

Suprimid el *qué dirán*, y así como párte veloz y ruidosa la locomotora, apenas se da al vapor libertad para moverla, correrá triunfante, rauda, escandalosa la desfachatez de un extremo á otro de la tierra, con lo cual establecido quedará el reinado de la desvergüenza y el cinismo en insolente maridaje.

Sucediera acaso al mundo lo mismo que á un pueblo donde resultara falsa la mayor parte de la moneda circulante y esta se recogiese de improviso sin que quedase al punto sustituida con legítimo valor. Ni quedara piedra sobre piedra del edificio económico, ni quedara piedra sobre piedra de la babélica torre de la sociedad presente, suprimido el *qué dirán.*

El temor al *qué dirán* es el conocimiento instintivo de la propia falibilidad ; la voz íntima que se esfuerza en revelarnos la existencia de suprema ley. Pero la ignorancia y la vanidad desvían nuestro juicio y hacen que coloquemos la ley en la unidad imposible de múltiples y encontrados pareceres.

LAS NUBES

—

No hace mucho que dije del viento algu nas cosillas que no sé como le habrán caído, pero que á mí me vinieron á las mientes muy á tiempo para hilvanar un artículo cuyo tema quise hallar fuera de la tierra.

Hoy me acontece igual cosa; no quiero ocuparme en nuestras miserias y hago lo mismo, me alejo de la tierra, me remonto á las nubes.

Con ello no hago sino seguir la corriente. Oigo decir que todo anda por las nubes, y yo, que quiero alguna vez echármelas de entrometido, ¿por qué no he de andar también por donde anda todo?

Tengo otra razón que les diré á ustedes en confianza y en grado treinta y tres. Ahora es muy común levantar hasta las nubes á cualquiera con razón ó sin ella, y como á nadie se le ha ocurrido levantarme á mí *todavía*, me anticipo al querer de mis

conciudadanos y me traslado, sin ayuda de vecino, á las altísimas regiones desde las cuales alcanza uno á ver á sus semejantes más chiquitos que pulgas.

Pero ahora caigo en que no he hecho otra cosa que hablar de mí desde que tomé la pluma. Perdonen ustedes; esto le pasa á todo el que se siente en las nubes.

Hablemos de ellas.

Tengo por las nubes antigua y particular estimación, y es este el momento de hacerla pública. Las quiero á pesar de las malas partidas que suelen hacer, y que con entera franqueza les voy á reprochar.

¿Que tienen ellas qué hacer con la tierra, fuera de los muy contados casos en que son precisas, para que se mezclen de buenas á primeras en nuestras cosas?

Debieran recordar siempre lo que son, á qué deben su existencia. El sol, fastidiado de estar viendo siempre las mismas caritas de los planetas girando en torno suyo, se aburre el pobrecito, y acaba por enfurecerse y echar chispas. Tánto se acalora que nos quema la mollera, á pesar de que allí tenemos otro foco que le disputa su brillo: el pensamiento. Pero hé aquí que el sol tiene que habérselas también con quien casi nunca está de humor para bromas, con el agua. ¡Y tan enemiga del calor como

es! Véanla ustedes como se escapa de las entrañas de la tierra, donde se abrasa, para buscar el aire libre; cómo retoza alegre cuando el viento la abanica; cómo, cuando se la aprisiona y se la acosa con llamas, empieza por quejarse, á luégo refunfuña y á medida que la temperatura sube, sube de punto su cólera, que sólo es en un principio hervor de impaciencia, pero que termina en explosión irresistible si no encuentra salida por donde huir del fuego hostigador.

El agua, pues, apenas empieza el calor del sol á molestarla, se divide en guerrillas y se marcha á la atmósfera, donde sabe que la espera el viento para refrescarla, pascarla y llevarla á los parajes que ella escoge para nueva morada en el planeta.

Las nubes no son por consiguiente otra cosa que guerrillas del agua, que vagan buscando el fresco en el espacio.

No está bien, pues, que se mezclen en las cosas de los hombres. Ya que se meten y son tan amigas del fresco, allá les van frescuras.

Como están siempre tan altas, pueden ver cómodamente todo lo que sucede aquí abajo y de ahí el que se mezclen en lo que no deben.

Vaya un ejemplo.

Uno que está enamorado hasta las uñas de

una que le corresponde con idéntica pasión, tiene la suerte de hallar sola á la que le tiene derretido, y ¿quién dijo miedo? Las manos se enlazan, los rostros se acercan y..... "muy bien" exclama la mamá que se presenta *caída de las nubes.*

La suegra en ciernes pone el grito en el cielo, como es natural; la niña llora y dice que no la quieren; el papá se muerde los bigotes y tose ronco; el novio protesta y echa contra todas las tiranías; los anillos de compromiso son deslizados hasta las últimas falanges de los respectivos anulares izquierdos. A esto suceden las explicaciones, el "yo no lo vuelvo á hacer" de la polla, las reflexiones del papá sobre las cosas propias de la edad, y el "pequé" del novio. Las cosas toman otra vez su curso natural. ¿Qué hubo? Nada: una *nube de verano.*

Pero la cosa puede no parar en esto. El hecho puede repetirse; los atrevimientos del mozo van cargando al papá, de quien se apodera creciente y sorda cólera, y que frunce cada vez más el entrecejo. Un día se colma la medida y "el viejo" grita, patea, destroza.....se descarga *la nube!*

Si no hicieran las nubes más de lo dicho, la cosa no pasaría de castaño oscuro; pero es el caso que cuando están muy desocupadas y son muchas, sacan á lucir unos instin-

tos colectivos muy feroces. Y se quedan después tan frescas! Nadie diría que acaban de hacer una de las gordas, que, viendo el cielo de la dicha de una familia ó de una sociedad despejado, puro, nítido, lo invaden apandilladas y forman sin que nadie lo pida el *nublado del dolor*.

Ahí donde ustedes las ven son envidiosas. ¿No miran ustedes con frecuencia nubes imprudentísimas adueñarse de uno ó de los dos ojos de morena salerosa ó de tierna rubia?

Con la misma dañada intención se introducen donde parece imposible que pudieran penetrar, donde sólo las descubre lente poderoso ú ojo experto: en las duras entrañas de las piedras preciosas.

También suelen complacerse en molestarnos de otras maneras. En calles y caminos nos ahogan nubes de polvo; cuando uno menos piensa es asaltado por una nube de mosquitos.

Finalmente, ponen el sello de la desgracia en la parte más visible de nuestras personas. No hay frente humana donde no se distinga la nube de la preocupación constante y varia, que no deja al hombre gozar de cabal felicidad.

Pero sería notoria injusticia exhibirlas sólo

por el lado malo, no reconocerles las muchas cualidades que poseen, ni agradecerles los muchos servicios que nos hacen.

Forman ellas la decoración varia y magnífica del cielo, donde parecen seres animados y dotados de poder excepcional de imitación, merced al cual semejan cuádrigas fantásticas con encabritamientos que ofrecen á la vista atrevidísimos escorzos. Algo, mitad carro de forma no precisa, mitad lecho lleno de inmensos y mullidos almohadones que cambian lentamente de posición y de figura, va arrastrado por la cuádriga y sirve de peana caprichosa á copias gigantescas, alteradas y difusas, del grupo de Laoconte ó del Moisés de Miguel Angel.

Cuando no es esto, se riega, por el cielo, rebaño de blanquísimas ovejas que pastan en praderas de zafiro; se tienden palmas de forma improvisada, se ostentan plumas que sólo pudieran mojarse en el gran tintero del océano para escribir en el espacio el nombre del Creador.

Sirven las nubes de modelo á la mujer, cuando esta realza su belleza haciendo lucir en sus vestidos, sobre brillante seda azul, nevados encajes vaporosos; y son ellas las que hablan al oído de las madres para revelarles el estético secreto que permite presentar en cuna primorosa el rubio fruto de

amores inefables, tal como al nacer el día presenta el cielo al sol entre áureas plumas y blondas nacaradas.

Merecieron las nubes que, aun no oreada la tierra, después del diluvio, el dedo de Dios trazase en ellas bello símbolo de paz: el arco iris; y son ellas quienes han fatigado la ciencia de los hombres con la reproducción constante del matizado rastro del dedo del Eterno, donde estudia el microscopio la substancia de los mundos que pueblan el vacío.

¡Cómo son de laboriosas y entendidas las nubes! Saben separarse para abrir paso al rayo fecundante del rey sidereo, ó unirse para entoldar la tierra de modo que, templado el calor, no muera el germen.

Se ciernen coquetamente sobre los mares, así para mirarse á su sabor en magníficos espejos, como para enriquecerse con los besos de vapor que aquellos les envían; y corren luégo generosas á deshacerse del tesoro, calmando la sed de las praderas y reponiendo el mermado caudal de las corrientes.

Combaten en la altura, braman, chocan, se descargan con estruendo las baterías eléctricas; pero no dejan el campo sembrado de cadáveres, sino el aire limpio de impurezas.

Con todo, no saben librarse de quien, como yo, las mira por el derecho y las vuelve del revés para salir de apuros y cansar á los lectores.

EL PUNTO

El punto parece ser lo más pequeño que se conoce, como que el diccionario lo define así: *señal de dimensiones poco ó nada perceptibles*, etc; y para las matemáticas es menos todavía, porque siendo imposible determinarlo aisladamente, es decir, en la forma con que sólo existe en la razón, hay que multiplicarlo y hacerlo desfilar en sucesión contínua para hallarlo por sus efectos en la línea.

No le niego la razón al diccionario, ni menos á la ciencia de las cantidades; pero afirmo que eso de dimensiones poco ó nada perceptibles, eso que, aislado, sólo puede ser visto en su precisa pequeñez por los ojos del entendimiento, es al mismo tiempo una de las cosas más grandes que podemos conocer.

El punto es grande por su trascendencia y por su variedad.

Pero yo no quiero considerarlo por su pequeñez matemática. Para pequeñeces tengo

bastante con las que á diario dejan ver los grandes de la tierra, y con las que tan bien supo pintar el Padre Coloma.

Aparto ahora las pequeñeces de lo grande para ocuparme en las grandezas de lo pequeño; y me voy derecho al punto que he de tratar en este artículo, con todo el temor de que se me censure el que yo quiera poner muy altos los puntos.

Así, pues, punto y aparte.

El punto es casi nada, y, sin embrgo lo es casi todo.

La tierra es un punto en el espacio y el espacio que abarcamos con la vista no será otra cosa que un punto en lo infinito.

Ya van viendo ustedes qué puntos calza el punto.

Pero no es así como principalmente debemos verlo, sino considerando qué sería de nosotros sin él.

¿Cómo podrían los hombres entenderse sobre la tierra si ignoraran en qué punto se encuentra cada cual? ¡Qué dificultad para todo, y qué difícil resolver el punto de la dificultad!

El punto ha tenido la habilidad de hacerse tan necesario al hombre, que nada puede efectuarse sin su cooperación; en todo se le encuentra, y es quien resuelve casi siempre gravísimas cuestiones.

Para todo necesita el hombre de *un punto de partida.*

Ningún asunto puede debatirse sin que estén fijados previamente los *puntos del debate.*

Todo queremos saberlo, necesitamos saberlo *á punto fijo.*

Perdidos andaríamos sobre la superficie del globo, si no nos sirviesen de guía los *puntos cardinales.*

¡A cuánta virtud indigente han servido de amparo contra infames seducciones los *puntos de la aguja!*

Sigamos atentamente la vida de cualquier hombre civilizado, y veremos cómo se mezcla el punto en todos sus actos. Hagamos la prueba.

Raimundo se ha despertado muy temprano, ha dormido toda la noche, no han turbado su reposo los insufribles mosquitos. ¿Cóno no, si está en su cama Raimundo protegido contra ellos por cortinas *de punto?*

Al abrir los ojos, Raimundo frunce las cejas, su rostro toma esa expresión de extrañeza de todo el que se encuentra de repente donde menos lo espera; pero las sombras del sueño empiezan á disiparse y acaban por huir de las pupilas que á su vez empezaron por dejar á la luz un *punto* pequeñísimo de entrada y han acabado por abrirle de par en par las puertas de los ojos, que recorren la habitación para reconocer el *punto.*

Raimundo deja el lecho como quien se separa de un amigo cariñoso á quien ha de volver á hallar más tarde, y su primera diligencia es tomar el cronómetro de la relojera para informarse de la hora.

—Muy bien, dice, me he levantado á las siete *en punto.*

Empieza á vestirse, y al mudar de calcetines observa en ellos sueltos varios *puntos.* Se mide el calzado que el zapatero le envió la noche anterior, y halla con disgusto que aquel se ha equivocado en la medida y le ha hecho los zapatos dos *puntos* más pequeños que su pie. Es este un serio contratiempo, porque Raimundo tiene que andar mucho en el día, como que va al siguiente á presentar examen para recibir el grado de doctor, y debe despacharse temprano de todo, para consagrarse luégo á la preparación de la tesis.

Nuestro hombre sale, y para no perder tiempo ni padecer, andando á pie, el martirio de los zapatos consabidos, resuelve tomar un coche *de punto,* al que sube después de indicar al cochero *el punto* á donde debe llevarle.

En el resto del día Raimundo no se da *punto* de reposo, disponiendo todos los preparativos para la celebración del grado; y á las cuatro llega á la Universidad donde ha de *piear puntos* para la réplica y la tesis.

Regresa á casa y *al punto* pone manos á la obra. Trabaja sin descanso hasta la madrugada, pone *punto final* y se mete en la cama, no á dormir, cosa *punto menos* que imposible, sino á darles vueltas en la cabeza á todos y cada uno de los *puntos* del discurso.

Punto por punto hemos observado un día de la vida de Raimundo, encontrándonos á cada paso con el punto.

Hay puntos desagradables, verbigracia el *punto de costado*. Los hay ocasionados á innumerables incidentes de funestas consecuencias, como el *punto de honor*. Sobre este podría estenderme mucho, aprovechando la ocasión de estudiar la faz ridícula del punto: pero prescindo de hacerlo para considerarlo desde otros *puntos de vista*.

Hay un punto nunca bien conocido, y al rededor del cual se da vueltas sin encontrarlo, sin que jamás pueda decirse con precisión cuál sea; aquel que todo el mundo indica cuando se sirve de esta frase: "hasta cierto punto."

Pero *sube de punto* la importancia del *idem*, cuando se piensa que á no haber hallado Arquímides el que buscaba fijo en el espacio para apoyar su palanca, se debe el que el globo *sin cesar navegue por el piélago inmenso del vacío*. Y se llega á otorgar al punto todas las consideraciones que merece cuando halla-

mos impasables el pan y el dulce, porque no *dieron punto* la masa ni el almíbar.

Reservaba para el fin el *punto* culminante de mi tema: ¿quién podría leer ni escribir, si no existiese esa *señal de dimensiones poco ó nada perceptibles* que, ya sola, ya asociada á otra, ya avalorando la coma, precisa el sentido de la palabra escrita? ¿Cómo andaría el mundo si no hubiera quien supiese poner los puntos sobre las íes? ¿Qué sería de los lectores si á este artículo no le pusiera yo aquí punto?

POR UN ERROR DE CAJA

(NARRACIÓN DESABRIDA)

Por tercera vez suspendió la escritura de importante carta Monsieur Riche, para ver la muestra del reloj colgado delante de él y sobre su amplia y elegante mesa de despacho.

—Decididamente, pensó, á ese Prudencio no le dejo sin su merecida reprimenda. Desde las ocho debía estar en su puesto; tiene ya media hora de retardo. La puntualidad es la primera condición del empleado de comercio.

Mientras en esto estaba Mr. Riche, en la casa de Prudencio ocurría una de aquellas escenas en que habrán sido actores muchos de los que lean esta narración. Prudencio, que había dejado el lecho á la hora ordinaria, después de dar gracias á Dios, corrió, como de costumbre, á dar la bendición con un par de ruidosos besos al lozano rapazuelo de tres años, primer fruto de su temprana unión

con Magdalena, criatura buena como el pan, amantísima del hijo y del esposo, y mujer de su casa como pocas.

Al tocar Prudencio con los labios la blanca y pura frente de su hijo, cuyo despertar no fue en ese día el de siempre, alegre y bullicioso, como el de todo lo que celebra con el alba la grandeza del Creador, exclamó con angustia:—Magdalena, este niño tiene fiebre, ¿qué será esto, Dios mío?

Quiso entonces hablar el angelito; pero no pudo hacerlo sino después de haber tosido varias veces, y para decir, llevándose la mano á la garganta:—Me duele aquí, aquí, por dentro.

—¡Santo Dios! —exclamó Prudencio—y tantos casos de difteria como hay en la ciudad! Magdalena, enviemos pronto por un médico.

La madre, que pálida y llena de inquietud, tomó en sus brazos al tierno y adorado Luisito, (este era el nombre del niño) reflexionó un instante y dijo:—No, mejor es que vayas tú mismo en busca del Doctor. Es lo más seguro, y la previsión aconseja no perder tiempo.

Sin pensar en otra cosa que en el peligro que acaso corría la vida de su vida, de su más grande amor en la tierra, del objeto de sus caricias y desvelos, del que en las horas de reposo sanaba con el mágico bálsamo de cándida alegría las múltiples heri-

das que de la guerra del mundo trae al apacible hogar *el que al ajeno arbitrio está atenido*, así corrió Prudencio en busca del médico, que vivía á larga distancia y á quien por suerte halló, ya próximo á salir.

—Venga usted, Doctor; Luisito tiene fiebre y dolor de garganta.

—Ha hecho usted bien en llamarme. Eso puede no ser más que una ligera afección catarral; pero hay muchos casos graves de difteria en la ciudad, y es de buen consejo andar muy listo. Aunque tengo algo urgente que hacer, puedo disponer de algunos minutos para ir con usted, puesto que apenas son las ocho y media.

—¡Las ocho y media!

—Justas: veamos si están de acuerdo nuestros relojes.

—En efecto. Entonces, dispénseme usted, Doctor, no puedo acompañarlo, porque hace media hora que debía estar en mi puésto. No debo retardarme más, cuando, como usted dice, acaso no sea nada lo del niño. Pero hágame usted el favor de ir, vea usted que mi angustia crece por momentos; y, si encuentra usted en Luisito algo de cuidado, le ruego advierta á Magdalena que me envíe inmediato aviso. Entretanto, no tendré tranquilidad para nada.

—Corriente, amigo mío; será como usted lo desea. Hasta luégo.

Jadeante llegó Prudencio, diez minutos después, á la casa mercantil de P. Riche & Cª, donde ejercía el delicado empleo de cajero desde hacía dos meses.

– Hola!—dijo Mr. Riche al verlo entrar—me disponía á enviar un dependiente á saber de usted. ¿Sabe usted qué hora es?

—Sí, señor; pero no me culpe usted: mi hijito ha amanecido enfermo y.....

—Eso es otra cosa. Si el niño está grave, no sólo está usted disculpado, sino que hasta puede usted volver á su lado.

—No señor; lo que es gravedad no, Dios no lo permita.

—¿Entonces? Francamente: no me explico.....

—Pero, señor.....

—Pero señor cajero..... La falta de usted de su puésto durante casi una hora, sin motivo justificado, no está en el orden de mi casa. Nada hay tan frecuente como las ligeras indisposiciones de los niños, y si á ellas hubiera de estar sometida la marcha regular de un establecimiento, medrados estaríamos. No hay que perder más tiempo, su ocupación le espera, y..... que no se repita el hecho.

Con el rubor en el rostro, en el alma la angustia y el dolor, el recuerdo de su ado-

rado hijito enfermo adueñado de su mente, conturbado llegó el cajero á su puésto, donde le esperaban más de diez personas impacientes por despacharse.

Gracias á sobrehumano esfuerzo logró Prudencio hacerse cargo de la situación, de que le era menester completo aplomo, y su heroica voluntad alcanzó magna victoria al devolverle la calma necesaria para emprender el diario desempeño de sus difíciles funciones. Tenía que efectuar todas las operaciones con suma lentitud, para no cometer errores. El, tan diestro en su oficio, tenía que recontar dos y tres veces el dinero, verificar las sumas otras tantas, y, con todo, no conservaba después completa certeza de no haberse equivocado. Llegó un momento en que suspiró, movió de un lado á otro la cabeza y golpeó el suelo con el pie, diciendo algo entre dientes. Acababa de cometer un error imperdonable que pudo á tiempo corregir, hecho lo cual, empezó á contar una fuerte suma que al punto iba á pagar.

Por tercera vez se colocaba en frente del cobrador para entregarle montones iguales de monedas, cuando detrás de todas las cabezas de los que se agrupaban delante del ventanillo, divisó la del médico, que daba muestras de querer hablar al cajero.

—Perdone usted, Doctor,—dijo aquel—si

le suplico aguarde un solo instante. Al terminar este pago vuelo á atenderle.

El pobre Prudencio casi no respiraba: ¿qué iba á decirle el Doctor? El estado de Luisito debía de ser gravísimo, cuando del aviso pedido era portador el médico mismo, no obstante la urgente ocupación de que hubo hablado..... Por más atención que prestaba, no atinaba Prudencio en lo que hacía. Varias veces se le escaparon las monedas de las manos y rodaron por el suelo con tal ruido, que hasta Mr. Riche asomó su rostro grave para ver lo que ocurría. El Doctor esperó más de lo preciso, porque Prudencio perdía la cuenta y se veía obligado á empezar de nuevo.

Al fin terminó el pago, y pudo Prudencio ponerse á la voz con el médico.

—¿Qué ocurre, Doctor? ¿Cómo dejó usted á mi Luisito?

—Puede usted estar tranquilo: lo del niño no debe darle cuidado, es efecto de un ligero resfriado que desaparecerá en tres ó cuatro horas. Teniendo que pasar por aquí, aproveché esta circunstancia para sacar á usted de la angustia.

—Gracias, gracias, Doctor: me ha quitado usted del alma un peso enorme, dijo el cajero, y volvió á sus quehaceres después

de haber lanzado en un fortísimo suspiro todo el aire aprisionado en los pulmones.

A la hora del almuerzo recobró Prudencio su completa tranquilidad viendo al niño alegre, sin asomos de fiebre ni de dolor de garganta, y bendijo de todo corazón al Sumo Dispensador de beneficios.

Dejémosle entregado después á contar y recontar de monedas, á hacer números sobre números, y á ordenar papeles, para ocuparnos un poco en Mr. Riche á quien apenas hemos podido ver y oir breves instantes.

El momento en que penetramos en su despacho es solemnísimo, como que acaba de llevar á cabo una fuerte operación bursátil. El rostro de Mr. Riche expresa íntima complacencia; pero sólo por cinco minutos, porque le hace cambiar de expresión la voz del portero al anunciarle una comisión de señores, todos muy respetables, que anda solicitando socorros para una obra benéfica. Al punto Mr. Riche se rasca la cabeza, mira á un lado, luégo al otro, luégo al portero, silba como distraído un airecillo popular, y por último, y después de un profundísimo suspiro, dice que pase la comisión.

Y luégo, hablando consigo mismo:

—Si se acabará el saqueo! Esto no es trabajar uno para sí; esto es tener por caja fuerte

una pila de agua bendita. Ahora también para la familia de Mr. Olivier, aquel que en vez de sudar la gota para no dejar á sus hijos pegando mordiscos como el que ya voy á sufrir, perdió el tiempo hojeando libros y escribiendo de balde por amor á la humanidad, la que por su parte no piensa más que en vivir de los que trabajamos. Esto es insufrible. (*Entra la comisión.*) ¡Mi amigo Mr. Richard! ¡Hola, Mr. Martín! Algún santo bueno tengo en el cielo, que me proporciona hoy el placer de ver á ustedes por aquí. Pero, siéntense ustedes, y díganme en qué puedo serles útil.

—Se trata de una suscripción en favor de la desvalida familia de Mr. Olivier, y.....

—Y cuentan ustedes conmigo? Hacen muy bien; veo que ustedes me conocen. Desde ahora les autorizo para anotarme con una cantidad que exceda en otro tanto á la mayor contribución.

—Corriente. Es usted un hombre que hace honor al gremio á que pertenece.

—Yo soy así. Es necesario hacer algo por los demás; sobre todo, ya que es necesario hacerlo, que se sepa, para el buen ejemplo. Supongo que esa lista se publicará.

—No se había pensado en ello, pero si usted cree.....

—Ah! sí, sí: debe publicarse. Eso es mo-

ralizador; es una magnífica *notación*. Por supuesto que no lo digo por mí, sino por la obra en sí y por los otros contribuyentes. ¿De cuánto es la mayor contribución?

—De quinientos francos. La de usted será, pues, de mil.

—Justo.

La comisión se despide, y Mr. Riche continúa su interrumpido soliloquio de este modo:—¡Mil francos! Como quien no dice nada: con veinte contribuciones como ésta por mes, adiós mi renta! Pero, pensemos: esa suma no debe alterar en nada mi presupuesto. Hay que suprimir en éste una erogación igual. ¿Cuál será ella?..... Ya sé.

Llamó Mr. Riche al portero y dióle orden de hacer venir á Prudencio, á quien hizo esta pregunta:—¿A cuánto sube la suma de los sobresueldos de año nuevo para los empleados de la casa?

—A dos mil francos, contestó Prudencio, en quien se advertía gran perturbación.

—¡A dos mil francos! ¿Está usted loco?

—Dispénseme usted Mr. Riche: no sé lo que me digo. Son nada más que mil.

—Bien: este año paso por la pena de no poder hacer ese obsequio á los empleados. Los negocios están malísimos; los gastos crecen día por día; no hay asomos de esperanza de que las cosas mejoren. Los em-

pleados deben darse por muy bien servidos de tener trabajo seguro, cuando hay tanta gente que no halla qué hacer y se muere de hambre. Pero, observo en usted grandísima inquietud; está usted tan distraído que parece no escuchar siquiera mis palabras, ¿que le ocurre? ¿está, acaso, grave el niño de usted?

—No señor: mi hijo no tiene nada, á Dios gracias.

La situación de Prudencio era en aquel momento apuradísima. Al regresar, después de almuerzo, para reanudar el trabajo, quiso asegurarse de la corrección de las operaciones de aquella mañana de angustia para él; y como hiciese balance de Caja para tener, así, certeza de no haberse equivocado, descubrió, con el asombro de quien ve abrirse la tierra bajo sus pies, un déficit de dos mil francos en el dinero. En vano verificó cien veces todas las operaciones; en vano inquirió con todas las personas que recordaba habían recibido ó entregado dinero en la caja ese día; en vano apuró la memoria tratando de recordarlo todo punto por punto. La memoria no le contestaba sino á medias, como que el pobre Prudencio había obrado las más de las veces maquinalmente. Cuando le llamó Mr. Riche, llevaba el convencimiento de que había entregado de más ó recibido de menos aquella suma, siéndole to-

talmente imposible recordar cuándo ni cómo, ni quién era el ladrón.

Debía poner en conocimiento del caso á Mr. Riche. Pero ¿cómo explicárselo? ¿Le diría que, preocupado con la enfermedad de Luisito, no estaba en sí? Mr. Riche se reiría de la excusa: para aquel hombre sería una puerilidad sospechosa la explicación de Prudencio. Y sin embargo, no podía dar otra.

A la pregunta de Mr. Riche contestó Prudencio con la verdad revelando todo lo ocurrido, y confesando su turbación de la mañana.

—Vuelva usted á su puésto y déjeme reflexionar sobre lo que convenga hacer,—fueron las palabras del jefe de la casa cuando terminó de hablar Prudencio; pero apenas salió éste del despacho, llamó Mr. Riche á su empleado de más confianza, le impuso de lo ocurrido y le dio reservadas instrucciones.

¡Cuál no sería el asombro del atribulado Cajero al llegar por la tarde á su casa y saber por su querida Magdalena, que horas antes había estado allí el empleado de más confianza de Mr. Riche, á informarse, de parte de éste, de la salud del niño; al imponerse de que el mensajero hizo á Magdalena una larga visita, durante la cual le dirigió mil pre-

guntas extrañas: si Prudencio se recogía por la noche tarde ó temprano; si era miembro de algún club; si en esos días había hecho algún buen negocito, que le hubiera permitido regalar prendas á Magdalena; si había comprado cosas nuevas para el ajuar de la casa, etc.

Todo lo comprendió el infeliz cajero. Enloquecióle el dolor y resolvió vender el ajuar de su casa para pagar parte de la suma; pero, y ¿el resto? Si Mr. Riche le conservaba en el puésto para que pagase el resto Prudencio con sus sueldos, ¿qué pan llevaría á Magdalena y á Luisito?

Sin embargo, no se sabe cómo logró pagar la suma en diez y ocho meses, durante los cuales trabajaba de día en la casa de Mr. Riche y de noche en la humilde y destartalada casuca donde valientemente compartía con su esposo la miseria y el trabajo, la abnegada Magdalena.

El día en que Prudencio entregó á Mr. Riche la cantidad con que cubiertos quedaban el capital y los intereses de su deuda, abandonó aquella casa, tumba de todas sus esperanzas, herido por incurable mal que llegaba ya á su fin.

Treinta días después, Mr. Riche hacía con su lujoso lapicero de oro, y en la mesa de despacho que ya conocemos, la

cuenta de una operación de bolsa que acababa de realizar, mediante el ímprobo trabajo de un cuarto de hora de conversación con su agente, y de la cual obtenía dos mil francos de ganancia.

El papel en que Mr. Riche hacía sus números era la invitación para el entierro de Prudencio.

DIVINA COMEDIA

CUENTO

Crisóstomo estaba que no cabía en sí de júbilo. Había para él llegado el por largo tiempo suspirado día de traspasar los umbrales de la casa de aquella Beatriz por la cual, nuevo Dante, hubiera sido capaz el amartelado joven de realizar la fantástica excursión del poeta florentino.

En aquel día memorable, casi no se ocupó Crisóstomo en otra cosa que en el conjunto y los detalles del tren con que por la noche habría de aparecer abrillantada su persona ante la familia de Beatriz, y ante ésta, sobre todo. Los zapatos, de patente y de corte bajo, habían sido asunto de numerosas y detalladas explicaciones al famoso Anníbal; los calcetines negros de seda fueron escrupulosamente escogidos en la Com-

pañía francesa ; en las prendas exteriores del vestido quedaba asaz recomendada la habilísima tijera de Simón Sanz, cuya genial cortesanía no lograron alterar las repetidas y prolongadas pruebas exigidas por Crisóstomo, quien concedía al corte y al color del pantalón, singularmente, subidísima importancia; la camisa era la flor y nata de las habilidades de Cubría; y la corbata, vistosa flor de seda, tornasolada mariposa que luciría en campo de nieve, exigió concienzudo escogimiento de media hora en los bien surtidos armarios de "La Persia." Mansón se encargó del pelo y la barba del enamorado galán, en cuya cabeza, terminada ya la obra del barbero, parecieron los cabellos como cuidadosamente colocados uno por uno y en las distintas direcciones reclamadas así por el erguido copete como por la incomparable pluma que daba al cogote artística corona. Y nada se diga del pulimento de la cara llevado á la perfección por el pasar y repasar de la brocha y la navaja.

Flamante, deslumbrador, perfumado, satisfecho y presa de singularísima emoción, mezcla de gusto y de temor, estaba Crisóstomo cuando la música monótona del reloj de la Catedral anunció una hora que dio de luégo á luégo con ocho lentas y vibrantes campanadas, con la última de las cuales paró á la puerta

una lujosa victoria, de la que bajó Fermín, el amigo de Crisóstomo que haría la presentación de éste á la familia de Beatriz.

Mientras rueda el coche conduciendo los dos amigos á la casa consabida, penetremos en ésta y presenciemos la realista escena de última hora en que figuran, la mamá, que gasta el expresivo nombre de Mónica, la dulce Beatriz y el amargo don Melquíades, suegro en ciernes de Crisóstomo.

Doña Mónica fue á echar una ojeada á la sala, de ama de casa cuidadosa, para asegurarse de que todo estaba en ella en orden, á saber: si la lámpara tenía suficiente petróleo; si la sirviente había sacado la escupidera que colmaba diariamente de colillas de *capadare* don Melquíades; si los muebles estaban en sus puéstos y limpitos, y sobre todo, si había sido discretamente disimulada por Beatriz cierta creciente rotura del petate, que se tenía cuidado en ocultar corriendo la alfombra en proporción del aumento del desperfecto, por lo cual quedaba ella para entonces distante vara y cuarta del sofá.

Sucedió que al pasar doña Mónica la mano por el asiento del sofá para cerciorarse de que había sido bien quitado el polvo, tropezó con algo que le rasguñó el dedo

meñique, y averiguada sin tardanza la procedencia del rasguño, resultó ser que uno de los resortes espirales del asiento había roto imprudentemente los forros con la punta, la cual, tirando á aguda, se asomaba á proclamar los servicios del mueble, largos y continuos.

Llamados en consulta don Melquíades y Beatriz, opinó ésta que se ocultase aquello con uno de los cojines, y así quedó aceptado y al punto ejecutado. En esto paró delante de la casa la victoria que traía á Crisóstomo y Fermín; y mientras estos bajaban, penetraban en el zaguán y llamaban á la puerta, precipitadamente se sentó Beatriz junto á la mesa y abrió un libro para hacer que leía, entretanto que doña Mónica adoptaba en una poltrona posición de suegra amable y circunspecta, y don Melquíades acudía personalmente á recibir á los recien llegados, quienes fueron introducidos, y el primero presentado por Fermín con la fórmula de estilo.

Ruborosa, corto el aliento y disimulando su emoción con un arreglo innecesario de las flores estudiadamente prendidas en el pecho, vino Beatriz á ocupar puésto en la rueda que iba ya á formarse delante del sofá; y ocurrió en ese momento que al ir á señalar un asiento á Crisóstomo, no fue po-

sible, por la colocación que ya tenían las personas, sino una de dos cosas, ó invitarle á ocupar la silla inmediata á Beatriz, ó designarle aquel sitio del sofá, sobre el que estaba, por razones que sabemos, el cojín.

Era lo primero inadmisible, de manifiesta inconveniencia en una primera visita de pretendiente. Habría sido como decir á Crisóstomo: "ya sabemos á lo que usted viene, "antes que usted lo diga; aquí no queremos "otra cosa." Fue forzoso optar por lo segundo, y reemplazó Crisóstomo al cojín en sus funciones.

Animada empezó la conversación á que dio pasto la crónica del reciente baile en que hizo Beatriz la conquista del galán, que no apartaba los ojos de la niña y que para no aparecer bisoño en cultura social, sino desenvuelto dentro de la corrección de los modales, cambiaba á menudo de postura en el asiento y giraba en él rápidamente para atender con presteza á don Melquíades y doña Mónica, situados respectivamente á su derecha y á su izquierda.

Debióse á los repetidos movimientos y vueltas de Crisóstomo y al peso que su cuerpo ejercía sobre el asiento, el que la punta del resorte hiciese una pequeña rotura en el lucido pantalón del pretendiente, rotura que dio paso, de luégo á luégo y poco á poco, á

toda una rosca del espiral que quedó alojada así dentro del pantalón.

De nada de esto podían darse cuenta los muy complacidos futuros suegros, ni Beatriz, olvidados ya del descubrimiento de última hora, ni mucho menos Fermín, ignorante de lo ocurrido y muy distante de sospechar los apuros de su amigo.

Crisóstomo empezó á sudar, á distraerse, á cambiar manifiestamente la anterior desenvoltura por forzados movimientos, como que ya no se ocupaba sino en el disimulado estudio del *modus operandi* para librarse de aquella víbora de acero. Todo esfuerzo era inútil; más todavía, contraproducente, porque ignorante Crisóstomo del sentido en que se enroscaba el resorte, agravaba la situación haciendo que á cada movimiento se enredase más el espiral.

Así llegó á colmo el conflicto, cuando la visita, prolongada mucho más allá de los más liberales límites, á causa de la imposibilidad en que se hallaba Crisóstomo de despegarse del sofá, comenzó á tomar las proporciones de una intolerable grosería, casi de un escándalo.

Era más de media noche. Fermín estaba como sobre ascuas; cuatro veces había excitado á Crisóstomo á levantarse y despedirse. La última vez le había hecho presente lo

muy avanzado de la hora. Nada, nada era poderoso á arrancar al desgraciado joven de aquel potro de tortura. El tormento de Prometeo era una delicia comparado con el del pobre Crisóstomo, adherido sin remedio honroso á aquel sofá, delante de la dama de sus pensamientos.

Ya nadie hablaba. Don Melquíades se había retirado á su pieza. Doña Mónica que cabeceaba, despedía miradas de basilisco, cuando podía abrir los ojos. Fermín estaba en el colmo de la angustia, Beatriz como petrificada, y Dante, ó mejor dicho Crisóstomo, en el seno de los mismísimos infiernos.

El reloj de la Catedral dio la una, y á tiempo que Fermín se ponía de pie, resuelto á echarse á cuestas á Crisóstomo, si era menester, apareció en la puerta de la sala don Melquíades, con semblante airado, mostrando la llave de la puerta de la calle.

Crisóstomo no supo más de sí, perdió el sentido ó fingió perderlo, para ser ó parecer inconciente actor en el desenlace de aquel drama. Averiguada por todos la causa de la obstinación del joven en no levantarse del sofá, quedó manifiesta la necesidad de optar por el completo abandono del pantalón, con todas sus consecuencias, ó por la medida extrema de librar á Crisóstomo, haciéndole

girar como una tuerca que sale del tornillo. Colocáronle, pues, pies arriba, y dos vueltas al revés pusieron fin á los tormentos del galán infortunado.

TRAGO A TRAGO

—

CUENTO

—

Era don Remigio persona principal, padre de numerosa y muy respetable familia, como se dice en las necrologias; y había llegado el buen señor á los cincuenta años sin que el diablo hubiese tenido pretexto ostensible para inscribirlo en la lista de candidatos para tostones, en la que con regoeijo vive el rey de los infiernos poniendo y borrando nombres y más nombres, según adquieren los mortales méritos para la candidatura ó pasan definitivamente á la irremediable condición de chicharrones.

Era la sobriedad una de las cosas que más abonaban al estimable don Remigio, á mayor abundamiento no siendo ella escrupulosamente observada por buena parte de los habitantes de su pueblo; y á encaminar á estos en la observancia de re-

gular al par que higiénica conducta, tendían siempre las palabras del correcto caballero, quien jamás dejó pasar en blanco la ocasión de abogar por la necesaria morigeración de las costumbres.

No había festejo á que no asistiese don Remigio y en que, excitado á tomar la palabra, dejase de pintar con vivísimos colores la serie de males que acarrea á los pueblos el uso siquiera de alcohólicas bebidas, puerta esta que él veía siempre abierta para que por ella libremente penetrasen al seno de la sociedad todos, absolutamente todos los excesos. "A la edad que tengo" (era su indefectible conclusión) "aún no sé qué sabor tienen esos alco-"hólicos compuestos que física, moral, se-"gura y gradualmente operan el completo "aniquilamiento de los pueblos."

En mucho estimaba la colaboración de Don Remigio el virtuoso Señor Cura, á quien por extremo preocupaba el incremento que entre sus feligreses adquiría el consumo de aquello que él llamaba "producto de los alambiques del infierno"; y no había plática dominical que no concluyese con alusiones é indirectas, por vía de amonestaciones, á los más calificados devotos del dios Baco, entre los que á diario se alistaban muchos de quienes jamás se hubiera espe-

rado la claudicación pecaminosa. Con razón temía el alarmado Señor Cura ver llegar un día en que sólo el incorruptible don Remigio permaneciese incontaminado de aquella ascosa y pertinaz lepra del alma.

Largas consultas se efectuaron entre el párroco y su amigo, conducentes al estudio del medio pronto y eficaz de destruir el monstruo odioso por cuyas fauces iba desapareciendo "física, moral, segura y gradualmente" el cuerpo social; y quedó al cabo convenido que ejercería don Remigio toda la influencia de que disfrutaba entre las autoridades del lugar, para obtener de éstas la prohibición terminante y absoluta de que "el producto de los alambiques del infierno" se expendiese en otra parte que no fuese la farmacia, y previa presentación del récipe del médico.

Consecuencia de los esfuerzos de don Remigio fue la coronación de éstos por la medida salvadora que, dictada por la autoridad, se puso en práctica desde luégo con suma complacencia para el boticario, único dispensador, desde entonces, de los apetecidos dones del dios hijo de Júpiter y Semele; y consecuencia de la medida fue la repentina y alarmante insalubridad de la población, cosa que puso en aprietos y carreras al hasta entonces poco ocupado mé-

dico del pueblo. Propagóse á manera de epidemia cierta enfermedad cuyo síntoma principal era insoportable desazón en el estómago, la cual sólo se calmaba con fuertes dosis de la medicina cuyo monopolio había puesto la autoridad en manos del farmacéutico y á instancias de don Remigio.

No había para el médico momento de reposo: era crecidísimo el número de los atacados por la epidemia; y era lo más singular del caso que los enfermos ni se curaban ni se morían. El mal sólo tenía en ellos cortas treguas de alivio, gracias á la medicina de cuyo expendio era exclusivo encargado el boticario.

Esta observación y la que, sorprendido de su singular penetración hizo después de algunos días el Doctor, de que por rara coincidencia el mal no atacaba sino á los que antes se curaban en salud con la misma medicina, hizo que en el instante del descubrimiento, al brotar la chispa luminosa de los fosfóricas celdas del cerebro del galeno, éste, que precipitadamente atravesaba una calle, se quedase parado en medio del arroyo, con la vista fija en el suelo y la punta del dedo índice metida en todo el centro de la boca.

En extática actitud hallóle en aquel punto minutos después el señor Cura que apu-

rado le buscaba, y quien, para hacerle volver en sí, tuvo que sacudirle fuertemente por un brazo, diciéndole al mismo tiempo:—Venga usted, doctor, que don Remigio ha caído con el mal.

—Imposible!

—¡Cómo! ¿Se niega usted á curarle?

—Nó, no es eso: es que creo imposible el caso.

—Si acabo de verlo. Está desesperado; venga usted.

Partió el médico acompañado del señor Cura, á quien ya empezaba á preocupar la mucha distracción de aquel, y que no cesase de hablar entre dientes hasta llegar al lado de don Remigio. Estaba este realmente enfermo, y de ello se convenció el Doctor; pero el mal de don Remigio no era el mismo que reinaba en la ciudad, sino consecuencia de un resfriado. Acaso por lo mucho que el galeno había recetado en aquellos días el «producto de los alambiques del infierno,» al fin maquinalmente lo aplicaba; acaso juzgó necesario administrarlo á don Remigio; ello es que, un cuarto de hora después, la consabida medicina visitaba por primera vez el gaznate del sobrio don Remigio que quebrantó inocentemente el juramento de no probar gota de alcohol en los días de su vida.

Es de creerse que, ó sentó tan bién el remedio al enfermo, que este le cobró afición, ó el mal de don Remigio se transformó en el reinante. El hecho fue que, pasados unos días, nadie podía convencer al buen señor de que ya no le era menester el uso del medicamento, cuyas virtudes curativas no cesaba aquel de ponderar. De estas ponderaciones pasó á declarar que, enfermo ó sano, no dejaría, así le partiesen por la mitad, de tomar diariamente la dosis necesaria al mantenimiento del vigor comunicado á su sér por la maravillosa panacea. Item más, añadió á esto la confesión de su error al condenar el uso de lo que el señor Cura llamaba exageradamente «producto de los alambiques del infierno,» y rectificó sus apreciaciones anteriores asentando que no era el uso, sino el abuso de los compuestos alcohólicos lo que «física, moral, segura y gradualmente operaba el completo aniquilamiento de los pueblos.»

Corría el tiempo y gozaba don Remigio de tan buena salud que á ojos vistas engordaba, tornándose, de flaco que era, en obeso, y bañando sus abultadas mejillas pronunciada tinta de carmín, debido todo á la virtud de aquel elixir que ya extendía sus buenos efectos de la parte física á la moral de don Remigio, hasta el punto de ser manifiesto el bullicioso buen humor de que

gozaba á toda hora el respetable caballero, quien, dicho sea de paso, con creciente ardor condenaba el abuso que «física, moral, segura y gradualmente operaba» lo que ya sabemos.

Se ignora qué influencias obraron en el ánimo de las autoridades para que estas revocasen la medida en virtud de la cual habían estancado en manos del boticario los productos alcohólicos; como se ignora también cual de los cotidianos alimentos de don Remigio empezó á dañarle hasta el extremo de que, acaso acometido de un vértigo, cayese una noche en medio del arroyo, siendo necesario llevarle en brazos á su casa.

Repitióse el accidente con alarmante frecuencia; y el señor Cura, el médico y la familia del enfermo, creyeron llegado el caso de someterle á un tratamiento estimado como de buen éxito seguro. Se obraría sobre su sistema nervioso por medio de brusca sacudida moral, y se tomaron sigilosamente todas las providencias requeridas.

Hizo el médico venir de un pueblo vecino, á cierto perillán conocido suyo, que poseía la rara habilidad de fingir á la perfección completo estado de embriaguez; instruyóle de lo que debía hacer, y suministrole al efecto muy buenos vestidos, lujosa cadena de reloj, ricos anillos y alfiler de pe-

chera. Y sucedió que una noche, cuando por excepción estaba don Remigio en perfecto estado, y de tertulia en la sala con su familia, el médico y el Cura, se oyeron en la puerta gritos y lamentos, seguidos de la caída de un cuerpo.

Corrieron todos á averiguar lo que ocurría, y hallaron, con grandísima sorpresa, tendido en el suelo un caballero, á quien fue preciso llevar en peso al interior de la casa para ver de qué auxilios necesitaba; y, ya en la luz, examinada la persona, se vió que era esta un individuo cuyos vestidos y ricas prendas denunciaban á un hombre de posición, el cual, en lamentable y vergonzoso estado de embriaguez, dejaba escapar por la boca cuanto tenía el estómago, poniendo de perlas las magníficas prendas del vestido.

—¡Dios grande!—dijo el médico—Vean ustedes ese caballero. Si supieran ustedes quién es: Don Zacarías, el vecino más rico del pueblo de H***. Era un respetabílisimo sujeto, y digo *era* por que ahora no es sino una criatura despreciable, abyecta, que avergüenza á su familia y que va directamente y sin remedio á la miseria y á la muerte.

Todos oyeron asombrados las palabras del Doctor, todos prorrumpieron en exclama-

ciones reprobatorias del degradante vicio, menos don Remigio que no despegó los labios hasta que, interrogado por el Cura, contestó:

—Si, hombre, todo eso es verdad; pero, ¿saben ustedes quién está gozando en este instante? Ese, ese don Zacarías.

Trago á trago se llega hasta perder el último resto de vergüenza.

INDICE

	Páginas
Prólogo, de Don Manuel Fombona Palacio..	III
Algunas de nuestras cosas.....	1
Los fondos de las casas.	17
La "Vaca".....	23
Un viaje en tranvía.....	29
Una fiesta religiosa	39
Los entierros.....	49
Los muchachos de Caracas.....	61
Las mudanzas	73
Las amistades de vecindario.....	81
Los grados	93
Soliloquios de ahora y siempre.....	103
Ir por lana (Historieta).....	111
Los matrimonios.....	119

El profesor á domicilio..... .. 127
El tendero caraqueño..... 133
Parece broma..... 143
Los altibajos..... 149
El viento 157
El "qué dirán"..... 163
Las nubes..... 169
El punto..... 177
Por un error de caja (Narración desabrida) 183
Divina comedia (Cuento)..... 197
Trago á trago (Cuento)..... 205

Microfilmed
SOLINET/ASERL PROJECT